LA OTRA MIRADA

CINCO ESCRITORES HUMANISTAS

CUENTO – POESIA - ENSAYO

Javier Astigarraga
Juan Chambeaux
Isaías Nobel
Ena Riutort
Nestor Tato

VIRTUAL Ediciones

PRESENTACIÓN

Este libro fue concebido como una antología, pero apenas responde a las características habituales: una reunión de textos ya publicados de un mismo autor -los mejores o más significativos-; o textos de distintos autores sobre un mismo tema, en distintos estilos o con unidad de estilo.

La presente antología sólo lo es por la diversidad de autores. Su peculiaridad: que los textos fueron escritos para esta publicación. Los estilos son diversos y, quizás, todos los posibles para una antología, de modo que ¿cuál es la unidad que identifica esta antología como tal, y no le permite ser una recopilación?

Nuestros cinco autores tienen en común una vida de militancia humanista. La participación constante y creciente en la forja de un nuevo estilo de vida es lo que da unidad a esta obra.

El trasfondo común que surge a partir de esa experiencia se hace manifiesto en los textos y permite apreciar la riqueza de la diversidad de expresiones de una sensibilidad que se advierte común a todos.

El lector tiene entre sus manos, entonces, variadas expresiones de una experiencia de vida que también puede hacer suya, y no, como sucede habitualmente con la obra de arte, de una experiencia que, quizás con suerte, tenga afinidad con su propia experiencia de vida, permitiéndole algún reconocimiento de sensaciones.

La intención común que se advierte en estos textos es la de aportar una señal al lector, que le permita avizorar que un mundo mejor es posible.

El editor

PRÓLOGO

Esta antología es la respuesta diversificada a un desafío. Varias manos, distintos estilos, múltiples temáticas, tres géneros, y un contexto importante: Latinoamérica, joven, creativa, en despliegue. Por cierto que la literatura latinoamericana no nace con **La Araucana** de Alonso de Ercilla y Zúñiga, ni con **Noticia del descubrimiento de Brasil** de Pedro Vaz de Caminha, o con las cartas de algunos conquistadores, todos ellos europeos que dan cuenta del asombro al encontrar un continente sorprendente. De mucho antes son las tradiciones orales que transmitieron la historia y las interpretaciones cosmográficas y cosmogónicas tributarias de la literatura latinoamericana temprana, y que muestran un ordenamiento maravilloso de la realidad y de tradiciones ricas en formas y contenidos. La oralidad maya traducida tempranamente al castellano en los libros Popol Vuh y Chilam Balam dan cuenta de lo anterior. La transcripción al papel u otro medio de ideas no es una creación aportada novedosamente por los europeos. Existían ya las escrituras pictográficas de códices en cortezas de árbol o cueros de animales, o las grabadas en piedras aisladas o como partes de monumentos, incluso el diseño de tejidos que explicaban la mitología, historia y rituales de los pueblos americanos. Sin embargo, y a pesar de la gran profusión de la palabra escrita la transmisión oral ha continuado siendo la más importante fuente de las leyendas y cuentos populares que sostienen el puente con esa forma tan particular de idear y ver el mundo, que es la forma latinoamericana.

Desde temprano, la vertiente anterior, imaginaria, creativa, alegórica, que incorpora a la naturaleza en su discurso diario, que interpreta el mundo desde su particular visión, alternativamente choca y se amalgama con la cultura europea, produciendo el mestizaje tan característico de nuestra literatura. El peruano Inca Garcilaso de la Vega, el español Bartolomé de Las Casas son escritores característicos del tipo de cultura que comienza a aflorar en estas prodigiosas tierras, y de las dificultades y problemas que arrastra el choque de dos mundos.

Entendemos lo latinoamericano, por tanto, como un proyecto en marcha que adopta múltiples formas, que mira al mundo (cada vez más pequeño) desde una visión que reclama para sí el derecho de ser una expresión diferenciada y la posibilidad de aportar desde su historia y desde su futuro. Esta perspectiva engloba nuestra diversidad a la que hacíamos referencia cuando abríamos este prólogo: el caleidoscopio envolvente que se proyecta a lo que vendrá.

La producción de la antología traía consigo una prueba: escribir en tres meses materiales nuevos. Esta presión y el hecho de que comunicábamos nuestros avances cada cierto tiempo, nos acercó a la forma en que los otros creaban ¿Cómo era ese proceso? Para cada uno adquiría connotaciones distintas, lo que nos llamaba la atención porque, si bien lo que hacíamos era lo mismo, un cuento, una poesía, un estudio, la manera de explicar la forma de hacer era diversa. En todo caso había concordancia en que la obra literaria requiere un proceso de comunicación, y más aún, de doble comunicación. Una, ejercida por el autor consigo mismo, con sus propios contenidos, deseos, visiones de futuro, anhelos; y otra con el lector, habitualmente desconocido, con el que hay que establecer un lenguaje cómplice que permita la transmisión del contenido. Es decir, la literatura resumida en un guiño de ojo expresado de tal manera que el otro capta y recibe. Un intercambio de mundos. En este sentido, vimos que la literatura tiene un sentido trascendente, no tanto por el objeto sino por como en el acto de trascender, de ir más allá de uno.

La experiencia de crear en sí fue interpretada desde distintas perspectivas, dependiendo del autor. Para alguno es independiente de la voluntad, no está a la mano cuando uno quiere, sino que más bien hay que inducirla. Otro, que cuando se sienta a escribir es “tomado” por la experiencia y necesita escribir “imperiosamente”. Hay quien dice, de manera divertida, que es “cabalgado por un duende”, expresión que ha escuchado referida a Tolkien. Un cuarto necesita relajarse y conseguir un cierto estado no habitual que es propio del momento creativo. También hubo uno que no reconoció algo especial salvo las ganas de sentarse al computador.

Diversidad de experiencias e interpretaciones frente a un mismo fenómeno: la creación. Diversidad de estilos; diversidad de temáticas en tres géneros; diversidad de poemas, cuentos, ensayos. Un contexto: Latinoamérica. Un afán de entrever lo que viene montado en el futuro novedoso que se despliega.

Los autores

CUENTOS

Javier Astigarraga

La tumba sagrada

Me metí en el archivo. Sabía que allí estaría toda su biografía. Todo lo que había pensado, imaginado y recordado, todo lo que había hecho o había pensado hacer.

El aún ignoraba mi trabajo, pero contaba con la certeza de que así lo había decidido, y para cuando cayera en cuenta ya habría concluido.

Además sabía muy bien que se pondría contento.

El tufo de cosas guardadas, antiguas, que se desprendía del lugar me impresionó un poco.

Era como violar una reliquia, encontrar un sarcófago en una pirámide o una momia india en un ánfora sagrada.

Aunque por experiencia no guardaba un temor reverente hacia la muerte y tampoco hacia los muertos, y eso parecía un verdadero y antiguo cementerio que nunca había sido hollado por persona alguna, me sorprendió lo dominante de su forma.

Claro que yo no era exactamente una persona, aunque sí un ser. Un ser dentro de otro ser. Eso podría definirme. Aunque también podría hablar de una unidad no integrada. Y aunque me refiera a él en tercera persona, no sé si se podría advertir la diferencia.

Pero hasta ahora mi presencia, más que contemplativa, había estado adormecida, esperando pacientemente el momento de existir o, mejor dicho, de manifestarme en plenitud.

Y ahora, por fin el tiempo había llegado.

El me había despertado de mi letargo, me había fundado un templo en el centro de su pecho y había pedido mi regreso con tal fuerza, que mi sueño infinito se disipó en un instante.

Su sueño tranquilo se alteraba cuando mis movimientos escarbaban demasiado profundo en alguna de sus vísceras agarrotadas donde atesoraba la memoria, pero yo lograba tranquilizarlo y seguía durmiendo.

Si él no lo hubiera decidido no me hubiera construido la llave, pero cuando me liberó, esa fuerza que oriento encadenada durante su larga vida, comenzó a tremolar y a sacudir todo como un sismo que dejó abiertas las tumbas para que yo pudiera ordenarlas.

Ese era mi trabajo ahora. Disponer todo para lo que venía. Pero para ello debía reconciliar lóbregos osarios y colocarlos en nichos resplandecientes, cada uno en su sitio, porque cada uno representaba lo negativo y lo positivo de él. Y hacía con gusto mi trabajo porque sin él yo no tendría existencia y solo en él y por él me manifestaría.

Al amanecer, cuando él despierte, me dirá que tuvo alguna pesadilla y le ayudaré a recordarla, y recién entonces la guardaré reconciliada en su cámara de carne.

Y con cada una que acomode dispondré de más energía para hacer lo que él ha decidido: Renacer y ayudar a que renazcan otros Dioses dormidos.

El Templo del pasado

Aunque prestó atención y estaba seguro que el ruido se había repetido, no logró ubicar la dirección ni el lugar desde donde provenía.

No era temeroso, pero sentía en sus espaldas el frío y húmedo musgo que cubría las gruesas paredes de piedra, tras las que había buscado refugio, mientras la noche se había adueñado por completo del lugar.

No sabía muy bien porqué se encontraba allí y no en cualquier otra parte, pero estaba preocupado.

Tan preocupado que hasta se había olvidado de almorzar y su estómago comenzaba a advertírselo con punzantes anuncios.

Era un hombre trabajador y le gustaba. Su contextura robusta y su cutis cetrino no encajaban con la imagen de un empleado de oficina.

Cuando por fin se convenció que estar encerrado en su despacho trabajando no le ayudaba a resolver nada, decidió salir y dar un paseo para tratar de aclarar su confusión.

Tomó el ómnibus y prácticamente se escondió en el anonimato del asiento trasero, como lo hacía habitualmente cuando viajaba.

Descendió del vehículo al pié del mismo cerro que contemplaba todos los días desde la ventana de su oficina y comenzó a caminar.

Conocía bien los senderos que recorría frecuentemente en sus excursiones de fin de semana con su familia, pero cuando llegó a la bifurcación, se dirigió por la huella que nacía a la izquierda, que iba hacia el sur y nunca antes había explorado. Subió y subió, en sesgo por la montaña, siempre en esa dirección, hasta que cruzó el camino que llegaba hasta la villa. Tras un buen trecho de mantenerse en un mismo nivel, cuando consideró que estaba suficientemente alejado de los lugares más transitados, comenzó nuevamente a ascender.

Sentía una euforia especial cuando trepaba, jugando con los ritmos de su marcha, fabricando mentalmente músicas que danzaba en pasos remozados, con la alegría viva de sentirse pleno y potente, como si en el esfuerzo del ascenso su cuerpo se elevara mas allá de las alturas que alcanzaba.

Caminó y caminó. Cuando el sol comenzó a esconderse tras las lomas lejanas, buscó un lugar para refugio y pudo llegar a descubrirlo gracias a que, como en un último esfuerzo, los ya amarillentos rayos lo alumbraron, penetrando por la hendedura en que las peñas y los matorrales lo mantenían oculto.

Parecía una antigua ciudadela de piedra. No alcanzó mas que a entrar en ella y comenzó a oscurecer. ¡Ni siquiera tenía un fósforo o un encendedor para hacer una fogata!

Buscó un rincón protegido limpio de malezas, sentándose con la espalda apoyada en la pared, y allí se quedó quieto, descansando, mirando con sus ojos muy abiertos como se condensaba la oscuridad.

No veía el cielo, por lo que calculó que a cubierto podría soportar el frío de la noche, y en caso necesario buscaría para abrigarse algunas hojas o ramas de los matorrales que abundaban en el lugar.

Fue entonces cuando oyó el primer ruido, y se puso en alerta. Ya no veía nada. Tanteó alrededor, tomó una rama seca que le pareció suficientemente gruesa para defenderse y esperó tensamente.

No fue un ruido fuerte, mas bien parecía un siseo. Imaginó una fiera y se irguió alerta. Apretado con fuerza contra la piedra, sintiendo la dureza fría en su espalda. Cuando el siseo se repitió nuevamente, pareció estar mas próximo, pero no había aumentado de intensidad y eso lo confundió un poco.

La tercera vez lo escuchó más cerca, como el suave sonido de un cuerpo al arrastrarse.

Con su rama realizó un rápido molinete por el piso, pero nada sólido opuso resistencia.

Respiró hondo varias veces tratando de controlar su temor, y percibió entonces una tenue y azulada luminosidad que comenzaba a inundar el lugar, alumbrando gradualmente la imponente figura que permanecía de pié a unos pocos pasos y parecía mirarlo con afecto.

Al verla superó sus miedos y una paz extraña lo invadió por completo.

No necesitó indagar para saber que la extraña figura pertenecía a un viejo cacique indio, sus ojos oscuros brillaban con la sabiduría acumulada de su edad y su raza. Tampoco lo sorprendió ver el Anciano parado sobre una boa gigantesca, que rodeaba su cuerpo y le servía de sostén y de trono, trasladándolo lenta pero seguramente, en su dirección.

Y no tuvo necesidad de decir nada cuando comprendió que ese hombre era su propio ancestro.

Veloces imágenes cruzaron por su mente, y pudo recorrer en un instante el triste pasado que lo unía con su raza. Vio violencia y destrucción, toscas y deshumanizadas ambiciones, el latrocinio y la muerte, cerrando una épica feroz en la que no cabía regreso.

Durante toda aquella noche, en silencioso diálogo, prosiguió cruzando y descruzando la historia ante el Anciano.

Entendió el desdén de muchas blancas conciencias ante su piel cobriza, curtida por siglos de vientos y soles sin refugio, pero también supo de su resignación y mansedumbre derrotada, ante el poder de ese mundo cruel y discriminatorio.

Siguiendo la mirada profunda de esos ojos, se zambulló en la sabiduría acumulada de su tribu, rescatando sus virtudes y errores, hasta llegar por fin a su propio presente insatisfecho.

Y en ese mismo instante alcanzó a comprender su conflicto. Superando su actual frustración, común a la de su pueblo, dio un paso hacia el Anciano, abrazándolo.

Cuando cayó en cuenta que estaba solo y se estaba abrazando a sí mismo, supo con certeza que reconciliado en su pasado había podido resolver su futuro.

Alumbrado por los dorados rayos de sol, sintiendo su cuerpo muy liviano, como no lo había sentido nunca antes, comenzó alegremente el descenso.

La noche

Desde el centro mismo de aquel parque, en el claro rodeado de árboles, ninguna luz entorpeciendo mi mirada, porque no había faroles, me encontraba, tratando de atrapar, soñando en qué mágico ensueño, las rutilantes estrellas de la diáfana noche.

Salí de mi casa, bastante alejada de allí, con el propósito pueril de escapar a mis problemas y terminé mi caminata en ése lugar. Sabía que caminando no lograría resolverlos, pero al menos, el simple hecho de mantenerme en el rítmico paso que usaba para esos paseos, me ayudaba a ordenarlos mejor dentro de mi cabeza.

El lío político era ya muy grande.

Me habían encomendado como misión bajar el perfil público del escándalo, y había hecho todo lo posible, pero aunque mi conciencia se sentía tranquila de no estar involucrada, me encontraba bastante harto de aparentar imágenes para el consumo, que no coincidían con lo que en realidad pasaba y lo que yo sentía.

El Ministro había metido nuevamente la pata.

No era la primera vez, pero hasta ahora habíamos logrado que el avispero se mantuviera calmo.

Hacía casi tres noches que no dormía en mi cama.

Dormitaba en los mullidos sillones de los despachos, y hasta en el diván de un legislador, que como yo, ayudaba a quitar presión a éste gran lío.

Me afeitaba en cualquier parte, pero la afeitadora eléctrica, me dejaba la piel con una sensación áspera y molesta.

Yo podía afirmar con certeza, que el Ministro era un sinvergüenza, un delincuente de poca monta, que se enredaba él solo en sus propias trampas. Pero había que reconocerle una virtud. Sabía rodearse de gente capaz. Y no lo digo solamente por mí, sino por el equipo que lo rodeaba. Además era sumamente seductor. Un cachafaz simpático. Y audaz. “El mundo es de los audaces”, repetía cuando le salían bien las cosas. Y aún sonreía cuando no le iba bien.

Pensé seriamente en irme, pero si lo abandonaba alguien querría vengarse, y sabía que lo podían hacer. Había aprendido que el hilo se corta siempre por lo más delgado.

Toda la situación política era una bomba de tiempo.

Una trampa muy bien armada de la que era muy difícil escapar sin daños.

Los añosos árboles que me rodeaban, parecían en la oscuridad gigantes y amenazadores guardianes de la noche, pero no me asustaban. Los gigantes de poder, los ambiciosos, ellos si me asustaban.

Por eso, por precaución, desconfianza o hábitos de seguridad, que sé yo, nunca guardaba los originales de los documentos importantes, ni en la caja fuerte de mi despacho oficial, ni en mi casa.

Allí solo conservaba las copias.

Hacía bastante tiempo atrás, con un socio, alquilamos una pequeña oficina en el segundo piso de una galería céntrica. La sociedad terminó diluyéndose, pero se me ocurrió mantener su alquiler, y a medida que las situaciones fueron cobrando peso, comencé a utilizarla subrepticiamente, aprovechando que, con la gran cantidad de gente que circulaba por la galería, resultaba muy fácil confundirse y desaparecer en el recodo en que se encontraba, casi oculta, la escalera de acceso.

No existía portero y enviaba el alquiler por correo en cheques de la cuenta societaria, que mantenía prudentemente, como si lo hubiese anticipado.

¿Por qué me preocupa esto?

Porque durante la tarde, mientras me encontraba ocupado en la audiencia, tanto mi casa como mi despacho fueron revisados meticulosamente, incluidas ambas cajas fuertes que fueron abiertas.

Nadie sabía lo que había ocurrido, y sólo un profesional podría haberlas abierto sin la llave. Pero mi propio Secretario parecía estar atemorizado y eso tenía una sola explicación. La orden venía desde arriba.

Esa era la situación que me daba vueltas y que debía resolver con urgencia.

Alguien estaba muy asustado y desconfiaba de mí. Solo podía ser el Ministro. Eso suponía que podría usarme de chivo expiatorio. Y también que podrían haber ordenado que me siguieran.

Respiré hondo.

Observando con atención el contraste luminoso que se proponía en los bordes del claro, no noté nada raro.

Podían estar escondidos y usar infrarrojos.

En ese momento decidí qué hacer, pero primero tomaría precauciones.

Comencé a trotar hacia la explanada, como si hubiera descansado, y a pesar de ver a mi izquierda el pequeño relumbre, no me preocupé, porque si me hubiesen querido apresar, el lugar ideal hubiera sido el claro solitario.

Ya sobre la avenida iluminada aunque a bastante distancia, distinguí el coche negro.

Nunca hubiera creído que llegarían a tanto. Detrás debía haber algo mucho más gordo de lo que hubiera supuesto. Y mientras caminaba fui hilando datos, hasta que caí en cuenta.

Por eso estaban asustados. No tan solo el Ministro estaba involucrado, eran varios. Y podía llegar hasta el mismísimo Gobernador.

Tenía dos opciones. Una, pedir mi parte, y si no era muy ambicioso, me la darían. Otra, denunciarlos. Pero eliminé la primera porque no me habían ofrecido participación cuando se armó el lío. Y eso implicaba que querían endilgarme el asunto y quedar ellos limpios.

Sobre esa base trabajaría.

Ahora me seguirían hasta encontrar los documentos. Sin los originales no podrían hacer nada.

Ese era el punto álgido.

Investigarían todo, y podrían descubrir la oficina.

Al trote más veloz posible, me dirigí hacia casa, siempre con el coche negro a mis espaldas.

Mi mente se había serenado y pensaba con total lucidez.

No podía confiar en gente del gobierno, pero tampoco de la oposición. Era una situación delicada.

Tenía que buscar un intocable.

¿La prensa? Podía ser, ¿pero qué efecto debería lograr para que se derrumbara todo y evitar que el desastre me apresara a mí en el medio, como ellos querían?

¡Qué situación difícil!

Los teléfonos debían estar intervenidos, y una vez que llegara a casa me encontraría casi preso.

Bueno, me desviaría para tomar una cerveza en el Bar que administraba mi primo. Eso no les extrañaría.

No bien entré al bar, lo vi.

Primo, amigo, compañero de juegos, un poco de compartir tantas cosas en la vida, nos hizo más que hermanos.

Entendió rápidamente mi seña y me siguió hasta el baño.

Antes de entrar, observé la llegada del coche negro, pero nadie descendió.

Con la puerta entornada para espiar la llegada de los vigilantes, le comenté todo muy resumidamente.

Ya otras veces habíamos hablado de las suciedades del gobierno, así es que nada le extrañó.

No quiero meterte en un baile, le dije.

Ya lo estoy, aunque tú no lo quieras, me contestó comprometiéndose.

La solución que se nos ocurrió fue la siguiente. Le di la llave de la Oficina, para retirar los documentos, y llevarlos hasta un escribano amigo que certificaría varias copias.

El original se enviaría a la capital y sería depositado en una caja bancaria, junto con dos copias, que serían presentadas como prevención, en dos de los más grandes estudios jurídicos del país.

Mi primo, que se quedó encerrado en el baño mientras yo bebía mi cerveza, realizaría todo el operativo, y de paso me facilitó su celular para poder comunicarnos.

Durante el día siguiente proseguí con mis tareas normales y pareció que nadie se había enterado de la jugada. Pero a la noche, una llamada del Ministro, me sobresaltó.

Me citaba en su despacho en la casa de gobierno, a las veintitrés horas.

Avisé de tal hecho a mi primo, pidiéndole que tuviera listas las cartas, y que las enviara en caso de no tener noticias mías.

Pero esa misma noche lo volví a encontrar.

Me esperaba en el despacho, sentado junto al Ministro, mostrando en su rostro una sonrisa forzada.

El fue el que habló primero, justificando avergonzado su acción: Es mucho dinero, me dijo, pero para ti también hay. Suficiente como para que vivas sin apremios el resto de tu existencia.

No resistió mi mirada, y supe que esa era la salida que no había intentado y que también evitaba el riesgo en que se encontraba mi vida. Nunca mas podría confiar en él, pero a pesar de todo lo comprendí.

Como decía un amigo mío, no hay que ser mas papista que el papa, y ¡todo estaba tan podrido!

Algún tiempo después, cuando el escándalo se calmó, renuncié.

Vendí mi casa, y compré otra en otro clima y otros paisajes.

Ahora vivo muy lejos. Lejos de mi provincia, y de la política. En una casa con un amplio parque en un barrio residencial, un lugar apacible y muy bonito.

Mi corazón no está tranquilo, pero vivo de rentas.

Y de noche, puedo seguir contemplando las estrellas todo el tiempo que me plazca.

Pero he comenzado a sospechar que en cualquier momento puede aparecer de nuevo el coche negro. Por eso escribo todo esto.

Ni aún lo peor

La belleza de la pequeña ciudad sorprendía al visitante.

Las calles arboladas resaltaban las fachadas de las casas, no muy elevadas, con una asimetría original, en la que combinaban los colores de los frentes y las rejas que protegían los jardines, con las suaves colinas que la rodeaban por completo.

Viniendo del desierto, en pocos kilómetros, no bien cruzaba el río, el camino cambiaba bruscamente su paisaje, calmando la vista afiebrada del viajero. Como un pequeño oasis, rodeado de arena.

Allí había nacido, crecido, y amasado mi fortuna. Después de lo cual, fui a vivir a la orilla del mar, en el otro extremo del país.

Y ahora he vuelto. He vuelto para reconciliarme con mis recuerdos, y con la gente que conocí, si es que todavía vive allí alguno de ellos.

Mi vida fue dura, como es dura la vida en el desierto. Pero sobreviví y tuve la suerte de encontrar la veta, y la audacia de no desperdiciarla.

En realidad, el verdadero dueño de la mina, era el Pueblo. Mejor dicho, el Viejo fundó el pueblo sobre la mina, sin saber todavía que abajo suyo, existía una fortuna.

Aclaremos, tampoco lo fundó. Puso una especie de taberna, donde vendía de todo, y ganaba más con el mal alcohol que proveía, que con los granos o alimentos.

Tuvo que aparecer un joven ambicioso como yo, que quería salir de ese encierro en el desierto, para descubrirla.

Yo fui hijo del pueblo.

A los pocos meses de nacer, mis padres murieron durante una reyerta, nunca se supo muy bien cómo. Y me adoptaron todos. Deben haberse sentido culpables por mi orfandad, por lo que deduzco que tuvieron algo que ver con el hecho.

Durante mi infancia fui una especie de Huck, sin río, que dormía donde quería, pero más que nada, me gustaba descansar en los graneros, porque nadie me despertaba a la salida del sol, y podía ensoñar cuanto quería.

Comía aquí y allá, en la casa más próxima dónde me encontraba. Cuando tenía hambre, me acercaba adonde provenían los mejores aromas, y allí me satisfacía.

Tenía mi guarida secreta, escondida en la loma, pero también aprendí a vivir en el desierto, y me volví hábil y cruel, como las alimañas que lo habitan.

Pero esa cara la mantuve oculta, como mi guarida.

En el pueblo me mostraba cortés y complaciente, y obedecía con rapidez todo lo que me ordenaban.

Era buen alumno.

Aprendía lo que me enseñaban, y leía todos los libros que encontraba a mi alcance. Y el viejo, que sin hijos, había quedado viudo, tenía aquel libro: “Minerales y prospecciones geológicas”.

Lo estudié tan bien, que parecía como si lo hubiera escrito.

En los burdos estantes que construí en mi casa escondida acumulé toda clase de piedras, y en lugar destacado puse aquellas que contenían materiales auríferos, aunque fuera en baja proporción. Pero luego pensando, me dije que en alguna parte debía haber una mina.

Como a esa altura el libro me quedaba chico, conseguí otro más científico, escrito por un ingeniero, y dibujé un mapa del lugar. Y en la loma del fondo de la casa del viejo, descubrí la mina. La veta casi llegaba a flor de tierra, por lo que no fue difícil excavarla. Y allí concreté mi fortuna.

Bueno, pasaron otras cosas.

El viejo me descubrió. No me dijo nada, pero sentía que me vigilaba. Me hice mas sigiloso, pero una noche apareció en la mina, mientras estaba trabajando, y amenazó con quitarme todo.

La mina es mía, dijo, y tú no eres más que un criado al que hemos adoptado por lástima.

Pensé velozmente. Era viejo, no había médico, y me iba a quitar ahora mucho mas que lo que me habían quitado en mi infancia, con la muerte de mis padres.

Discutiendo regresamos a la casa, tomé el almohadón de su sillón predilecto, y sin hacer casi esfuerzo, lo apreté contra su rostro y lo asfixié. Lo sostuve estrechado hasta que quedó quieto, como dormido entre mis brazos, y luego lo acomodé en su sillón.

Durante la noche extraje todo el oro que me fue posible y lo junté con el buen volumen que antes había acumulado. Luego disimulé la entrada de la mina produciendo un derrumbe.

Con lo que había sacado podía comenzar. Era una pequeña fortuna.

A nadie le extrañó su muerte. Era viejo.

Después tuve suerte, hice buenos negocios, no muy limpios, y seguí multiplicando mi fortuna.

Adquirí al gobierno las propiedades del viejo, que eran bastante mas numerosas de lo que suponía y venía a verlas y a hacerme cargo de ellas. En el Pueblo mismo, abarcaban la manzana completa, incluyendo la loma de la mina, y había varias más diseminadas entre las otras lomas.

No vi a nadie conocido, al recorrer en mi coche, la Avenida principal.

¡Cómo había cambiado! Plazas, negocios y hasta hoteles, de aspecto floreciente. De las antiguas casas no había rastros.

Ningún rostro que despertara algún recuerdo.

Antes de dirigirme al lugar que más me interesaba, pase por la alcaldía para asentar los papeles de las propiedades.

Fue un trámite mas rápido de lo que supuse, por lo que internamente me alegré y pude llegar por fin hasta la casa.

No me importó el edificio ya destartalado. Por el costado pasé hasta el fondo y cuando pude observarlo, suspiré aliviado.

Nadie había tocado nada, y con los años, los matorrales cubrían todo el terreno.

Quede embelesado mirando el paisaje de mi niñez y cuando caí en cuenta se había hecho tarde.

Caía la noche, y debía buscar un lugar en donde alojarme.

Deseché los hoteles, ya que estaba acostumbrado a dormir en cualquier parte, y entré a la casa por atrás, forzando sin muchas dificultades la puerta carcomida por los años..

No había luz eléctrica, pero ya adentro, descubrí sobre el extremo del mostrador una lámpara de petróleo y un bidón con algo de combustible. El salón no había sido tocado por nadie. Encendí la lámpara, y el cuarto quedó tenuemente iluminado.

Entonces lo vi, sentado en su viejo sillón, como si fuera ayer.

Mirándome, con esa mirada vigilante, a la que no escapaba nada.

Te estaba esperando, dijo, sabía que vendrías.

No pude hablar. Algo se contrajo dentro mío, y comencé a sentir un dolor intenso en el pecho.

La luz de los candiles fue disminuyendo y todo se oscureció.

Mi cuerpo amaneció tirado en el suelo del salón, en donde había dormido tantas veces, pero estaba frío, con una mueca de espanto marcada en mi rostro.

Juan Chambeaux

La máscara

- Es cáncer a la piel - dice el médico.

Observa el papel sin querer sostener mi vista, como si fuera culpable de la noticia. A pesar de que somos amigos hace tanto tiempo, o tal vez por eso mismo.

Me siento aliviado. Se confirman mis sospechas. Entiendo la picazón que he tenido por años en la cara, el tono levemente rojizo que llevo en algunas partes del rostro. Son cambios que no han notado porque me ven todos los días o porque ahora nadie se fija en nadie.

- En este tipo de enfermedad, esta es la más benigna, la más fácil de curar si se trata a tiempo, pero te has dejado estar. Años, creo.

- Muchos. No me preocupo de la salud por temor a que me encuentren cáncer a la piel -le sonrío.

No responde. Tiene los ojos en el vacío por encima de mi cabeza.

- Ya tiene ramificaciones. Se ha transformado en algo peligroso. Habrá que hacer más exámenes, tomar radiografías nuevas, analizar tu dolor de estómago, verificar los ganglios, revisar los pulmones. Pero por lo que se ve ya está por todas partes.

- Bueno, no somos inmortales.

Parezco valiente aunque por dentro terminaron la risa y la serenidad.

- No somos inmortales - repite mientras me acompaña a la puerta.

Aprieto el botón del ascensor. Un ruido al otro lado de las puertas metálicas indica que el aparato se ha puesto en movimiento. Estoy solo en el hall del séptimo piso. Una gran ventana muestra el cielo de Santiago envuelto en una densa bruma de calor. La luminosidad blanquecina hiere los ojos. La vista desde esta posición debe ser hermosa en un día despejado. Hasta los contornos de los edificios más cercanos están difusos.

El ascensor tarda. Todo tarda. Tengo apuro de no sé qué. Sólo resta pasar a ver el precio de los grabadores en el edificio del frente e irme a la casa. Con eso se acabó el día más largo de mi vida. Me doy cuenta de que tengo los hombros caídos, siento el pecho hundido y ha comenzado la presión sobre las sienes.

Las puertas se abren. Desde dentro una mujer joven mira con desconfianza. Es hermosa, lleva una falda corta, negra, impecable. Entro y me apoyo en un rincón. Ella vuelve a sus pensamientos. Las puertas se cierran.

¿Y si todo fuera una equivocación? Siempre existe esa posibilidad. Algún error en los primeros exámenes, desacierto en el diagnóstico. El médico dijo, eso sí, que lo había consultado con otros colegas. Le llamaba la atención que la enfermedad estuviera tan avanzada y no sintiera otras molestias más que el cansancio y un malestar vago que avanzaba día a día.

- ¿No has tenido dolores?

- No. Sólo la picazón en la piel. En el estómago un dolorcillo al que ya me acostumbré. Creía que era una úlcera.

El ascensor se detiene y entra un hombre. Un ejecutivo veloz, dueño del mundo, triunfador. Se pone detrás de la mujer y ella desaparece para mi vista. Debo reacomodarme porque él no tiene mucha consideración con el espacio. Las puertas se cierran.

Ayudado por el descenso se instala en mi estómago el vacío que continúa después que abandono el hall del edificio. Recibo una bocanada de calor. Hay ruido de bocinas, autos que aceleran, se detienen, gente que grita. Pienso que aquel barullo que suele ser desagradable, ahora me parece tan lleno de vida. Un hombre gordo con un cesto de frutas huye de dos policías que lo persiguen. Su prominente panza sobrepasa el pantalón y le veo el ombligo. Cruza por entre los autos que parten con la luz verde. Los frustrados captores quedan en la acera mientras el hombre se pierde entre la muchedumbre.

Atravieso la calle enfrentando la entrada de la casa comercial. Voy a las grandes puertas de vidrio de la tienda. Se abren automáticamente. Dejo el calor y me sumerjo en la música suave y sugerente. Hay tres vendedo-

res que conversan entre ellos. Ríen. Miro al vacío para que no se acerquen. Necesito concentrarme en lo que hago porque de pronto ha perdido sentido. Para qué quiero ahora un grabador, qué música será tan poderosa que traiga el olvido de las preocupaciones, del temor de los dolores que se acercan, de mi pronta decrepitud.

- ¿Cuánto me queda?

- Seis meses, dos años, cinco. ¿Cómo saberlo?

- La cuenta regresiva comenzó.

- Empieza desde que nacemos. Cada día que pasa es un día menos.

- Pero ahora la veo, es cierta. Antes uno no cree, piensa que es inmortal, que a los demás le llega la hora.

Los equipos de música son negros, relucientes, tentadores. Varios están encendidos y los sonidos se confunden. Sonidos aterciopelados o metálicos, voces de locutores, música clásica o rock. Decenas de televisores están encendidos pero sin volumen. En todas las pantallas juegan un partido de fútbol en el silencio.

Un vendedor lleva un diminuto audífono de un radio personal pendiendo de su oreja izquierda. Ve el partido y lo escucha. No se da cuenta que lo observo. Cómo pierde el tiempo ese joven absorto en los 22 tipos que corren tras una pelota. ¿Y yo no lo pierdo paseándome por entre los equipos que ya he decidido que no compraré? ¿Ahora qué importa que el grabador nuestro se trague de vez en cuando las cintas?

Una muchacha de unos catorce o quince años está frente a mi por el otro lado de la vidriera. Sé que no me ve. Hace muecas y aprovecha de ordenar su pelo. La miro con detenimiento. Así ha sido mi vida, presenciando la de los demás detrás de un escaparate. Más cómodo ver que mostrar, escuchar que decir. Nunca lo había sentido con tanta nitidez. Por eso el ejercicio de escritura que más me gustaba en el liceo era “Abro mi ventana y veo” Aún recuerdo: “Abro mi ventana y veo el mundo a mis pies. Es como si yo diera nacimiento a cuanto observo. Nada me toca y puedo sentirlo todo.”

La joven ha dado vuelta. El hombre del audífono se acerca.

- ¿Lo atendieron?

- No, pero no se preocupe. No compraré.

Me dirijo a la salida y siento los ojos del joven clavados a la espalda. ¿Pensará que entré para molestar? Lo frustré, tal vez pensó que se le iba de las manos la venta del día.

Afuera está más luminoso de lo que pensaba. Entrecierro los ojos y me dirijo al estacionamiento. El cuidador dice que son dos fichas. Cancelo con un grave silencio. Parece que quiero contarle “¿Sabe usted de mi enfermedad? Estoy grave. Muero. La fantasía melodramática me sobrecoge. Abro la puerta y entro. Carraspeo y para cambiar de ánimo busco música alegre. Arranco el motor y salgo.

- Doc ¿por qué uno se enferma?

Le pregunté jocosamente, antes de saber el contenido del sobre que trajo la secretaria.

- Algunos sostienen que el noventa por ciento de las enfermedades son psicosomáticas.

- ¿Invención del ser humano? Para qué va a querer uno hacerse enfermedades.

- Dicen que la cabeza o la emoción no andan separadas del cuerpo.

- Pero esas son tonteras ¿no?

- Cuando estás cansado te duelen los hombros, el cuello o las piernas y te pones de malhumor. Las preocupaciones pueden llegar a ulcerarte el estómago. Hay miles de ejemplos más .Pero vamos a lo nuestro...

“Lo nuestro” era mi cáncer. Ahora que acelero por esta gran y espaciosa avenida, ¿qué es lo mío? ¿Acostumbrarme a lo que no me podré acostumbrar? ¿Por qué desearía hacer un cáncer? Cáncer igual a crecimiento descontrolado de las células, una desorganización de la estructura en una parte del cuerpo. Se combate con radiación y con quimioterapia, con la energía del átomo. Que enfermedad más de nuestra época. Y a la piel. Al rostro. Qué he querido ocultar que ha terminado tensionando la dermis, la unión de mi interior con lo que ve el mundo, los otros. Por qué he esperado tanto tiempo para observar con seriedad las diminutas manchitas, para preguntar por las picazones. Ahora voy al médico, ahora que es demasiado tarde.

- ¿Cuánto me queda?

- Cómo saberlo.

Freno en seco. Adelante un conductor distraído no alcanza a parar e impacta al que le precede. El que está adelante mío en un Jaguar azul, choca con el siguiente. Yo quedo a un pelo de distancia. Atrás otros vehículos se detienen bruscamente y escucho algunas quebrazones de vidrios. La cadena. Todo está unido, inevitablemente unido. Los conductores salen consternados de los autos. Me quedo al volante. Todo tiene que ver con todo. Mi enfermedad con mi familia, sobre todo con Julia. ¿Qué dirá cuando lo sepa? ¿Cómo se desmoronará? Desautorizará a Pedro, dirá que vea a otros. No le contaré que él lo conversó con dos colegas, que otros dos contestarán

dentro de la semana. Los mejores. Y después veré cómo ella se apaga, me sentiré culpable de no sé qué. ¿Será esa la "tensión de piel" como le llamo, la culpabilidad difusa por todo?

Llega la policía. Guía el tránsito para que no se produzcan más colisiones y piden a los que estamos en la fila que no nos movamos, necesitan tomar declaraciones mientras llega la ambulancia. Alguien está grave. Fue más fuerte de lo que imaginé. Algunos protestan pero a mí me da igual. Apago el motor y me acomodo en el asiento.

El orden de los recuerdos se parece a la limpieza de un lugar del que uno se cambia. Recuerdo que con Julia vivimos trece años en una casa hasta que nos cambiamos a la actual. Cuando comenzamos la mudanza fuimos descubriendo rincones que nunca habíamos habitado. Por ejemplo, desocupamos el ropero de la pieza de alojados y apareció una colección de libros que había traído de la casa de mis padres. Los abrí uno por uno y me llené de olores que venían de la infancia. Julia encontró en el maletero un pañuelo perdido, que era de su familia por generaciones. Una taza en el cuarto de guardar tenía aún las manchas oscuras de un líquido evaporado. Quizá cuánto tiempo había permanecido allí. Desocupamos el dormitorio de los niños y se achicó. Pensábamos que era imposible que hubiera soportado tanto cachureo. A medida que la casa iba quedando vacía descubrimos la suciedad de la que nunca nos habíamos percatado. El piso manchado denunciaba exactamente dónde habían estado todo ese tiempo los muebles. La mugre de las paredes mostraban cómo se habían decolorado las pinturas y los papeles comparándolos con lugares a donde la luz no había entrado.

¿Qué tiene que ver lo que razono con lo que sucede? ¿He empezado la limpieza que descubrirá las manchas e iré dejando vacía la casa hasta que nada de lo mío quede en ella? Como cuando volvimos a verla por última vez, sólo por presenciarla. Nos paseamos por todos lados, subimos en silencio, dimos la ducha y el agua del grifo, pero ya no eran nuestros. Abrimos y cerramos ventanas. Ya no nos pertenecía y, sin embargo, cuantas cosas se quedaban adheridas a esas murallas. En tres días de ordenar, cambiarnos y limpiar, nos resultó desconocido hasta el aire, los ruidos que venían de la calle y el de nuestras pisadas en el vacío. Cuando salimos el sonido de la puerta nos dijo que no teníamos vuelta atrás. ¿Es lo mismo que hago ahora, pero con la casa de adentro?

Una oficial se acerca y recorre el auto.

- ¿Ha sufrido daños?

- No.

- Entonces, váyase.

Lo dice en forma imperiosa. Hay gente que merece mejor su atención. Maniobro y enfilo por la avenida. Mientras transito paralelo a la hilera de autos detenidos, siento extrañeza. Recién he pertenecido a ese conjunto de personas paradas por un imprevisto abismante y ahora salgo de ahí y me siento en el aire. Miro sus rostros preocupados, concentrados en los daños y ni sospechan que fui el cuarto de la serie; tampoco yo sabía que un auto rojo atravesado en la calle había sido el causante. Dos mujeres discuten, una tercera permanece en el asiento de atrás. La noche ha caído. Enciendo las luces. Puedo ir a la reunión literaria pero no tengo ánimo. Me desvío de la ruta sin una razón clara. Entro en calles mínimas, descubro lugares de remanso a una cuadra de la avenida. Ni los ruidos del tránsito se sienten. Observo a los niños que juegan distraídamente en la calle. Apenas se corren, paso a cinco kilómetros por hora, más por admirar el derroche de energía que manifiestan que por la preocupación de evitar un accidente. Están abstraídos en un juego que no alcanzo a adivinar. Un hombre se acerca a la reja y mira con desconfianza. Desvío la vista como si buscara un número. Doblo y me doy cuenta que estoy en la esquina del cine. Estaciono y salgo. La cartelera indica una película que ganó el festival de Venecia y el afiche muestra un hombre vestido con fino traje del siglo 18, el rostro oculto con una máscara plateada con un sujetador. La máscara sonríe misteriosamente, los huecos de los ojos están vacíos.

¿Será que mi máscara no aguantó más y revienta? ¿Que las manchas son la irrupción de algo que no pude seguir ocultando?

Recuerdo cuando el negocio en que estaba metido fracasó. Le dije a Julia que debíamos salir de inmediato de Santiago. No podía sostenerme delante de mis amigos.

- Saca a los niños del colegio y partamos el fin de semana al sur, donde la tía Teresa.

- Estás loco. Esto le pasa a todo el mundo. ¿Cuantos conocidos tuyos han caído y después se levantan? Hay que dar la cara.

Y no la di porque se me caía de vergüenza. A lo mejor por eso comenzó la enfermedad. Fui solo al sur, Julia no soportó el cambio.

- Si quieres te vas pero a los niños no les podemos desajustar la vida. Vas y te rehaces. ¡Qué tanto!

Comercié maderas, en un año estaba recuperado. Cuando volví, Julia dijo:

- Ahora cuenta que estuviste por las cuerdas pero que con aplicación saliste por tus propios medios. Te hace falta valor.

No dije palabra. Muchos creyeron que había estado de viaje y otros pensaron que no habían sido más de tres meses.

He avanzado por la vereda y decido devolverme. Paso nuevamente por el afiche de la máscara. La boca forma una amplia sonrisa pero tenues marcas grises en la comisura de los labios dejan la incierta impresión de una mueca de pena con un toque de astucia terrorífica. Las cejas apenas son una fina línea sobre el arco de los ojos. La piel de loza es tersa, suave, casi brillante. Cara de nada, salvo esa expresión inquietante en la boca. Retrocedo unos metros y la observo desde la distancia. La imagen me obsesiona y no puedo despegar la vista de ella. Con esfuerzo voy en pos de mi auto, mientras la veo en mi imaginación moviéndose tras mío. Entro, arranco el motor y enfilo nuevamente por la avenida.

¿Qué le digo a Julia? ¿Cómo se lo digo? Me siento en la sala:

- Tengo que hablar contigo un asunto importante.

Demasiado serio. ¿Pero es que acaso lo que me pasa es para la risa?

- Pasaba por la calle y se me ocurrió entrar a conversar con Pedro. Hacía tanto tiempo que no lo veía. ¡Ah! y me dijo que tenía cáncer. Tú sabes, todos moriremos alguna vez.

La broma me angustia. Sabía que tendría apretado el pecho en algún momento. Primero estaría mi cabeza embotada, tomaría las cosas como si se las hubieran dicho a algún vecino, pero luego vendría la desesperación, el por qué a mi. Pensaré en los dolores y en Julia. Ese es mi pecho apretado ahora: Julia. ¡Qué mal te estaré echando encima cuando te enteres! La cara que pondrás. Abrirás los ojos y al principio no dirás palabra, por fin preguntarás si estoy haciendo bromas, pero sabrás que no será así, porque con esas cosas no juego. Tú misma me has acostumbrado. Hace tantos años dijiste: “Nada sería tan terrible para mi como una mentira tuya. Si alguna vez hay otra, quiero saberlo.”

- Hay otra, Julia.

- ¿Cómo se llama?

- Muerte.

En el próximo semáforo debo doblar a la derecha. Más que la enfermedad, ahora me duele tenerle un secreto que dura ya dos horas.

- Podrías haberme llamado desde donde Pedro. Habría pasado por ti, te habría reconfortado. A lo mejor te quedan diez años, quizá yo desaparezca antes.

No, así no es Julia. Se irá para adentro. Permanecerá en un doloroso silencio. No dirá nada y por las noches dormirá mal, llena de pesadillas. Cada vez que yo despierte preocupado a las tres, a las cuatro, a las cinco, ella estará mirándome con ojos enrojecidos y sonreirá sin sonrisa, dirá que no pasa nada, que apenas se levantó al baño pero que ya duerme. Yo no le diré que no soporto su estoicismo, que su silencio duele y su falsa alegría me acaba. En pocos meses se apagará, más rápido que yo, más dolorosamente. Deberé soportar dos agonías.

Continuaré viaje hasta el fin de la avenida sin doblar, hasta el fin de Santiago, hasta el fin de las cosas, hasta el fin del fin. Estoy ahogado. Necesito detenerme, ver gente, toparme con ellos, sentirlos. Desearía golpear a alguien, que me pegara, algo fuerte, algo que me haga despertar de este mal sueño. Bajo del auto. Hay una pizzería. Voy directo a la caja. Tengo la sensación de estar actuando por sonambulismo. La cajera mira extrañada. Tiene una cofia blanca de enfermera.

- En este local se atiende en la mesa.

- ¡Ah, sí! Por supuesto.

La miro con desconcierto. Uno de los dos está equivocado, por más que concordemos en que debo irme a sentar, no nos podemos entender. Nuestros mundos no se tocan. Un mozo se acerca y le pido una Hawaiana. No me interesa qué ingredientes tiene pero un cartel en la pared dice que están en oferta. Una mujer vestida con un pareo multicolor y de pechos descubiertos come una porción de pizza tendida en un tronco de palmera. Es Julia, son sus mismos rasgos: la profundidad de sus ojos, los labios generosos que sonríen mientras la pizza va a su boca. Semejante a la máscara, el rostro tiene una suave tristeza. Aparece el mozo con el plato. Cancelo, me paro y salgo. La piña y el queso quedan humeando. Decido ir a la casa lo más rápido posible. Acelero a través de Santiago nocturno lleno de luces de neón que cambian; miles de avisos quedan a mi espalda. Hay demasiados semáforos en rojo y la casa se aleja. Quisiera ya estar allá, tener el consuelo de Julia, contarle mi angustia, relajarme.

- ¿Sabes qué pensé desde el doctor hasta acá? Que no entenderías, que me echarías la culpa por estar enfermo. Te encuentro razón, hay que ver otros médicos, la opinión de Pedro no tiene por qué ser la última. Sé que no hay que dejarse llevar por el derrotismo, tú siempre lo has dicho.

Toco la bocina para que los autos adelanten. ¡No se dan cuenta que estoy apurado! A medida que llego al barrio, las calles se vacían. Reconozco las casas vecinas. Doblo, detengo el vehículo para abrir la reja. Lo entro silenciosamente, verifico que el portón metálico no alcance la pintura del auto. Con cuidado abro la puerta de calle. Al traspasar el umbral quedo perplejo. Todas las emociones del día se agolpan en ese segundo. Estoy confundido. Tengo la certeza de que no puedo dejar la cárcel en que estoy metido.

- ¡Hola! ¿Fuiste a la reunión literaria?

Julia saluda irónicamente desde la cocina. No me muevo de la entrada.

- Sí.

- Te llamaron. Dijeron que no habías asistido.

- Llegué más tarde.

- ¿Cómo estuvo?

- Muy bueno. Zañartu hizo un cuento que sacó aplausos. Un hombre se mira en el espejo y ve diminutos gusanitos que viven en su piel. Se multiplican de día en día; cae en cuenta que terminará con el rostro irreconocible. Lo que más le atormenta es que su mujer no se fija; embebida en las cosas de la casa, no observa el tormento del marido. Se van incomunicando hasta el punto que ella no se da cuenta como él se ha transformado: ahora su rostro es una sola masa en la que pululan seres malolientes, la nariz se ha vuelto gangrenosa, los pómulos son de carne deformada y putrefacta. Ya no soporta los bichos que entran y salen de sus poros provocándole ardores que no resiste. Y no se atreve a pedirle que lo vea aunque sea una sola vez. Al final, en su desesperación, desde el umbral de la puerta le dice a su mujer que va a comprar y no vuelve.

Aún desde la cocina, Julia comenta:

- Que cuento más terrible.

- Pero bien escrito, no le falta ni le sobra una coma. Necesito tomar aire. Aprovecharé de traer cigarrillos.

Entro al auto, enciendo el motor y parto.

Octubre 1995

Ena Riutort Cadot

Marcos Miranda, el culpable

Marcos, a comienzos de siglo, fue enviado a Santiago a estudiar en la Universidad de Chile.

Su familia debió hacer un gran esfuerzo económico, pues los ingresos monetarios de don Elías, su padre, eran todavía escasos.

El joven Marcos era extraordinariamente buen mozo, simpático y tenía mucho éxito con el sexo femenino.

Sin embargo, siendo algo tímido y no teniendo un peso para invitar a una dama a parte alguna, durante el primer año de su estadía en la capital, desechó a muchas mujeres que se le ofrecían casi con descaro para la época.

Vivía en una pensión humilde, la única que don Elías podía costearle, donde la comida era escasa y la habitación húmeda y sombría.

La Elvira su madre, le mandaba encomiendas con longanizas, jamón y queso, para mejorar la mala alimentación y muchas frazadas para palear el frío y la humedad.

Marcos, en más de una ocasión, vendió una de estas frazadas que eran verdaderas obras de arte y de amor maternal, adornadas con dibujos indígenas mágicos, flores, animales y signos rúnicos de protección, tejidas con lana de colores obtenidos de teñir el estambre con la raíz del avellano, la flor del maqui y la hoja del azafrán.

Esas frazadas pasaron después a adornar los elegantes salones capitalinos de las señoras que se las compraron al joven estudiante.

Años más tarde, cuando Marcos llegó a ser millonario, fue recuperando las frazadas una por una, pagando cien veces el precio en que las había vendido, pues su madre lo despertaba por las noches y le reprochaba desde el más allá, que no las hubiera conservado y solamente cuando las hubo comprado todas, lo dejó dormir.

Durante los tiempos de estudiante pobre de primer año, el único lujo que se daba, cuando llegaban las encomiendas del sur, era comprar un tarro de duraznos en conserva y comérselos en su humilde pieza, en la noche, mientras escuchaba los tangos de un vecino burdel y veía por la ventana el parpadear azul y rojo de la luz de un aviso luminoso.

Para ese pequeño deleite y para algunos otros gastos menores, debió desempeñar múltiples trabajos, pues el dinero que le enviaba su padre apenas le alcanzaba para pagar la pensión.

Dio clases particulares de matemáticas a jóvenes de enseñanza media, fue vendedor de diversas mercaderías y finalmente se transformó en el ayudante de una famosa mentalista de la época, la cual dirigió incluso los destinos del país durante muchos años, por ser la adivina de cabecera del presidente.

En tan delicada tarea, Marcos participó sin darse cuenta del inmenso poder que manejaba, pues la Madame vaticinaba al primer mandatario todo lo que el joven le decía, y orientaba en sus decisiones al gobernante de acuerdo a lo que Marcos le sugería en sus escritos.

El trabajo del estudiante consistía en sentarse oculto tras una gran cortina de terciopelo rojo mientras la Madame frente a su bola de cristal caía en trance y decía una serie de incoherencias en tanto el presidente u otro consultante, la escuchaban con silencio reverencial.

Esa esfera luminosa, color leche nacarada y en movimiento, ejercía una gran fascinación en quien la miraba y mas de algún cliente también creyó ver escenas de su futuro dentro de esa pequeña luna.

A veces Marcos, cuando se quedaba solo con la bola de adivinar trataba de descubrir algún mensaje en su interior, pero nunca lo logró con lo cual le perdió toda fe.

Después que terminaba la Madame de decir el vaticinio, el joven escribía en una piececita al fondo de la casa, en su ruidosa máquina, el mensaje al cual daba forma, haciendo una especie de traducción de las opiniones del más allá, que eran bastante confusas.

Este mensaje la Madame se lo entregaba al cliente.

El muchacho era de ideas radicales sin saberlo y así en muchas oportunidades ayudó a que el presidente concretara proyectos de avanzada social y dictara leyes en beneficio de los más desposeídos.

La Madame con sus voluminosos senos colgantes y bamboleantes, sus olores a sudor y jazmín, llena de anillos y collares, sentada entre sus velos, sus tapices, inciensos y sus almohadones y ya en contacto con el espíritu Nicomedes, quien era el que le dictaba los mensajes, decía con voz de ultratumba": "van a cantar los jilgueros" y el joven después escribía:" hay que subirle el sueldo a los obreros".

En otra ocasión se trataba de si el presidente debía o no indultar a un preso político que había participado en una huelga ilegal y la mentalista dijo: "habrá mucho trigo que sembrar" lo que Marcos tradujo por: "nunca a nadie debes matar".

Muchas leyes que favorecían a los trabajadores salieron en ese gobierno gracias a las traducciones del joven.

Tiempo después lamentó su ignorancia y candor juvenil, pues si hubiera tenido la experiencia que le dieron los años y los conocimientos que adquirió como abogado, según pensaba, habría transformado el manejo del país en un modelo de buen gobierno.

Marcos no tardó en descubrir una ventaja ingeniosa y bien poco ética de su trabajo de mentalista oculto y así cuando venía a consultar a la adivina alguna mujer buenamoza y generalmente, con problemas amorosos, él le escribía en el papelito que la adivina entregaba al salir: "tu suerte cambiará pues en la plaza vas a conocer a un joven alto y de pelo negro, con un clavel rojo en la solapa el sábado por la tarde y con él deberás salir".

Por supuesto que era él mismo el que se presentaba en el lugar señalado con la flor en la solapa y la muchacha asombradísima de los poderes premonitorios de la Madame, cedía sin dificultad a los requerimientos amorosos del joven, el cual, con tales prácticas, pronto contó con una serie de solícitas señoras a las que cortejaba sin necesidad de gastar un centavo.

Solo un sabor indefinible y desagradable solía acompañar a Marcos en tales aventuras, era un sabor a culpa que iba lentamente en aumento.

Una vez, como de costumbre, Marcos citó por intermedio de su escrito a una lindísima mujer llamada Lidia, de pelo largo negro y de inmensos ojos oscuros.

La señora le gustó particularmente por su voz ronca y por sus modales delicados.

A Marcos le resultaban muy desagradables las voces agudas y chillonas y por ello inducía a sus amigas a fumar, en una época en que el cigarrillo era un símbolo de estar a la moda y de ser de ideas renovadoras.

Se encontraba ya en el hotel con la tal Lidia semidesnudos en la cama, deshechos en caricias cuando al decidirse al asalto final con horror comprobó que era un travesti.

Tal descubrimiento lo confundió tremendamente porque si bien sintió asco y un gran rechazo, tampoco pudo negar que los besos del homosexual le habían gustado.

Sin pronunciar palabra y en medio de las súplicas de la Lidia se vistió y salió huyendo en busca de un baño turco para limpiarse la piel de todo rastro de contacto con el travesti.

Poseía Marcos una memoria excepcional por lo que, a pesar de tantos devaneos, logró aprobar primer año de abogacía, no con notas sobresalientes, pero si con lo suficiente para mantener la media beca que había conseguido a través del Ministro de Educación, quien también era cliente de la adivina.

Todo habría seguido sin problemas si Marcos no se hubiera aficionado a jugar póker.

Afortunadamente adquirió el vicio del juego sólo cuando ya le faltaba un año para terminar la carrera.

Para pagar sus deudas de juego debió hacer algunos trucos un poco deshonestos, los que durante muchos años lo hicieron aumentar su conciencia culposa y andar pidiendo perdón sin darse cuenta, a quienes internamente consideraba sus incautas víctimas, es decir, las mujeres.

Así fue que empezó a escribir en los mensajes del más allá que iban dirigidos a sus conquistas, que colaboraran con el joven secretario, es decir con él, entregándole una pequeña cantidad de dinero mensual pues éste se encontraba pasando hambre debido a la grave enfermedad de su padre, etc., etc. y así una serie de mentiras que lo hacían sentirse mal frente a si mismo pero que se le olvidaban frente a la compulsión del juego.

Es cierto que nunca pidió demasiado y que siempre se cercioró de que se tratara de mujeres adineradas lo cual, en parte le alivianó la conciencia.

Fue durante una de esas noches en las que se amanecía jugando a las cartas que conoció a Eugenia de la cual se enamoró finalmente.

Ya hacía tiempo que Marcos se había recibido de abogado y disfrutaba de una vida intensa y disoluta, trabajando poco y dedicando tiempo al juego, las fiestas y las mujeres.

Su padre le solicitaba a menudo que se fuera a vivir a la hacienda para que se hiciera cargo de parte de la administración de los campos y del molino que ya le estaban sobrepasando su gran capacidad de empresario.

Don Elías había logrado amasar una fortuna y había comprado las mejores haciendas del valle del Laja.

Ello hizo que Marcos se sintiera liberado durante un tiempo de volver a su casa paterna.

Pero don Elías le empezó a pedir cada vez con más insistencia que volviera porque necesitaba ayuda.

Nada más alejado de los gustos del joven que volver a una vida tranquila y campesina lejos de sofisticado ambiente bohemio de la capital donde podía dedicarse a cultivar el arte de la conversación culta en los salones, la lectura de los clásicos, las mujeres, las fiestas, el juego y uno que otro trabajo legal como para justificar su título.

Era un gran lector y valoraba por encima de todo la cultura humanística. Llegó a hacerse un experto en literatura española. Gustaba especialmente de la llamada Generación del 98 y admiraba en particular a José Ortega, con el cual se sentía un poco identificado.

Por supuesto que leía también a Aldous Huxley, Sartre, Hesse, Camus y a todos los grandes escritores europeos de comienzos de siglo.

Solo cuando ya estaba muy viejito renegó de tales lecturas diciendo que el hombre del futuro sería físico matemático y cuando falleció, sus libros de cabecera eran La Física Aventura del Pensamiento, de Einstein, Powels y Bergier, El Retorno de los Brujos, la Revista Planeta y un legajo escrito a maquina que se llamaba algo así como La acción moral y El Acertijo de la Percepción.

Lo curioso fue que el día que don Marcos se fue de este mundo, nadie pudo encontrar el legajo.

No alcanzó a conocer los computadores pero los presintió, lamentando al partir no alcanzar a conocer las maravillas tecnológicas que se avecindaban. Tampoco vio al hombre llegar a la Luna.

Habiendo tenido varias relaciones amorosas sin consecuencias, se había convencido de que era estéril cosa que no lamentaba sino más bien le producía alivio, pues no quería compromisos de ninguna clase ni asumir más responsabilidad que la de preocuparse de su propia vida.

Él sentía que ser padre era un gran peso, seguramente porque había visto los inmensos sacrificios que sus padres habían hecho por él y sus seis hermanos.

Esto, unido a la muerte de su hermana menor de cáncer a la cual adoraba, le hacía huir de todo compromiso emocional profundo.

Pero Eugenia quedó embarazada y esto echó por tierra todos los proyectos del abogado.

Marcos se la llevo al sur con sus tacones altos, sus vestidos de encaje y allí contrajeron matrimonio en la pequeña iglesia del pueblo el Arcoiris.

La Eugenia era separada y de su primer matrimonio tenía tres hijos los que debieron quedarse en la capital con su abuela materna las dos niñas, la Margarita y la Alicia y con su padre el Patricio, el hijo varón.

Sin embargo, venían a pasar todas las vacaciones a la hacienda y pronto empezaron a encariñarse con su padrastro quien era muy alegre y cariñoso con los niños y quien cambió totalmente sus costumbres licenciosas después de su matrimonio.

Cuando nació la hija de Marcos y Eugenia se produjeron algunas rivalidades pero, la bebita pronto conquistó a sus hermanastros con sus mimos y sonrisas.

Para Marcos esa hija era un milagro y se aficionó a ella con toda su alma sintiéndola como la justificación de su existencia que hasta entonces había considerado un tanto absurda, vacía y desconcertante. Como la niña era igual a él físicamente, las dudas que tenía sobre su paternidad se disiparon por completo y se entregó de lleno a vivir en función de su hija con un orgullo conmovedor.

A la niña la bautizaron con el nombre de Elvira Amalia como su abuela y de ella heredó su generosidad, y su capacidad para comunicarse con seres de otros mundos, lo que le otorgó poderes adivinatorios, pero también, una muy escasa conexión con las cosas prácticas de esta tierra, salvo en lo que a cocinar se refería, pues en eso era una experta, igual que su abuela, especialmente en la confección de longanizas y mermeladas.

También como la abuela, era incapaz de prevenir malas intenciones de otras personas por lo cual durante su vida la utilizaron muchas veces, cosa que no le molestó.

Igual que su abuela, tenía un desconocimiento absoluto en el manejo del dinero al que nunca otorgó valor y el cual repartía cada vez que podía. Sin embargo, como por magia, siempre le llegaba más y más dinero de partes insospechadas, y dicen que cuando la abuela se fue de este mundo en el ataúd aparecieron billetes por todos lados junto a las rosas, las violetas y los claveles.

También aprendió de ella conocimientos de curandera y así sabía aplicar las yerbas adecuadas para la curación de heridas, o preparar los bebedizos que sanaban la tos, la fiebre y los males de todo tipo.

Fueron pasando los años en la hacienda, la fortuna crecía, los trigales eran cada vez más fructíferos, las huertas producían lechugas dulces y las vacas daban la leche mas sabrosa del sur.

Por esa época llegaron más al norte de la hacienda unos gringos bien raros que parecían robots.

Compraron unas tierras muy pobres que eran unos pedregales y se instalaron formando como una villa a la que llamaron Dignidad.

Los gringos eran todos muy rubios, altos y de mirada hueca y las mujeres se vestían con colores grises y también parecían zombis, pues no sonreían nunca, tenían la mirada perdida y no dejaban de trabajar en todo el día.

Los gringos cercaron sus tierras con alambres de afiladas púas de cinco o seis corridas y soltaron perros negros, medio dobermann, medio lobos, a los que los campesinos luego llamaron hijos del demonio, pues eran verdaderas fieras.

La gente de la región sentía mucha curiosidad por saber que pasaba dentro de la villa a la que denominaron "la guarida del diablo", pero al mismo tiempo tenían miedo, por lo cual nadie se atrevía a acercarse mucho.

Contaban que en la guarida se escuchaban lamentos y llantos por las noches, que llegaban oscuros camiones cerrados llenos de gente, en especial niños, sin que se supiera de donde venían y pronto se empezaron a correr rumores espeluznantes sobre ritos extraños y niños fabricados en serie.

Se contaba que los gringos excavaban túneles durante las noches y que estos túneles eran muy largos, tanto que terminaban como quinientos kilómetros al sur, tan grandes, que por ellos podían circular hasta camiones y tan profundos, que llegaban al centro de la tierra donde había otro mundo, en el que vivían hombres inmortales pero hechos de la tinieblas y la maldad.

Incluso se dijo que vivía escondido en la tal colonia, Hitler quien no había muerto sino que lo habían traído congelado de Alemania en un ataúd negro adentro de un refrigerador y que luego lo habían llevado al mundo oculto donde lo revitalizaron y que allí los gringos estaban preparando la conquista de toda la Tierra.

A los gringos les costó bastante contratar a algunos campesinos del lugar para ir a ayudarles a limpiar la tierra, pues ninguno se atrevía a ir. Pero finalmente la necesidad pudo más que el miedo y como pagaban muy bien y el trabajo era diurno, cinco a seis valientes decidieron ir y pronto empezaron a vestirse como los gringos y a caminar medio dormidos diciendo que en la colonia estaba el hombre más bueno del mundo al que llamaban Tío.

Esto hizo que otros pobres de más al norte, también entraran a trabajar allí y como los extranjeros les daban buena comida, les pagaban bien y hasta les hicieron un hospital, la gente no habló más del asunto.

Solo de tarde en tarde, algún desaparecido, algunos gritos nocturnos, alguna mujer chillando y sin ojos con la cara sangrante, por los polvorientos caminos, motivaban que se reanudaran las hostilidades y las murmuraciones. Pero esto duraba poco.

La tal colonia quedaba lejos y había extendido sus dominios hacia el norte lejos de la hacienda.

Marcos había alivianado en parte su conciencia al venirse al sur, pero no del todo.

Por ello continuaba muy sumido en si mismo y no le preocupó en lo más mínimo cerciorarse de cuanta verdad o mentira había en esas historias, sintiendo que eso no era problema de él.

Ya tenía suficiente problema con combatir la sufriente impaciencia que le venía cada cierto tiempo, por volver al juego del póker, o la angustia por haber sacado dinero a damas enamoradas, o el sobresalto por haber disfrutado los besos de un travesti .

Cuando este estado le sobrevenía, se encerraba en su gran biblioteca y pasaba horas enfrascado en un juego de naipe golpeando cada carta contra la mesa con una ligera violencia , cosa muy extraña en él, quien parecía un hombre pacífico(quizás demasiado pacífico) o bien, salía a caminar sin rumbo hasta agotarse y por sobre todo, toleraba con más paciencia que de costumbre, los caprichos de la Eugenia en la que resumía todas las mujeres a las que él creía haber dañado, y la escuchaba sin decirle ninguna ironía ni reproche.

La Eugenia aprovechaba esos períodos de su esposo para leer novelas policiales acostada, comiendo bombones y para comprar contra reembolso, muchas de las novedades que ofrecían las tiendas capitalinas en los hermosos catálogos que enviaban a la gente adinerada de todo el país.

Tanto la Margarita como la Alicia se fueron haciendo hermosas mujeres y la Alicia, la menor se enamoró de un joven rubio de origen alemán, llamado Max, que estudiaba para veterinario y que venía con ella a pasar las vacaciones.

Max era objeto de las bromas del Pato y de los demás jóvenes pues era un poco ingenuo, o medio huevón como decía el Pato, y no faltó alguno que le dijera gringo de la dignidad, (lo que hacía referencia a los gringos raros del norte) cosa que el Max por suerte, no entendió.

El Pato con su hermana chica, la Elvira Amalia se iban al potrero de la Casa de Piedra donde las culebras hacían nidos y dormían al sol. Allí cazaban la más grande emborrachándola, haciéndola girar tomada por la cola y una vez que el animalito se quedaba quieto de mareado lo llevaban y se lo metían en la cama al gringo quien siempre se quejaba de que en el campo había muchos bichos.

Los otros le decían que seguro que lo seguían a él por estudiar para veterinario pues a nadie más lo perseguía animal alguno.

El Max no sabía nadar y no lograba resistir el frío de las aguas cristalinas del Laja que provenían de vertientes de la cordillera, realmente muy heladas.

A la hora del calor todos se lanzaban a nadar en medio de la corriente del río, menos Max quien se sentaba en una piedra en la orilla y se tiraba agua con un baldecito.

Una vez estaba en eso cuando le pasó nadando una culebra por los pies y fue tal el miedo del pobre que pegó un brinco y se cayó con tan mala suerte, que azoto la cabeza contra una piedra y se quedó inmóvil, sin conocimiento, y de no haber andado jugando en la orilla la Elvira Amalia, haciendo castillos de arena y sueños, se ahoga, pues quedó con la cabeza debajo del agua y los otros no lo vieron porque estaban al medio del río.

La niña gritó pidiendo ayuda pero como nadie la oyó le levantó la cabeza como pudo y le metió debajo unas piedras, para que le quedara la nariz fuera del agua, pero como se le volvía a caer, lo amarró por la cintura con el lazo a su yegua, que pastaba por allí cerca, y despacito hizo que la Muñeca lo tirara hasta donde estaba seco.

Cuando el Max volvió en si, le pidió que no le contara a los mayores su percance pues se iban a burlar más aún y la Elvira le guardó el secreto. Él a su vez se encariñó con la chica y con ella aprendió a nadar y a no tenerle miedo a las culebras.

Un verano la Marga llegó muy impresionada con unos escritos que unos amigos suyos del barrio alto de la capital, le habían entregado.

Se trataba, según ella explicó, de ideas novedosas y profundas de un pensador joven sudamericano.

Nadie sabía por esos días que esas ideas gradualmente se extenderían por toda la tierra.

Lo que más le producía admiración y curiosidad era que había sabido que este joven se iría a vivir a la cordillera (a la Margarita no le había quedado muy claro cuando sería aquello) por allí cerca del Arcoiris, a meditar como lo hace todo aquel que busca la verdad interior.

La Elvira Amalia que ya estaba grandecita, escuchó esto y le pareció que era algo que ella hacía tiempo sabía que iba a suceder, tal como se lo había dicho su abuela una tarde soleada, mientras hacían dulce de castañas en la gran cocina del molino.

La abuela le había dicho que vendría un tiempo en que los hombres se iban a volver casi todos locos y que entonces iba a llegar un hombre dorado y negro como cóndor de alta montaña, que iba a decirles a las gentes que hacer para salvarse de la locura colectiva y también que hacer para salvar el planeta y que todo esto iba a pasar en la cordillera americana, la de nosotros.

En ese momento la niña supo que ese era el sabio que la abuela había vaticinado y sintió una gran una gran alegría.

Marcos pidió a la Marga que le prestara los escritos y no hizo ningún comentario cuando recién terminó de leer el primero, lo que decepcionó a la Marga que esperaba la aprobación de su padrastro al que admiraba mucho.

Sin embargo, aunque no dijo nada, quedó muy impactado por la lectura y esa noche escuchó una voz interior parecida a la de su hermana, la que había muerto a los veinticuatro años en medio de dolores terribles, tomada de la mano de Marcos, que le hablaba de sus buenas acciones, de la moral lejana, de la moralina y de algunas cosas que el ni siquiera conocía y al despertar a la mañana siguiente sintió un gran alivió al sospechar que se estaba perdonando, pues se dijo a si mismo "cualquiera se equivoca", cuando recordó la escena del maricón desnudo allá en el hotel de un tiempo remoto y por primera vez se vio a si mismo con cariño, como un joven amigo desorientado y deslumbrado por una vida extraña, al que afectuosamente abrazaría si lo tuviera a su lado.

Esa mañana, la siguiente después de haber leído el legajo Marcos salió muy temprano al jardín y por primera vez desde que era niño, vio el sol matutino asomando por detrás de las blancas cumbres de la cordillera, con el alma liviana y la conciencia tranquila.

Le pareció que su vida era algo maravilloso.

Solitario

El día que instalé en mi computadora los juegos no tenía idea de que estaba cayendo en mi propia trampa.

Primero abrí el juego Buscaminas y lo encontré aburrido, pero de todos modos lo jugué un rato, pues me resulta muy difícil no entrar a un juego cuando lo tengo por delante.

Cuando tenía unos siete años me gustaba ir a donde los campesinos tomaban mate, alrededor de la fogata. Allí llegaban esos hombres sólidos, bruscos, con sus manos callosas y curtidas, a descansar, conversar y jugar a la brisca.

Los campesinos tenían un alma fina y pura y me trataban con cariño y suavidad, considerando que yo era una niña pequeña. Además me consentían bastante por lo cual no se negaron a enseñarme el juego de la brisca.

Al cabo de unos días ya jugaba bien y de a poco les fui ganado a todos, lo que les causaba mucha risa y siempre que llegaba uno nuevo le decían "¡dele el gusto a la niña, amigo y jueguelé una brisquita¡" y, cuando el sorprendido novato perdía, se desternillaban de risa: "¡Amigo, ¿cómo jué que le ganó una cabrita chica?

Se jugaba plata. Una tarde cuando volví a casa, saqué como cinco billetes arrugados y sucios y los puse sobre la mesa para contarlos y ordenarlos. Allí los vio mi madre, quien era muy enemiga de los microbios y de las platas cochinas. "¡Saca eso de la mesa niña, que está inmundo," dijo.

Pero luego le pareció bien extraño que su hijita anduviera con dinero por esas lejanías y me preguntó que de dónde lo había sacado. Yo le conté mis tardes de brisca y ella me prohibió ir a ganarle el sueldo a los trabajadores.

Igual me escapaba de vez en cuando a brisquear pero, no les recibía el dinero. Eso les pareció mal a mis amigos pues según ellos, lo justo era justo y yo no les podía despreciar su plata.

Después me apasioné por el ajedrez que veía jugar a mi padre con mi hermano durante las largas y lluviosas tardes del campo invernal.

Al poco tiempo ya sabía mover las piezas y le pedí a mi padre que jugara conmigo. Él accedió y ahora comprendo que para él era una aburridera.

Por supuesto que se dejó ganar varias veces pero finalmente me empezó a jugar bien (había sido campeón de Chile) y yo no logré nunca ganarle.

Cosa similar me ocurrió con mi hermano, con lo cual yo quedé marcada para perder el juego de ajedrez, sobre todo si jugaba con un varón y eso era la mayoría de las veces, porque no he encontrado mujer que quiera practicar conmigo.

Yo no debí nunca ir a un casino, pero fui.

La primera vez gané bastante en la ruleta que era el juego que más me apasionaba.

Volvimos varios días y al final perdí todo el dinero que llevaba para las vacaciones en la playa y debí abandonar el veraneo y regresar a la selva tórrida de cemento que era mi ciudad.

Después vinieron las tardecitas de póker que terminaban tipo seis de la mañana, y el juego del Ataque, en el cual terminábamos todos peleados.

Tenía por esa época reuniones del club en casa de mi orientador y una vez terminada la reunión nos quedábamos charlando un rato.

Alguien trajo el Ataque que consiste en conquistar territorios de un mapa mundi que es al mismo tiempo el tablero. Se juega atacando con dados y con objetivos secretos que solo cada jugador conoce.

Es un pasatiempo bien apasionante y el Ferna, mi orientador, dijo que era útil para autoconocimiento con lo cual se justificaba que los ocho compañeros nos quedáramos hasta que casi amanecía.

Y es cierto que servía para conocernos mejor.

Una chica muy dulce, la Isa, había mostrado un carácter suave y pacífico hasta que una noche el Sergio la atacó y le ganó el último país que le faltaba para cumplir su objetivo.

La Isa siempre me iba a dejar en su auto a mi casa y de paso llevaba al Sergio hasta donde éste podía tomar locomoción.

Partimos y la Isa iba roja y callada. Habríamos andado unas diez cuadras cuando detuvo el auto y le dijo al Sergio: "¿sabis huevón?, Aquí te bajai y no te pienso llevar a ninguna parte." Y le abrió la puerta.

El Sergio no salía de su asombro y no entendía nada y la verdad es que yo tampoco. Por eso le pregunté a mi amiga que qué le pasaba y me dijo, como si fuera lo más natural, que el huevón del Sergio le había hecho perder el juego.

Lo hizo bajarse pero al poco rato, yo le supliqué que volviéramos a buscarlo porque allí no había movilización y era un barrio peligroso.

Ese día conocí otra faceta de la Isa que hasta entonces ni me imaginaba.

A través del tiempo he tenido recaídas de Ataque y póker.

Al ajedrez volví con ahínco cuando mis hijos instalaron uno en su Atari.

Con ese ajedrez aprendí que yo podía ganar e incluso, a niveles avanzados.

Pero me acostumbré a ver el tableo vertical y al llevarlo a la horizontal en una mesita, me volvió la incapacidad y no logré darle mate a mis contrincantes.

Mi nieto Cristóbal inició la era del Nintendo con el Super Mario Bross justo cuando el ajedrez se puso negro y no se abrió nunca más.

Y allí estuve metida jugando tardes enteras hasta que logré matar al malvado del juego, Koppa, un bicho parecido a tortuga y a dragón, que desciende en un globo con cara de japonés sonriente y que lanza fuego y esferas mortales al pequeño Mario, que es uno misma, pues como uno lo mueve uno se identifica con él.

Mi nieto me exhibía con sus amigos pues ninguno tenía una abuela que pudiera ganar en el Nintendo y traía a sus amigos a que vieran como yo llegaba hasta el castillo final.

Incluso quiso promover un evento, en coordinación con mi hijo Juan, en el que yo desafiaría a las señoras de mi edad a jugar un Nintendo Bross regional y, por supuesto, ellos ganarían cobrando la inscripción y la entrada.

El evento no se concretó, entre otras cosas, porque por esos días salió otro juego, el fatídico Mortal Kombat y el inocente Super Mario fue relegado para niños pequeños, es decir menores que mi nieto y para abuelas, con lo cual perdió todo atractivo para los chiquilines y tampoco ya servía para campeonatos.

Perdí prestigio ya que me negué a aprender el Mortal Kombat. Este me desagradó desde el comienzo, pues se trata de mover unos monos espantosos que descuartizan y chupan los huesos del contrincante que es movido por otro jugador.

El juego es “made in Japan”, pero los japoneses sólo lo exportan y lo tienen prohibido en su país, es para los “violentos occidentales”, esos que les lanzaron dos bombas atómicas.

Al día siguiente decidí conocer los otros juegos que traía el nuevo software. Allí me encontré con Carta Blanca, un solitario que mi padre sacaba casi todos los días y que, según él decía, era cuestión de resolver y no de azar. Es decir, no sólo era un juego, según él, sino también un test de inteligencia.

Es por causa de este solitario y por mi compulsivo afán de jugar y demostrar que soy inteligente que llevo como tres meses sin escribir y sin dormir.

Y ahora me iré a sacar un solo solitario más. Es obsesionante el dichoso solitario.

Menta y limón

Yo vivía por ese entonces en la ciudad de Querubines, donde jamás cesaba el viento ni las murmuraciones de las mujeres densas, viejas y aburridas, preocupadas de la vida de los demás, de chismear y observar lo que hacíamos los jóvenes y luego escandalizarse.

Como en todos los pueblos fundados por españoles, había una plaza central o plaza de armas, en torno a la cual se distribuían las cuatro calles principales y la iglesia catedral, el regimiento, el club de la unión y el banco. Posteriormente se agregó la municipalidad y el correo.

Es decir, primero el poder eclesiástico, católico, bajo cuya tutela y fanatismo se colonizó América, luego el poder de los militares y por último, el símbolo del poder del pueblo y las comunicaciones.

La plaza era el lugar de encuentro. Era una plaza sombreada de tilos y con cuatro estatuas en los cuatro prados centrales. Representaban las estaciones del año y eran de fino mármol de Carrara. Se las habían robado al país vecino durante la última guerra.

Esa creencia que me habían inculcado en el colegio, de que mi pueblo tenía una gran benevolencia con los pueblos hermanos, chocaba con esos robos tan poco caballerescos al vencido.

Por esa época llegó al pueblo un nuevo subteniente de policía muy buen mozo, inteligente y simpático. Se llamaba Alejandro González y aunque era un poco mayor que yo, nos hicimos amigos.

Era la costumbre en Querubines que el doce de octubre se hiciera un gran baile en el Centro Español en el que la colonia residente, desplegaba todas sus costumbres y las señoras gorditas bailaban los bailes típicos de sus regiones, especialmente la jota.

Al baile solo podían ir españoles y los hijos y nietos de españoles.

De mi grupo de amigos, las únicas que podíamos asistir éramos la Cristina Pérez, por ser hija de padre y madre aragoneses y yo por ser mi padre hijo de catalanes.

Sin embargo, siempre nos arreglábamos para que pudieran entrar todos, y ese año me empeñé en que el subteniente asistiera al baile.

Llegamos y nos encontramos con un salón de espejos iluminado por lámparas de cristal de luces tornasoladas que cubrían de magia todo.

Mi vestido blanco se bordó de Arcoiris y las bailarinas parecían saliendo de un mundo fantástico.

En todos lados habían adornos florales de gladiolos, crisantemos y rosas.

Rodeaba el salón una mesa larguísima cubierta con mantel de encaje de Valencia sobre el cual había bandejas de plata con distintos manjares muy bien presentados.

Cristalinas redomas de cristal ofrecían unas aromáticas bebidas de diferentes colores, del sur de España, que el garzón servía en tacitas también de cristal refulgente.

A Alejandro le gustó particularmente el bebedizo de color verde, de menta y limón y se instaló durante un buen tiempo, cerca de donde lo servían, hasta que se le pusieron las mejillas rojas y comenzó a hacer bromas un tanto subidas de tono.

.....

Años más tarde cuando estaba amarrado a la gran ventana del regimiento, el coronel Alejandro González sentiría persistentemente ese sabor agridulce del licor verde, de menta y limón en su boca, mientras las balas pasaban zumbando por sus oídos y en ambas direcciones.

En estos tiempos, en los que se nos está disolviendo la realidad en la cabeza, donde ya no recordamos lo que recién estabamos diciendo, donde se nos pierden los remedios, las llaves, los dineros, resulta reconfortante recordar y relatar aquellos bailes nítidos y luminosos.

Por eso, seguramente, el coronel debe haber elegido ese recuerdo, para no morirse de miedo, crucificado allí por sus propios compañeros, por esos traidores que no dudaron en sumarse al caudillo asesino para derrocar al presidente.

Bien, había pensado el coronel, cuando conoció al nuevo general en jefe, que no era buen síntoma que usara gafas oscuras e impenetrables al asumir su cargo y cuando juraba lealtad al presidente.

Esa ceremonia que yo vi por TV tuvo algo de fatídico.

Un gris al fondo de la pantalla, una mancha negra sobre la cabeza del presidente Allende, que los camarógrafos no pudieron explicar, mientras tomaba juramento al general, quien le prometió, y no le juró, lealtad.

¡Como iba a jurar lealtad a quien mandaría a matar dentro de un mes.

Prometió con la cabeza gacha, con sus gafas de miedo y con palabras apenas audibles.

Fue a las tres de la tarde de un día de agosto, había un sol muy brillante pero, poco después, el cielo se oscureció por completo, un viento huracanado azotó la capital y pronto las calles se inundaron por la lluvia.

Alejandro estaba detrás del presidente durante la ceremonia y yo le noté cara de preocupación, casi de enojo en la TV y cuando lo vimos al día siguiente, comentó que no le tenía confianza al nuevo alto mando.

.....

El teniente me sacó a bailar y yo me creí segura de que le gustaba. Ambos nos llevábamos muy bien y parecíamos flotar al son de la orquesta.

Al poco rato llegó mi amiga Susy y ese fue el minuto fatal, pues a Alejandro se le encandilaron los ojos con ella y con ella bailó el resto de la noche por más que yo me andaba poniendo por delante y sonriéndole coqueta.

Pero no me di por vencida y ayudada por otras amigas asediamos al teniente durante un buen tiempo, invitándolo a mi casa, al campo, a la piscina y a baile que había.

Yo le cantaba canciones mexicanas, acompañada por la Luly que tocaba muy bien guitarra y por el mismo Alejandro a quien esa música le gustaba sobremanera.

El parecía muy complacido con mi compañía y me trataba con cariño y consideración, mientras que yo le preparaba postres, tortas y licores, segura de que lo conquistaría.

Además, me sentía mucho más atractiva y más inteligente que la Susy que tenía cara de interrogación y que vivía en la luna, por lo cual, transcurridos unos dos meses, me creí segura de mi conquista ignorando que ya se había iniciado el romance entre la Susy y el flamante policía.

A Alejandro pronto lo ascendieron a teniente pues se desempeñaba muy bien en su cargo, especialmente en la brigada de incendios forestales.

Por las noches solía pasar a visitarme y conversaba muy amenamente con mis padres al ritmo de unas tacitas de café o de algún licor, si no andaba de servicio.

Al poco tiempo se lo recibía como de la familia y mi madre, a pesar de que para ella todos los policías eran unos rotos ordinarios, pronto le tomó un real aprecio que duró toda su vida, pues ya viejita, no dudó en irlo a visitar cuando calló prisionero de los golpistas, lo que implicaba correr un riesgo de muerte.

Mis padres solían ir a la capital varias veces en el año, especialmente en el invierno.

Durante uno de esos viajes con mi grupo organizamos una fiesta en mi casa. Mis padres me autorizaron porque dejaron encargado de vigilar y de hacer de chaperón a Alejandro, el cual producía en mis amigos un efecto tranquilizador de desmanes. Yo no sé si eso se debía a su condición de policía o a su personalidad autoritaria.

Resultó que Alejandro descubrió que una llave del manojo que tenía del casino de oficiales, servía para abrir la despensa de mi madre.

La despensa era como un santuario, era un lugar sagrado y entrar en ella sin permiso era un verdadero sacrilegio.

Allí se guardaba todo lo que debía ser distribuido solamente por la mamá, desde los licores hasta los porotos, pasando por finas conservas de frutas y mariscos, cajas de chocolate, etc.

La noche de la fiesta, el teniente empezó por abrir una botella de coñac francés que mi madre guardaba como especial tesoro y se instaló a bebérselo sentado en un sillón; no quiso bailar porque dijo que tenía que vigilar nuestra fiesta.

Para colmo, al poco rato llegó la Susy a la que Alejandro había convidado sin decirme y se hizo evidente que estaban de novios, pues bailaban apretadito y se besaban descaradamente.

Yo cantaba a voz en cuello y con un vaso de ponche en la mano: ”mis ilusiones se destruyeron, creí morir” y luego,” sabes mejor que nadie que me engañaste”, pero el teniente no se dio por aludido.

Al poco tiempo se casó con la Susy. Yo no pude ir a la boda porque caí en cama con amigdalitis, pero mis padres fueron y dijeron que había sido una boda impresionante, nunca supe porqué.

No vi al teniente durante varios años.

Llegó a Querubines un cantante que se hacía el peruano, muy buen mozo, muy moreno y con unos ojos verdes chisporroteantes.

Yo me olvidé del teniente y me prendé del seudo peruanito quien me dedicaba canciones como ”estrellita del sur” y me sonreía como si su vida pendiera de mis gestos de aprobación.

Por esa época se habían puesto de moda las serenatas bajo el balcón y esto era por influencia del cine mexicano y particularmente, por el actor Jorge Negrete al que se admiraba mucho.

Una noche estabamos con mis padres a punto de irnos a la cama cuando se sintieron unos violines y guitarras.

Mi padre se asomó por el balcón y dijo con cara de disgusto, que ahí abajo estaba el cantante del Bar Chile y cuatro músicos.

Mi padre tenía una expresión de absoluto desconcierto, pues él, no sólo no compartía mi gusto por lo mexicano, si no que lo consideraba de gusto chabacano propio de las clases populares.

El cantante entonaba “asómate a la ventana, paloma del alma mía.”

En ese mismo momento, me creí enamorada y me sentí heroína de película, flotando en nubes rosadas, asomada allí en el balcón.

Esto duró poco, pues mis padres me bajaron de las nubes y me mandaron a la cama.

Además, al día siguiente me dijeron que no me juntara con ese tipo que era de una clase social muy inferior a la mía y me prohibieron absolutamente que lo viera.

Mi nuevo amor, el Lucho, que así se llamaba el cantante, en esta oportunidad se encargó él de ponerle la letra y la melodía a mi existencia y en todas sus actuaciones cantaba: “el amor cuando es sincero se encuentra lo mismo, en las torres de un castillo que en humilde vecindad,” o bien “comprendo la diferencia que hay de patrón a inquilino”, aunque esta última canción no calzaba mucho.

Pasó el tiempo y no supe nada de Alejandro y de la Susy.

Algunas mañanas me sorprendía cantando: ”¿dónde estará, recordará? ¡Nunca lo podré olvidar!” Y no tenía claro si me estaba refiriendo al Lucho, al Alejandro o a mi último novio.

Me di cuenta que yo armaba mi vida amorosa sobre la base de boleros y que ajustaba los hechos a la canción, con lo cual me sentía protagonista de muchas situaciones jamás vividas (una Madame Bovary a lo popular).

Hoy, que ya no ando metiendo mi existencia en canciones, me doy cuenta de que me eran necesarias para dar mayor alegría y realce a esos episodios, que en sí, eran muy cotidianos, grises y sin la profundidad y el brillo que les conferían las canciones.

Aunque, para ser honesta, no he dejado del todo esa vieja costumbre y en ocasiones, una de las Fernandas jóvenes, en mi cabeza, canta “te mando señales de humo” a un amigo distante y un tanto ingrato, que a veces me olvida. Pero es sólo un gran amigo.

.....

Me casé y me fui a vivir a la capital. Tuve tres hijos los que acapararon mi vida casi por completo.

Un día en el supermercado, se me acercó una mujer bastante bonita y de expresión dulce y me saludó con gran afecto. Era la Susy.

Le presenté a mis hijos y a mi esposo y ella me comentó que estaba viviendo por allí cerca y que le gustaría mucho que la fuéramos a visitar y así nosotros conociéramos sus hijos y viéramos a Alejandro.

Intercambiamos direcciones y teléfonos y a los pocos días nos convidó a cenar.

Alejandro ya era capitán. Había engordado un poco pero seguía siendo buenmozo y bromista.

Fue una velada muy agradable, hicimos recuerdos, hablamos de los hijos, de los trabajos, de lo bien que le había ido a Alejandro, que había hecho cursos de perfeccionamiento en USA, que ahora estaba a cargo de la policía del Palacio de Gobierno y de muchas cosas más.

Mi esposo y Alejandro congeniaron muy bien y yo descubrí que la Susy era una mujer simpática y bondadosa.

Nos hicimos muy amigos y nos visitábamos todas las semanas.

Celebramos todos los ascensos de Alejandro y cuando llegó a coronel la fiesta fue en grande.

Yo no podía comprender como había estado tan enamorada de ese hombre que sentía como un hermano y que ahora no me atraía en lo más mínimo.

Alejandro cada día se mostraba más preocupado.

No decía mucho del clima político, pues debía guardar secreto profesional, pero como al pasar nos dijo que compráramos alimentos no perecibles y guardáramos por si acaso.

Yo vi que la Susy guardaba agua y que incluso trató de que un maestro le hiciera un pozo, aunque ella me dijo que el hoyo que estaban haciendo era para echar la basura del pequeño parque que tenía frente a su casa.

Por todos lados había indicios de que algo tremendo iba a pasar.

Finalmente llegó el día terrible del golpe militar y el coronel González fue apresado de inmediato, junto con todos los oficiales leales y decentes.

Mi marido y yo, en cuanto se pudo salir de la capital nos fuimos con mi madre y los hijos a vivir al fundo y nos dedicamos a la agricultura.

Del coronel González y su familia supimos noticias de tarde en tarde.

Alejandro era como el ave Fénix.

Varias veces en su vida había escapado, casi por milagro de morir y en esta oportunidad, una vez más, salvó de ser asesinado por sus compañeros traidores y emergió a la vida desde sus cenizas con grandiosidad y valentía.

Me contaron que ahora usaba una barba muy blanca y que mientras estuvo en el calabozo aherrojado de pies y manos, sin comida y casi sin agua, torturado varias veces, empezó a sentir que dentro de la celda oscura había un ser muy poderoso que lo llamaba y lo elevaba hacia una luz, separándolo de su cuerpo sufriente.

Alejandro no era religioso y por primera vez había tenido una experiencia de algo sobrenatural.

Esto cambió por completo la dirección de su vida.

Después que lo liberaron emprendió un largo peregrinaje por la cordillera.

Nunca supe directamente donde estuvo, o qué hizo.

Unos amigos me contaron que visitó el valle del Elqui donde se puso en contacto con santones y yogas de oriente y conoció el monte de las piedras cantantes.

Tiempo después lo vieron cerca del Aconcagua buscando espinacas telúricas y preguntando por el gran sabio americano.

Finalmente, dicen que alcanzó la iluminación y que hoy día hace sanaciones y milagros.

El padre Pedro

Llegó a nuestra parroquia sin que al principio se notara mucho.

El párroco anterior era un cura viejito y enojón que no animaba a nadie a acercarse a la iglesia, por lo cual nos habíamos acostumbrado a vivir sin el socorro eclesiástico y sin ninguna dirección espiritual.

Yo acompañaba a mi madre los domingos a misa, pues ella era católica observante, y ella -a su vez- arrastraba a mi hija Mónica a cumplir con los deberes religiosos.

Como familia de clase media corriente, mientras las mujeres cumplíamos con la devoción, los hombres iban a comprar empanadas y cerveza y se aprontaban para ir al estadio a ver fútbol en la tarde.

También yo iba dos veces al año a la parroquia a mandar a decir misa por encargo materno, para la salvación de dos difuntos de la familia.

Siempre el viejo cura me preguntaba quién era yo, y luego al recordarle que él me había casado y que me conocía desde que llegué al barrio, invariablemente me amenazaba con grandes castigos de ultratumba por no confesarme semanalmente.

.....

Dichoso tiempo aquel en que en la familia sólo habían dos difuntos: los abuelos, quienes murieron viejitos y a quienes echábamos de menos, pero nos conformábamos de su partida, pues los habíamos disfrutado largo tiempo.

Dichoso tiempo aquel en que estábamos jóvenes, en que no conocíamos lo que era un golpe de estado, ni la dictadura, ni la desesperanza.

Hoy, al comparar ambas etapas de mi vida, siento que tengo demasiados difuntos, siento que no he podido superar el dolor de la muerte de Mónica quien era como campanita alegre, siento que fuimos vejados por una dictadura cruel y solapada y siento que es más difícil cada día superar el sufrimiento.

.....

La primera noticia de que había cura nuevo la trajo mi hija Mónica Isabel, quien no sólo iba a misa los domingos, sino que también acompañaba a mamá al mes de María.

La Mónica Isabel a la época tenía más o menos nueve años y tenía un carácter alegre y entusiasta.

Un día a la vuelta de la iglesia, llegó feliz, con su carita sonrosada y luminosa, diciendo que el cura nuevo quería formar un club scout de la parroquia y que ella quería participar.

Yo conocí al padre el domingo siguiente.

Era un hombre de unos setenta años, moreno, de pelo entrecano y usaba gruesos lentes.

El padre Pedro, que así se llamaba el nuevo párroco, dijo en el sermón de la misa del domingo cosas muy diferentes a las que estabamos acostumbrados.

Por ejemplo, expresó que él vería con muy buenos ojos que lo convidaran a almorzar o a tomar algún aperitivo. Agregó que él había estado en parroquias mucho más elegantes que la nuestra y también en parroquias muy pobres, tan pobres que ni siquiera nos imaginábamos y que por lo tanto, para él no había nada que lo sorprendiera o espantara, así que lo convidaran no más.

Yo pensé que era un hombre un poco abusador al insistir tanto en eso, pero me equivoqué.

También comentó que le cargaban las viejas beatas que iban a joderlo a cada rato y que esperaba eso sí, que la gente le tuviera confianza, le comunicara sus problemas y lo hiciera partícipe de sus vidas, pues para eso es el cura.

Terminó hablando del grupo scout que quería formar y pidiendo colaboración para esa tarea.

Al final de la misa salió corriendo y se paró en la entrada del templo para despedirse de cada uno de nosotros.

Con un gran cariño besaba a las mujeres y a los niños y daba un abrazo apretado a los pocos varones que iban saliendo.

Fue gracias al entusiasmo de mi hija por ingresar al grupo scout y para conocer mejor al cura, que de acuerdo con mi marido, lo invité a almorzar, pensando para mis adentro que se trataba de otro cura incoherente, de esos que predican el amor a los pobres mientras se dan la gran vida lucrando de su profesión.

Preparé el mejor almuerzo que pude y recibimos atentamente al sacerdote.

Él resultó ser un hombre sencillo y bondadoso.

Muy frugal en su alimentación apenas si comió algo en el almuerzo y no bebió nada de alcohol, pues nos contó que tenía problemas de úlcera.

No trató de imponernos ni rezos ni creencias.

No nos interrogó acerca de nuestras poco religiosas vidas y se limitó a conversar sobre temas comunes.

Finalmente habló de su proyecto de crear un grupo scout lo que era su mayor anhelo.

El grupo scout se formó en más o menos dos meses y el cura le puso tanto entusiasmo que todos nos embarcamos en la recolección de dinero para edificar un recinto donde funcionaría en el patio de la iglesia.

Mis dos hijos ingresaron y pronto comprendí que era una actividad muy positiva que desarrollaba en los niños la solidaridad y el gusto por salir a excursiones y paseos.

Al cabo de un año la Mónica pasó a guía y ya a los pocos meses fue ascendida a jefe de patrulla, lo que era admirable y meritorio pues se necesitaba mucha capacidad y mucha entrega, pero la Moni tenía ambas cosas.

El cura, además de bondadoso era bastante loco, partidario del riesgo y de las emociones fuertes, como necesarias para la buena formación de los muchachos.

De joven había sido piloto civil y había sobrevolado casi todo nuestro país. Basándose en esa experiencia, eligió como lugar de campamento donde irían los exploradores ese año, un lugar cordillerano situado trescientos kilómetros al sur de nuestra ciudad y cuarenta kilómetros al este.

Yo todavía no le conocía al cura su faceta aventurera y confiaba en su decisión. Ni por un momento se me ocurrió pensar que el lugar podía ser peligroso, más aún, considerando que el mismo padre vestido también de scout, los acompañaría unos días en la excursión.

Mi hijo también iba. Él era explorador lobato y por lo tanto no debía preocuparse de nadie. Su jefe de patrulla era un chico muy responsable, estudiante de agronomía.

Dentro de la organización se llamaban lobatos a los niños menores de diez años, basándose en que a Mowgli, el niño del Libro de la Selva, lo habían criado los lobos como a otro lobato o lobezno más.

Ese domingo muy temprano los fuimos a dejar al tren.

La Moni al contrario de su hermano, iba de responsable de su patrulla compuesta de seis pequeñas.

Además de cuidarlas, debía preocuparse de que llevaran todo lo necesario, por lo cual ahí mismo en la estación, hizo que las chicas mostraran ollas, teteras, botiquines, etc.

Lo mismo debían hacer las otras cinco patrulleras, por lo que el desorden y la trifulca en el andén era grande, sobre todo cuando anunciaron que el tren partiría dentro de tres minutos.

Yo miraba con preocupación ya que no veía cómo iban a lograr ordenar todo, volverlo a meter en las mochilas y luego subirse al tren.

Tampoco se me ocurría cómo ayudarlas, pero estaba subestimando las capacidades de mi hija pues ésta, tocando un pito, ordenó a las niñitas subirse al carro y abrir las ventanillas y por allí les lanzó rapidito, todos los bultos y aparejos, con lo cual lograron estar todos arriba a la hora precisa.

La Moni subió al final con el tótem en la mano.

El tótem era un bastón largo que terminaba en una flor de lis, emblema internacional de los exploradores, adornado con pieles y con cintas de los colores de grupo, que eran rojo y celeste. También llevaba una insignia especial y una figura de abeja.

El tótem, el pañolin y el talim, o bitácora de las jefes de patrulla, debían cuidarse y protegerse a cualquier costo. Esto para el cura estaba muy bien pues, según él decía, desarrollaba la responsabilidad de las niñas, pero para mí, era una exageración.

A los pocos días mi esposo y yo salimos de vacaciones y decidimos ir a ver como estaban los hijos en su campamento.

Llegamos a Chillán y ahí empezamos a averiguar cómo se llegaba al Carmen Alto, lugar donde nos había dicho el cura que estarían acampando.

Los lugareños, muy amables, nos dieron toda clase de indicaciones y siguiéndolas, nos internamos en un camino pésimo, de ripio suelto, sin bermas y lleno de curvas peligrosas, que subía y subía cada vez más.

Finalmente llegamos a una selva virgen, tupida y hermosa y sin saber qué hacer, tocamos la bocina.

Delante el camino se transformaba en un angosto y escarpado sendero.

Poco a poco a mí me invadía el temor.

Al cabo de un rato, de entre los matorrales aparecieron varios niños y niñas del grupo scout dando saltos y alaridos de alegría.

Por ahí apareció mi hija sonriendo, tostada y con varios kilos menos, pero feliz.

Se devoró la fruta que le llevábamos a ella y a su hermano.

Este último nos anunció muy serio, que él se iría con nosotros pues en ese lugar habían pumas.

Además, agregó, que estaban pasando hambre pues los chanchos les habían comido la despensa y llevaban cuatro días comiendo pan, harina tostada y algo de leche de cabras que les convidaban los campesinos.

Fuimos a un pueblito cercano y compramos fruta y comida para todos.

Esa noche la pasamos con los chicos quienes nos hicieron una fogata y nos enseñaron sus juegos y cantos.

Las patrullas mayores estaban muy agradecidas y nos dieron títulos honorarios.

Esa noche había luna llena y como es costumbre entre los exploradores que se guían por El Libro de la Selva, salían los sachenes, una especie de brujos, y asaltaban a los novatos.

A nosotros nos consideraron novatos por lo cual nos sacaron de la carpa a la luz de la luna y nos lavaron la cara con agua de sachenes.

Luego hicieron danzas alrededor del fuego y finalmente nos consagraron exploradores beneméritos, después de lo cual nos pudimos ir a dormir.

Al día siguiente quisimos llevar a la Moni con nosotros, pero ella dijo que tenía que dejar a sus chicas en el tren por lo cual decidimos quedarnos en Chillán y esperarla dos días.

.....

Tiempo después en una tarde calurosa fui a la Iglesia. Recuerdo bien que el sol entraba por los ventanales de la derecha, iluminando los hermosos vitrales de ese lado.

A ambos costados del altar y por detrás del mismo, se apostaron todos los scouts y todas las guías con sus tótemes y banderines formando un semicírculo y rodeando la nave central de la iglesia hasta la puerta de entrada.

La Moni se veía muy linda toda iluminada de dorado y amarillo por la luz del sol que pasaba por el pelo rubio de Jesús niño del ventanal.

Orgullosa ostentaba sus condecoraciones y sujetaba con elegancia el tótem de su patrulla.

El cura Pedro con atuendos dorados y blancos cantaba en latín y tiraba incienso para todos lados.

Al parecer se trataba de una gran misa pues, además del canto y el incienso, otros dos curas flanqueaban al padre central.

En un momento dado, los tres se tendieron frente al altar, de vientre, con la cabeza entre las manos y un gran silencio se apoderó de los feligreses.

Durante largo rato estuvimos en un suspenso sobrecogedor.

De pronto, un gato negro todo engrifado, apareció por la izquierda del altar y saltó por encima de los curas. Detrás del gato salió un pastor alemán, perro que yo conocía, pues era del Carlos, un amigo scout de mi hija.

El padre Pedro no se movió y siguió tranquilo tendido, pero los otros se movieron un poco.

De atrás del perro apareció el Carlitos, quien con sus grandes bototos y su tenida de scout, también saltó sobre los curas.

Todos estábamos bastante sorprendidos pues la persecución continuaba y la misa también.

El gato clavó sus uñas primero en la espalda del padre y luego en el mantel de raso del altar y, sepa Dios como, se trepó a la cabeza de un santo principal.

El perro, por su parte, trataba de alcanzarlo con las patas apoyadas en el pecho del santo y el Carlitos trataba de sacar al perro tirando de su cola. Para colmos el perro se puso a ladrar con gran potencia.

El buen cura seguía con sus latines y ni por un segundo miró a los animales ni al chico.

La misa finalmente terminó y entonces el cura explicó que se iban a bendecir mascotas y que a eso se debía la presencia de animales.

También explicó que los scouts debían asistir la misa y llevar sus animalitos, con lo cual los disculpó de antemano, aunque después se supo que le dio unos buenos pellizcones al Carlos, aunque esto fue sólo un rumor.

Al año siguiente, un domingo, el padre anunció eufórico que iba a haber un Jamboree en nuestra ciudad y que mi scout participarían en todo, pues era uno de los grupos que oficiarían de anfitriones.

Yo no tenía idea sobre lo que era un Jamboree pero, conociendo las arriesgadas actividades a las que se sometía a los scouts y sabiendo lo deschavetado que era en eso el padre, me dio un gran temor y contra toda costumbre levanté la mano y le pedí respetuosamente que nos dijera donde se realizaría el evento.

El cura no se extrañó ni molestó por mi intervención, sino por el contrario señaló que sería bueno que otros imitaran mi ejemplo que denotaba interés y preocupación por los jóvenes.

Después dijo que el evento sería en quebrada de Jahuel, con lo que me tranquilicé pues era un parque natural cercano, a no más de veinte kilómetros, donde ciertamente no había pumas y donde se podría socorrer fácilmente a los muchachos.

Y fue bueno que fuera cerca porque al tercer día hubo una lluvia torrencial que obligó a los campamentos a cambiarse y que arrastró dos o tres carpas.

Transcurrió un tiempo y sorpresivamente tuvimos que irnos a vivir a otra ciudad pues a mi marido lo nombraron de un día para otro director zonal, cargo que le convenía mucho.

A los hijos les dio mucha pena dejar el barrio de su infancia, dejar sus amigos y para la Mónica fue particularmente triste dejar su grupo de exploradoras.

Nos fuimos a despedir del cura y él nos dio sus bendiciones.

Lamentó que no le hubiéramos avisado con más tiempo para haber organizado una despedida.

Nunca imaginé esa tarde, que sólo volvería a ver al padre Pedro diez años después y en circunstancias terribles.

.....

Estaba yo sumida en un pozo profundo y confuso, sentada junto al ataúd que contenía el cuerpo de la Mónica, cuando una mano cariñosa se posó en mi cabeza y vi al buen cura Pedro colocar el pañolin de mi hija sobre un ramo de rosas blancas que había sobre el ataúd, después me besó en la frente y se fue caminando agachado y con dificultad.

Margarita

Rodrigo se levantó temprano y después de tomar su acostumbrada ducha matutina se dirigió a su escritorio biblioteca, con la intención de leer un legajo que le había traído de la capital su hijastra Margarita.

Allí estaba iniciando su lectura cuando la Carolina, su esposa, irrumpió bañada en lágrimas y le dijo que a la Margarita se le había metido en la cabeza casarse con Roberto Yrarrázabal y que esa mañana le había pedido fijar la fecha de la boda.

Y no hubo fuerza humana que la hiciera desistir.

Rodrigo de alguna manera se sentía responsable de que tal boda se realizara, pues él era amigo de Roberto y la hijastra lo había conocido en su casa, cuando venía a pasar los veranos en la hacienda.

Por ello hizo lo imposible por disuadirla y se pasó tres noches en vela tratando de convencerla de lo inadecuado de tal unión.

Le hizo ver que el Roberto era veinte años mayor que ella, le habló del mal carácter y la irresponsabilidad del futuro esposo, quien había embarazado a casi todas las jóvenes casaderas de la región mereciendo el apodo del Toro del Arcoiris, le señaló que ya era padre de por lo menos dieciocho niños, a los cuales jamás había ayudado ni reconocido.

Todo esto y mucho más le dijo Rodrigo a su hijastra pero la muchacha se limitó a contestarle que si era amigo de él por algo sería y además dijo que el Roberto creía que él se oponía al matrimonio por celos.

Esto último silenció a Rodrigo para siempre pues no pudo soportar semejante calumnia.

La Carolina lloró mucho, también suplicó a su hija que no se casara y finalmente no tuvo más remedio que dedicarse a los preparativos de la boda.

Siendo la familia Aguirre la más rica del lugar, los festejos del matrimonio deberían ser fastuosos, más aun si se consideraba que el novio era también dueño de una inmensa fortuna y de la segunda hacienda más grande de la comarca.

La Carolina viajó con la Margarita a la capital para comprarle el vestido de novia y todo el ajuar a su hija.

Para la Carolina no había nada más entretenido que ir a las grandes tiendas y elegir los más caros y vistosos objetos. Disfrutaba con los manteles de encaje, los zapatos italianos, los perfumes franceses y las joyas con brillantes africanos.

La Margarita no compartía el entusiasmo de su madre y hubiera preferido quedarse en la hacienda y salir a cabalgar con Roberto el cual la tenía como hechizada, y contemplar con él los rojos atardeceres desde la colina, amorosamente tomados de la mano mientras los caballos se quedaban muy quietos uno junto al otro.

Para desesperación de la Carolina, Roberto tenía la costumbre de oponerse por el solo gusto de molestar a los demás y se negó a realizar una fiesta en grande para el matrimonio y los Aguirre debieron conformarse con hacer un sencillo cóctel y lamentar las rarezas de Roberto.

Pero si bien no hubo gran fiesta de matrimonio, las Navidades que celebró la Marga durante los años que vivió junto a Roberto fueron memorables.

El no se opuso al gran despliegue que hacía su mujer para tal evento, no porque fuera amigo de esos jolgorios religiosos, sino porque al poco tiempo de casado volvió a sus antiguas correrías, dedicándose a desvirginizar a cuanta jovencita encontraba por ahí.

La Marga para llenar su tiempo se entregó de llenó a las Navidades.

Así, a fines de noviembre y ayudada por las campesinas del lugar, las nanas y los niños, decoraba casi toda la Hacienda El Roble.

La mansión estaba rodeada de jardines cuyos árboles eran engalanados con guirnaldas y luces de colores.

Las fuentes se hacían limpiar y llenar de pececitos dorados los que después, en la noche de Navidad, la Marga personalmente sacaba con una pequeña red y regalaba en redomas brillantes de cristal, a los hijos de todos los invitados y a los niños del fundo y del pueblo, muchos de los cuales eran hijos de su marido, cosa que ella intuía y prefería no averiguar.

Rodrigo y Carolina visitaban poco a la Margarita pues temían las extrañas reacciones del yerno , sobre todo Rodrigo, que no había podido olvidar que le hubiera atribuido algún deseo amoroso por su hijastra a la que amaba como verdadera hija.

Sin embargo, cuando podía, le gustaba conversar con ella sobre los temas que había leído en los escritos que ella le había traído y sentía algo así como un espacio común con la joven.

En la casona la Marga arreglaba cada habitación con motivos navideños y en los grandes ventanales pegaba nieve artificial nacarada, estrellas y lunas brillantes.

Entre tanto, en los reposteros y cocinas se confeccionaban los bombones de licor y los caramelos con formas de campanillas y de globos de colores, para adornar después el árbol de Navidad.

A la Margarita lo que más le gustaba era la preparación de las galletas.

Se empezaba con las galletas de canela y jengibre con formas celestiales, se continuaba con las galletas de limón y azúcar rubia, las que se hacían con formas de animalitos, luego venían las de formas florales y frutales con sabor a coco, naranja y vainilla.

Finalmente, ya muy cerca de la festividad, se preparaban las galletas de café y chocolate antropomorfas y decoradas con mostacillas y merengue de diversos coloridos. Hombrecillos de pantalones de merengue amarillo con ojitos de pasas Corinto, nariz de almendra, cinturón de mostacilla blanca, mujeres de polleras rosadas de betún dulce y aros de piedrecillas de chocolate casi negro.

En esta etapa de la creación culinaria de ese universo plano sobre los grandes mesones de la cocina, de ese universo hecho de huevos, de leche, de harina y de dulces sabores, la Marga hacía que intervinieran todos los niños y los animaba a crear formas nuevas.

Así los diseños iban transformándose en las manitas embetunadas de los muchachitos y aparecían formas distintas cada vez, angelicales y fantásticas, ángeles alados tocando diversos instrumentos musicales, demonios con cuernos y patas de chivo y muchos otros seres desconocidos en la faz de la tierra.

La Marga, con las manos sumergidas en la masa. Recordaba entonces una historia que le había escuchado al ermitaño de la cordillera una tarde dorada de noviembre y que se la había contado a su padrastro el cual la había disfrutado muchísimo.

Decía el gran sabio que un pueblo de un lejano continente presa de la fiebre del consumismo y del delirio por elevar los niveles de producción, había prohibido todos los cuentos fantásticos, todos los libros religiosos y todo relato que tuviera algo de ciencia ficción.

La policía y los adultos escondieron los libros que los contenían y se instruyó a los colegios, a los padres a los escritores, etc. para que no narraran nada que no fuera real y practico a los niños.

Esto se había originado en la creencia de que los terrores nocturnos de los chicos, con los cuales se perdía una gran cantidad de energía, provenían de esas historias de brujos y duendes, de esas narraciones donde aparecen y desaparecen dioses y monstruos y donde, sin ninguna lógica explicación, a los personajes les crecen alas o se transforman en sapos, príncipes, etc.

Así pues, se cerró para esos pequeños la posibilidad de entrenar su imaginación en lo que a movilidad de imágenes se refiere. Se les fijó imágenes y estas se cristalizaron, un perro era un perro y jamas podría transformarse en un lacayo ni un ratón en caballo ni una calabaza en coche.

El purismo llegó a tales niveles que se excluyó de ciencias naturales la metamorfosis del sapo y de la mariposa por ser bastante ilógico que una cuncuna horrible sacara hermosas alas y que un renacuajo perdiera su cola y le salieran cuatro patas.

También el ermitaño contó que al cabo de unos veinte años los poderosos de ese lugar, en especial los psicólogos y los bienpensantes en general, se reunieron muy preocupados porque nadie estaba inventando nada, toda innovación provenía de otras tierras.

“¡Esto es una grisura¡” exclamaron al unísono y sacaron por conclusión que a los jóvenes les faltaba creatividad, les faltaba mover las imágenes.

Sin que se notara mucho, rescataron los libros prohibidos y volvieron las madres a contarle los cuentos de brujas y hadas a sus pequeños.

Ellas fueron las más aliviadas pues ya no sabían como hacer dormir a sus hijos ni conque relato entretenerlos en las largas y frías noches, pues los niños se aburrían con las tablas de multiplicar y el relato de las calorías que contenía la leche, la carne y el arroz. Hubo algunas madres que leían a sus hijos las medidas del estadio nacional y otras la superficie de las provincias, pero al final todos terminaban bostezando.

Con el transcurso del tiempo los jóvenes del Arcoiris se empezaron a destacar por ser muy creativos y por realizar numerosos inventos.

La Marga juraría que la confección de galletas fantásticas más algunos otros ejercicios que ella dirigió mientras vivió allí, habían contribuido grandemente a desarrollar esas características.

La Marga había conocido al ermitaño una vez que siguió a caballo a un grupo de jóvenes que lo andaban buscando.

El conocerlo fue para ella algo muy importante, tanto que finalmente ese encuentro fue lo que direccionó toda su existencia.

Nunca olvido la mirada del joven y lo que él dijo cuando uno de alguien le preguntó como debía relacionarse con las personas y sus dificultades y él le contestó": el ser humano es algo más que sus problemas y cuando logramos esa mirada un poco especial, todo cambia.

Uno mismo se siente como algo más.

Hay que hablar con la gente de sus cosas profundas, de las cosas importantes de su vida."

(En ese momento la Marga sintió como si se iluminase desde el interior, y una gran paz y comprensión de todo la inundó. Pensó que creía saber que era lo que había que liberar en todos los seres humanos).

Las mujeres del pueblo y de la región conservaron la costumbre de la fabricación de galletas y después las empezaron a hacer durante todo el año.

Así el Arcoiris y todo el distrito de Laja, se hizo famoso por sus exquisitas galletas las que incluso se llegaron a exportar.

La gente venía de todas partes a conocer ese hermoso lugar en el cual había una laguna de leyenda y un volcán de ensueño y a comprar galletas, las que adquirieron fama de premonitorias pues todo lo que los niños creaban después aparecía.

La Marga había vuelto a buscar al joven ermitaño y de él aprendió muchas cosas que por un tiempo las tuvo olvidadas.

La última vez que fue, no lo pudo encontrar y los arrieros le dijeron que se había ido a las ciudades a entregar su conocimiento.

Años más tarde, la Marga supo por unos amigos que el sabio había visitado una ciudad del norte donde había dicho que era necesario llegar a todos los rincones del mundo con su mensaje, porque en todos los rincones de la tierra“ está el mismo ser humano sufriente”.

Eso fue lo que la impulsó cuando se fue de la hacienda, a irse muy al sur, donde aún no había llegado la enseñanza y allí iniciar una nueva vida formando un grupo al cual contó todo lo que había escuchado al Maestro.

Con ese grupo de gente muy humilde, realizó diversas actividades, entre las cuales, por supuesto, estaba la fabricación de galletas para movilizar las imágenes y predecir el futuro.

Mientras vivió con Roberto la Margarita sufrió bastante. Apenas dos meses después de la luna de miel quedó embarazada y Roberto sentía especial rechazo por las mujeres encintas.

La dejaba sola casi todas las noches y ella finalmente, mordiéndose su orgullo, le contó a su madre lo triste que estaba siendo su vida.

La Carolina que era superficial y que muy poco se preocupaba de no herir a los demás, seguramente por inconsciente, le dijo que ella ya se lo había advertido, con lo cual no ayudó en nada a su hija, porque ésta eso ya lo sabía y lo único que buscaba era afecto.

Rodrigo no dijo nada pero intuyó que pronto ese matrimonio terminaría y sintió un gran alivio.

Los campesinos compadecían a la señora Margarita porque para ellos el Roberto era un hombre malo, que tenía pacto con el diablo, que alimentaba un culebrón que guardaba en el fondo del castañar y que antes de casarse realizaba orgías con seres extraños en los salones de la mansión. Decían que por las noches se escuchaba allí música y risas sin que nadie hubiera llegado.

Después que vino la señora, decían, se terminaron las fiestas fantasmales y como ella era tan religiosa había espantado los malos espíritus, pero cuando la Marga fue a la clínica a dar a luz su primer bebé, hubo esa noche un tremendo aquelarre que hasta los más escépticos escucharon.

El Roberto fue a conocer a su primer hijo legítimo y a buscar a su esposa a Santiago y se mostró muy cariñoso y galante con ella, como en los tiempos del noviazgo.

La tuvo en la mejor clínica, la colmó de regalos y de flores y se mostró orgulloso de su hijo al cual llamó Roberto igual que él. Para él ese hijo era de verdad pues Roberto era clasista y miraba a sus otros hijos como seres de segunda categoría por ser sus madres humildes campesinas las cuales no merecían llevar su apellido Irrarázabal de alta alcurnia y de antiguos próceres de la Patria, la mayoría capitanes de ejército.

Volvió a la Hacienda y dictaminó que se invitara a todos los hacendados de la región para que conocieran al pequeño.

Fue así como hubo una gran fiesta que vino a reemplazar la que no se hizo para el matrimonio.

La Marga había quedado muy débil después del parto y la fiesta la agotó de tal manera que cayó enferma con una anemia aguda lo que indignó a Roberto pues no soportaba la debilidad de nadie, excepto la suya propia para la cual siempre tenía una disculpa.

Para mayor infortunio la Marga había vuelto a embarazarse con lo cual volvió su marido a ignorarla y a desaparecer por largos periodos.

Luego de que nació el segundo hijo al cual llamaron José Antonio, Roberto volvió a ser un esposo solícito y cariñoso y la Marga cayó de nuevo en la alucinación.

Sin embargo, llegó el día en que no pudiendo soportar más se fue para siempre de la hacienda con sus hijos.

Pasó el tiempo, la Carolina y Rodrigo la iban a visitar a su nuevo hogar allá por Chiloé y le ayudaban económicamente lo que la Marga les permitía solamente por sus hijos.

Una mañana, en su casita del sur, la Margarita observó que las figuritas que esculpían los pequeños en las galletas para la próxima Navidad, tenían una forma nueva, era la forma de un cohete espacial muy parecido a un silo, de esos que se usan en los campos para guardar semillas.

Tomó varias de las galletas más bonitas y se las envió por encomienda a su padrastro quien las recibió dos días antes de morir.

Néstor Tato

La desaparición de las comas

Secándose la ceja izquierda con la manga de la salida de baño, mientras sacaba la última hoja de la impresora, algo llamó su atención en esas líneas negras, perfectamente encuadradas.

Ordenó las hojas, controló los márgenes de ambos lados, y trató de definir la sensación. No era la humedad del cabello, aunque sabía que, si bien conocía las sensaciones habituales de su cuerpo y, en particular, de un despertar trasnochado como éste, era la cabeza la que, con toda nitidez, trataba de computar lo extraño que, oscuramente, se iba abriendo paso en su interior. No era la sensación del error, que era lo que, al principio, vagamente reconoció como posible en esa sensación, sino que era una sensación de algo no habitual que, ahora, se iba definiendo como nada habitual.

Se sentó en su sillón, apartando los borradores que habían quedado sobre el escritorio la noche anterior, concluida hacía apenas tres horas y, curioso, comenzó a leer el texto, una vez más.

Al concluir el primer párrafo, su hijo entró como una tromba, reclamando dinero para una carpeta de dibujo y, mientras atinaba a depositar un beso en el aire, donde hacía dos milésimas de segundo estuvo la cabeza hirsuta, tanto por fuera como por dentro, en una posición que duró mucho menos aún, remedo del hábito casi abandonado del saludo matinal, señaló el saco que colgaba de una silla, donde guardaba la billetera.

Recuperado de la interrupción, volvió a leer el primer párrafo, hasta que, literalmente, topó con el primer punto. Algo raro había en eso, pero fue su hija la que, ahora, le pedía dinero para el viaje y, dale pá, sé bueno, pedía permiso para, después de clase, ir a lo de Marita. Luego de señalar nuevamente el saco, que ya no colgaba tan prolijamente, y de recibir un beso lleno en la mejilla, envuelto en la fragancia del pelo recién lavado, todavía mojado, volvió la mirada hacia los papeles que, yaciendo con su mano derecha en el escritorio, lo instaban sensiblemente a prestarle atención.

Comenzó, una vez más, la lectura interrumpida, y volvió a topar con el primer punto y, cuando su vista se volvía hacia el comienzo del renglón siguiente, en un “retorno de carro” de la mirada, le tocó el turno a su mujer que, desde el umbral de la puerta, lo llamaba a desayunar, ya despachados los niños y su apuro, con una voz que guardaba un dejo de ronroneo, como era habitual en ella después de hacer el amor, cosa habitual en él cuando trabajaba hasta la madrugada, siempre que concluyera algo, entonces, se exacerbaba su potencia y unas mínimas horas de sueño bastaban para poder trajinar la mañana, antes de hundirse en la siesta. Retomó esa cálida y dulce sensación de unidad con ella y, papeles en mano, la siguió hasta la cocina, decidido a comentarle su inquietud.

Cuando pudo sentarse al escritorio otra vez, ya pasado el desayuno, la necesaria charla doméstica sobre los quehaceres inmediatos, la situación de los hijos de ella, la relación con los de él, y luego de vestirse y despedirse, sin haber hablado, por supuesto, una sola palabra de lo que lo intrigaba, ya solo en la casa, se decidió a que nada ni nadie lo interrumpiría.

Volvió a tropezar con el primer punto, y luego tropezó con el segundo, y con el tercero, y así siguiendo, topó con todos y cada uno de los puntos que, en esas hojas de papel, cortaban la continuidad del texto. Miró el escritorio, donde yacían las hojas del borrador, algún lápiz y su imprescindible goma, marcadores de colores, un lapicero, el fax, la lámpara, tal como los había dejado la noche anterior, y volvió a la carga.

Tropezando otra vez con los puntos, y pautando la lectura por los puntos y comas que, a veces aparecían entre los puntos, ahorrando la reiteración de un sujeto, volvió a leer el texto y, entonces, recién entonces, cuando se preguntó si ese punto y coma era adecuado, cayó en cuenta de que ¡no había comas!, ni una sola coma. Las comas que interrumpían el texto a cada momento, aclarando, introduciendo una acción simultánea, desviando la mirada en una dirección distinta de la principal, facilitando una enumeración, etc., habían desaparecido. Esas comas que estaban en los borradores que tenía sobre el escritorio y también en el texto definitivo que, por cansancio, no quiso imprimir cuando se fue a dormir, no estaban y, lo que era más extraño aún, no se notaba su au-

sencia: conjunciones adecuadamente distribuidas, algunos puntos y puntos y comas más, proveían una estructura de discurso lo suficientemente fluida como para obviar las comas.

Pero había un detalle, él no había modificado el texto. Volvió a leerlo. Ante el despeje de la primera incógnita vio que asomaba una segunda: una nueva sensación acompañaba una lectura que se había vuelto fluida y superaba la linealidad de la narración. Se sorprendió al leer una enumeración que le había pasado antes inadvertida. En ella no había una sola coma: sólo sustantivos que no parecían amontonarse en la sucesión sino que montaban un cuadro integrado que daba una presencia totalizadora. Era lo mismo que sucedía en la percepción.

Esta sensación de fluidez tampoco le resultaba desconocida. Pero era reciente. Sentía que desde el despertar las cosas habían fluido como solía suceder cuando escribía. Sólo que ahora eran los acontecimientos los que fluían y él con ellos. Fluía sin reservas. No tenía pensamientos escondidos. No había cálculo. No sentía freno alguno a la expresión de su sensibilidad. Simplemente fluía de un acontecimiento a otro en una retroalimentación donde la situación era sentida como propia. Sentía una profunda intimidad compartida con la situación. La vivía como viniendo de sí mismo y no con esa suerte de ajenidad que advirtió siempre en la mecanicidad de lo cotidiano. Sentía que algo interno se había sumado a su vida. Vivía las cosas desde dentro de sí. Pero ese adentro participaba del adentro de lo que lo rodeaba. Las cosas y las personas formaban parte de algo mayor de lo que él también formaba parte. Y sus pensamientos y sus sentimientos y sensaciones también fluían hacia la situación (o dentro de ella) y volvían hacia él desde adentro pero como desde afuera. Se producía un vaivén fluctuante que reforzaba su sensación de estar presente y de ser él. Se sentía montado en su vida. Escudriñaba el horizonte desde la cresta de la ola del tiempo en el último instante de un largo desarrollo que abarcaba su propia vida y toda la Vida desde más allá de lo imaginable. Todo eso se daba con una suave calidez que circulaba por el cuerpo e imperceptiblemente le imprimía una sensación de oscilación que ondulaba de arriba a abajo.

Recordó que tuvo esa sensación al apagar la computadora. La volvió a sentir al acercarse a su mujer con los poros abiertos. Y reconoció que esa sensación le venía como chisporroteando desde hacía un tiempo. Al comienzo se había manifestado de a ratos y ahora se derramaba a través del cuerpo barriendo con las comas que encerraban las dudas y los cálculos y los temores que se le aparecían ahora como hiatos que impedían el flujo unitario con los acontecimientos al imponer cortes forzados.

Guardó las hojas en su carpeta y se dejó fluir hacia el mundo. Era llevado por un latido interno que acompasaba su respiración y sus sensaciones a un ritmo que sentía como internamente externo y parecía venir de otro lado. Era una sensación que lo abarcaba y lo llevaba a una sensación más plena que parecía insuflarle más vida.

Al encandilarlo la luz del día en el umbral del edificio alcanzó a ver la colita de un pensamiento que ya se desvanecía en la copresencia: ¿había escrito comas en el texto? Caminando decidido entre la gente sentía cómo se incorporaba al mundo y se dijo que las comas no importaban. Se sorprendió con la sensación de que podía traspasar con su mano los sólidos muros que iba dejando atrás por el costado.

POEMAS

Javier Astigarraga

Crear

Volar sobre las letras,
los signos convenidos
las palabras,
dejando que se expresen,
las mil formas impensadas,
que moran el corazón del hombre.
Soltar,
que vuelen en bandadas
manchando los papeles,
para alumbrar gozosas
el refulgente anuncio
de otros tiempos que llegan.
Lanzar,
traduciendo en las formas
caídas, imperfectas,
las señales que el corazón expresa.
Anticipando lo posible
sin sufridas quimeras.
que ilusionan lo existente.
Dejando a la mirada escudriñar la nada,
del silencio que todo lo alimenta.
Fructificando mas allá de los dioses,
en ritmos y música de imágenes,
lo que los mismos dioses han creado.
Infinita aventura del hombre,
que amanece en mañanas.

Gracias

Gracias guía
muchas alegres gracias,
ya sin pena,
por ahuyentar sereno los fantasmas
aposentados en recovecos oscuros
de mi mente
y alumbrar mi presente
construyendo futuros luminosos
y abiertos.
Gracias por estar aquí,
formado como eres, por mi sentir profundo

inteligente
nacido desde ese templo amplio
en que mi corazón se ha convertido
para expresar con fuerza
tu mensaje de aquello
que todo corazón humano está buscando,
mostrando que es posible,
en nosotros,
el poder realizarlo.
Gracias por tus alegres gracias,
por tu paz, por tu fuerza,
por no temer la muerte,
por comenzar a amar la vida,
cada día un poco más,
en todo lo que late.

Reflejos

De la vida palpitando mi cuerpo
energía manifiesta rebotando entre planos
en ecos de colores
jugando en los cristales de aristas intangibles
en rebrillos pungentes parejos repartidos.
Translúcido chisporroteo refulgiendo en potentes
incansables designios de volver a ser luz
mas allá de la luz que transmiten los ojos.
Inicial inteligencia con la intención de unir
el día con la noche, el ayer con el futuro
aquello que se ve con lo invisible,
en pura y única sustancia
eterna e infinita
que lo contenga todo.

Sobre el amor

Ama el torrente al pleno
horizontal sacío de la mar.
El desierto a la nube blanca
y a las gotas del rocío
que escapan de sus poros de arena.
El mar ama a la tierra
que atormenta o solaza,
según su calma o furia.
Calor y frío se aman imposibles
opuestos dominantes,
como el blanco y el negro
la oscuridad y la luz,
sin convivencias,
procurando ser parte de lo mismo.

¿Qué no ama o es amado,
aún como solaz del alimento?
¿Pero quién ama de tal forma
que solo da, sin exigir retorno?
Solo al hombre es posible
amar lo que lo impulsa
desde la misma entraña de las cosas,
aún de los opuestos,
dentro de sí, hacia afuera,
con la fuerza tremenda del mañana.

Necesidad

¿Qué llevaré en mis andas cuando muera,
cuando mi cuerpo me abandone en sus latidos?
Nada me llevaré
ni cargaré ninguno de los tremendos pesos
que ahora llevo
en éste tránsito por el desierto colorido
de mi vida,
porque todas las cargas
me aplastan en la tierra
impidiendo que vuele
hacia los faros que alumbraron mi rumbo
en las estrellas.
¿Cuál de ellas es destino?
Cualquiera.
Cuando acabe su luz buscare otra
aún más lejana y luminosa
mientras voy desanudando
los pesados lastres de memoria
que me aquietan,
aligerando mi viaje al infinito
eterno aventurado que me espera.

El día

Caminante que caminas
la vida a tropezones,
encandilado por las luces
y colores llamativos, atractivos, fugaces,
producidos
por la fusión de todas las sustancias,
conformando otras nuevas,
cada vez más complejas.
Caminante que tropiezas los escollos
que otros tropezaron,
en la búsqueda eterna

de avanzar mas allá de los límites,
que otros avanzaron.
Cuando el desierto te proponga,
la estéril apariencia de la nada,
deberás conocer que estás muy cerca,
de aquello que perseguías impaciente.
Allí no desesperes
allí no te abandones
allí ten la fe plena,
que lo que acumulaste en el camino,
te sostiene como báculo firme,
manteniendo tu cuerpo
enhiesto en el silencio
y la oscuridad que te rodean,
hasta que alumbre por fin el día infinito.

La pregunta

Sin atender siquiera el correr de los tiempos,
buscando en oscuras volteretas,
en emboscadas y trincheras persistentes
armadas de sospechas sigilosas
de ausencias y silencios rotundos,
consumiendo hacia sí todo recuerdo
y exigiendo llenéz a su vacío
deambula en mis adentros la pregunta.
Inquieta mariposa inquietante
vagando cual fantasma en la conciencia
hasta impletar la chispa del encaje
de la pieza faltante
coronando plenamente los cuerpos.
Experiencia sublime descansando
en el fugaz descanso del acto completado.
¿Cuántos sueños quedaron
bloqueados para siempre?
¡Cuánta espera intentando adormecida
reconciliar perdidos territorios
en silenciosas pero no menos cruentas
y olvidadas batallas!
Cuantas ilusas ilusiones etéreas
flotando a ratos en agridulces esperanzas
encandiladas por el fugaz aroma
de la triste nostalgia
al no encontrar respuesta verdadera
en el tiempo oportuno.

Borrasca

Mientras la luz del sol desvanecía

entre montañas y horizontes
un ceñudo crepúsculo
se adueñaba de la tierra,
borbollones de nubes
jugaban sus mil juegos
de figuras cambiantes
cada vez más oscuras
sobre el mar intranquilo
y el viento sibilino resoplaba
agitando su furia
despertando los truenos
explotando en relámpagos
dibujando un instante
el corazón del aquelarre.
Las olas tremolaban
montándose las unas
en la derrota de las otras,
chocando con las peñas
en chicotazos infernales,
arrastrando pedazos
de sólidas murallas
a su guarida honda
donde la fuerza
descansaba colmada.
Ahorcajado al timón
de su pequeña nave,
enfundado en su capa encerada
estremecido por los vientos
y los latigazos de las olas,
iluminado espectralmente por el rayo
el marino solitario capeaba la tormenta,
disfrutando inmutable
la sinfonía brutal de la borrasca.
Soy como tú, tempestuoso y potente,
gritaba a cada ola hijas de los mares,
soy como el viento
que se anuncia en sus silbos
murmuraba a las ráfagas,
soy como la luz con que me ciegas
decía al rayo,
soy lo que multiplica tus estruendos,
bramaba al trueno.
soy lo que desafía sus temores.
soy lo que desafía hasta la muerte.
¡Soy un Hombre!

Mascarada

Que despierten los hombres
ahítos de pútridas carroñas
con sus hediondas testas recostadas

sobre manchas de sangre
tiñendo los manteles del banquete de siglos.
repletos de fétidos manjares.
Que despierten las vanas vampiresas livianas
bailando en aquelarres
arropadas de estiércol y perfumes inmundos,
sufriendo tras las máscaras
su cómplice excremento de sonrisas arrugadas
en cuerpos desquiciados y enfermos,
disfrazando de falsos alborozos
a la nada voraz que las succiona
hacia el abismo de una negrura sin regreso.
Que despierten las alimañas de sus cuevas
y los guerreros de sus tumbas
porque ha llegado el nuevo día
y hay que dejar la cáscara
de tanta y tan cruel hipocresía,
de honores por suicidios
medallas recubiertas de temores,
de sangre pintando el uniforme
de soldados baldados por la demencia de la guerra
con miembros amputados y mentes desquiciadas.
Que despierten los próceres, los santos y los viles
que ya es hora de remediar tanto desquicio
Que todos se despierten,
sacudan sus cadenas y vuelen sobre el Ande
de sus propias historias
en un triunfal vuelo sin regreso
al hogar que el futuro
nos tiene prometido.

Paz

Sensación de universos infinitos
expandidos adentro.
Condición inefable a la que solo altera
las miasmas de los actos de guerra
y el temor de la muerte,
en posesivas contracciones
de encierro.
Madre de reconciliaciones,
de toda germinación evolutiva.
Liberación perpetua,
bullendo en cada acto
en precursoras cenestesias
nutriendo desde su misma entraña,
la fuerza y el equilibrio de la vida.
Cobijo de sentidos.
Templo en que anida la alegría
de futuros más plenos
de cosas coherentes

de mundos compartidos.
diferentes
que aun alguna mente adormilada
no advierte todavía.

Sentido

Aspiro al respirar
colmado con la nada del aire
y al espirar,
me dejo ir hacia esa nada, del mundo,
a la que pongo nombres
que parecen no tener ya ningún nombre.
En esa nada que percibo
en que me muevo,
en esa nada vivo.
Y pregunto.
¿Si todo es como si nada,
por qué el vivir, nos cuesta tanto?
Lo que trato de asir con mis puños cerrados,
escapa entre mis dedos.
Lo que quisiera recordar como un aroma de azahares,
se diluye en confusos pasados incompletos.
En el esfuerzo han perdido el perfume
y el brillo de la imagen.
Todo se vuelve Inconsistente.
¿Ha triunfado la nada?
Mi brazo se introduce en la roca
y mi vista traspasa las montañas.
Respiro los bruñidos metales,
haciendo retemblar los sólidos cimientos
que me han complacido.
Como cansado de dar vueltas y vueltas
alcanzo a ver la luz como un fanal perdido,
y su destello alumbra al fin
el renacer de mi camino.

Una tarde lluviosa

Salía del trabajo
esquivando los charcos y los otros paraguas,
refugiado en la cortina gris de la tormenta
oscuros pensamientos empañando mi ánimo,
perlando mi estar solo caminando
sobre los patinados senderos de tristeza
de aceras desparejas,
peregrino entre otros seres sin mirarles los rostros
que tampoco miraban,
sin sentirles sus voces porque todos callaban,

cada uno en su historia de anónima tristeza
con sueños escondidos que nunca concretaban,
contemplando lo ausente, la belleza lejana,
en el refugio de aquella lluvia persistente
que todo lo preñaba,
buscando un mañana luminoso y diferente,
que ya no esperanzaba,
hasta que vi mi rostro reflejado en mil rostros
transitando la noche y esquivando los charcos
y mis pasos cobraron un ritmo acelerado
retumbando en mi cuerpo,
y la luz plateada de la lluvia dibujó mi futuro
fundiendo la tristeza de muchos días sin rumbo.

Juan Chambeaux

Aunque grite,
al final uno queda
como mudo testigo
de su época

Encuentro

Más que la palabra
es tu mirada;
más que tus ojos
son tus manos;
más que tu cuerpo
es algo
que no tiene aristas,
más verdadero
y cuyo nombre
se me escapa.

El espejo

Hay otro que me mira
cuando miro;
hay otro que camina
cuando ando.
Hay otro que piensa
cuando siento.
No soy yo
pero lleva mi nombre
en la frente.

*****

¿A dónde va este mar inmenso,
gris, verde, azul como la esperanza?
¿Por qué se parece tanto
a la eternidad finita de mi cuerpo?

*

No me alcanzan los ojos para ver
el horizonte
y de tanto pararme en puntillas,
por si acaso,
me duelen los pies del sentimiento.

*

No tengo más que sensaciones,
apenas pensamiento.

Qué puedo escribir sino:

cuando te ibas, llegué
y vi un pie hundido en la tierra
que se levantaba
dejando polvo del pasado en el aire;

y:

también vine inspirado
con la vara,
toqué a diestra y siniestra;
reconozco que las puertas se abrieron.

Impaciencia

La noche inmensa pende sobre mi cabeza;
no hay nostalgia por ninguna parte
y sin embargo no estoy en paz.
Estas palabras deberían multiplicarse.
Debería haber retrocedido lo que está atrás.
Debería haber llegado lo que viene.

*

El gran ropero de mi casa
se aparece aún,
a veces.
¿Tendrá guardados todavía
los juguetes
que huelen a pintura y alegría?

*

Aseguro que miré hacia adelante
un momento.
Las cosas son tan distintas
que no pude entender,
ni aguanté el sentimiento.

Me devolví
con el corazón en la mano.

Antiguo

A la izquierda el león
el rey sobre el Kilimanjaro,
a la derecha el viento desordenado.

“Mis pies en el desierto
mi cabeza sobre la nieve,
a la izquierda el león
a la derecha el caos”;

sentado sobre el monte
a la distancia mirando.

Nadie esto entenderá
y sin embargo es exacto:
el día de un lado está
del otro el cielo estrellado,

y un reyezuelo sin ver
a la distancia mirando.
Estoy
al fondo de tu mirada recibiéndote
con los brazos extendidos,
mientras vuelves con la espalda
llena de aventuras.

*

Pensamos
de qué manera algorítmica
se puede continuar
esta reunión
más allá de la niebla,

y volvemos la mirada
a nuestro alimento repartido.

Los tiempos que corren

No soporto tu delgadez de agua
que se me pega toda húmeda
y deshace mis huesos.

Quedo sin raíces.

Me acuesto en el aire
y temo no despertar
sin saber quien duerme.

*

Vengo de tierras lejanas,
doradas de plata y luna
donde vive
gente de trigo amable,
con los brazos extendidos
a verte de cara al sol.

Abre tus puertas,
de par en par tus ventanas,
como si no existieran.
Transparenta las paredes,
multiplica los caminos
que llegan hasta tu casa.

Vengo a topar mi futuro
con el tuyo,
a ver cómo te llamas
en el viento,
a contarte mi nombre
en la arena.

Latinoamérica

¿No has pensado alguna vez
dar vuelta el mapa
y poner el sur arriba;
el glorioso, blanco,
puro, magnífico,
selvático, helado,
interesante, grandioso,

sur
arriba?
Latinoamérica,
la de un solo enemigo
que te come el pan de tus hijos,
la leche de tus hijos,
la sal de tus hijos;
el cobre, el estaño,
el azúcar, el petróleo,
el litio, la madera,
el futuro de tus hijos.
Latinoamérica hambrienta
miro tus ojos
en los ojos de los niños
y no me gusta lo que veo.
Miro tu figura
en el estómago de tus niños
y me da hambre.
Miro tu alegría
en el juego de tus niños
y siento pena.

América Latina,
la que era única
desde el Polo
hasta las ecuatoriales anchuras
continentales.
¿Cómo no querer darte una mano,
cómo no decirte que entrelaces
tus cientos de millones de brazos
y borres fronteras que no existen
más que en papeles que se lleva el viento?

El enemigo es grande, Latinoamérica.

El enemigo caerá, se partirá en pedazos,
explotará por todas partes, levantará polvo
y se hundirá en las profundidades
arrasadoras del tiempo.
Pero debes unirte, juntarte, amalgamarte.
No desprecies lo que eres, ni mires atrás
porque la estatua de sal te perseguirá
por mil años, porque todo lo tuviste
pero admiraste al gigante.

Mira tus niños
y a los niños de los niños que vendrán;
piensa el mundo que heredas
y junta todos los metales
hasta que nazca uno distinto;
junta todos tus cultivos
y crea el trigo dorado;
junta todos tus ríos y mares,

crea tu cielo propio
de siete estrellas y siete planetas,
y que no vengan a decirte
cómo dividir el día de la noche,
que las ganancias no sean para ellos,
que la alegría te alcance para siempre.

Será tu nombre

Será tu nombre
de agua,
será mi nombre
de fuego.
Algún día
será tu nombre
sin nombre
y el mío
será silencio.

*****

El poema que sigue
debe ser leído sin que se escuchen las palabras,
para que el silencio
haga retumbar las rocas subterráneas
y se agiten los volcanes.

(Una nueva fuerza ha irrumpido

poseedores de la llave del futuro,
jugadores del tiempo y del espacio,
guardadores mayores del sentido,
dueños del plan del laberinto,
humanistas a pesar de los dioses,
profanadores de lo establecido,
veedores más allá de las narices,
descubridores del plan de las estrellas,
viajadores galáctico-interiores,
ponedores de puntos en las íes,
amantes silenciosos de la vida.)

*

El límite ahí delante,
olvidado.
El límite ahí delante.

La alegría ante los ojos
la alegría en las manos,
en el aroma del aire,
y el límite ahí delante,
ahí.

¿Cuando?

La pena y la rabia
en los ojos,
en el cuerpo,
en el oído.

Y el límite ahí delante.

El día de cada día,
también mañana.

Y el límite ahí delante:
como manos vueltas hacia atrás,
o un ojo curvado mirando adentro,
el cuerpo incierto de nostalgia.

¡Y el límite ahí delante!

*

¿Qué soplido en la caña
viene de tan lejos?

¿Quién sopla en el orificio?
¿El viento de los cuatro
rincones del mundo?
¿Otro?

¿Quién el orificio?
¿El nombre de todos,
todos los nombres juntos?

¿Cuándo?
¿Desde los primeros tiempos
en medio de la materia

que amalgamaba todo en uno?
¿Después?
¿En la sutileza del aire,
en la proyección de omega,
en la evanescencia del acto?

Isaías Nobel

El cielo del artista

Ver más allá, ser más allá
Disolver la real apariencia
Salir del ojo y del oído
Ver al Ser cómo hace
Cuando el Ser hace
Que lo real exista:
Allí está el cielo del artista,
El Paraíso, allí la Creación
Es incesante y la muerte no existe.

Abril 12, 1998.

El poema que llegó del futuro

Fue un gran día
Aquel día:
Cien millones de madres
Extendieron los brazos,
Cien millones de padres
Se pusieron de pie,
Cien millones de jóvenes
Se tomaron las manos,
Cien millones de niños
Comenzaron la danza.

Un tiempo sin tiempo
Enamoró a los seres
Envolviendo los cielos
Y la Tierra,
Contuvieron su aliento
Todos los animales,
Los insectos giraron
Sus pequeñas cabezas
Y alzaron las patitas.

Sí, fue un gran día
Aquel día.
Cuando el suave resplandor
Naranja sobrevino
Cien millones de dioses
Se unieron a la gente

Y la fiesta empezó.
Abril 26, 1998.
Oda a la diversidad humana
Mira, el hombre negro allí
Cómo sonríe y canta, los tambores
Elevan a las cuerdas,
Todo es vida que danza.

Y allí, mira, qué fuerza en las mujeres
Marroquíes que en una boda cantan,
Su música te une con el novio y la novia
Que en la noche se aman.

Y en la profunda Persia,
Una flauta te lleva
Hacia la voz del trigo,
Un pan suave y fragante
Te acaricia y te llama.

Y allí, ¡mira! ya llegan al galope
En pequeños, negrísimos caballos
Los hombres de las estepas chinas
Parloteando como pájaros raros.

Y de América vienen
Los cantos y los bailes,
Encendiendo los cuerpos,
Embriagando las almas.

¡Tanta dulzura y gracia,
Tanta paz y alegría
Brotando de todos los rincones
De nuestra nave Tierra!

Las canciones de cuna, el canto del amante,
El ritmo del que juega, del que cosecha o siembra,
De aquel que partió en busca del Destino,
De quien canta a su pueblo, de quien ama a su tierra,
Sus ríos y sus bosques, las praderas,
Su silencio, el color de su luz.

Mira ¿Qué queda de los pueblos,
En los profundos, lejanos,
Corredores del Tiempo?
¿No es acaso su música, su arte,
Su ciencia, su compasión, su genio?

¿No estamos ya en el Paraíso?
¿No es acaso este fruto un manjar para dioses?

El fruto profundo, convergente,
El fruto que deseamos, el no prohibido fruto
De nuestra extraña, maravillosa forma:

La Inmortal Forma Humana.
Abril 24, 1998.
Urdimbre de la tarde
Es el atardecer y luminoso
Lentamente girando en suave remolino
Navego entre peces de infinitos colores
Allí donde seducen los poetas
Apollinaire Guillaume
Holderlin Friedrich
Moore Marianne
Pushkin Aleksander
Huidobro Vicente
Guillén Nicolás
Neruda Pablo.

Dónde te has ido, cuerpo, ballena blanquecina?
Regresa aquí, ancla necesaria, libérame
De las pequeñas manos de hormiga innumerable
De ser jangada ardiente sol deriva
No puedo más de tanta poesía.

Un dios del día ha lanzado su cuerda,
El aire fresco me devuelve del sueño
Me libera la sangre henchida de poetas
La propia voz quiere cantar su canto
Porque he vivido ya
Las demasiadas vidas que he vivido
Y es hora de saber
Si es el amor la muerte el sexo
O qué
O cuál ausencia
Que te engatusa, te felinea entero
Y te transporta en carretera vertical
Hasta los propios ojos
La suavidad del labio
El diente que rechina
La lengua que lame las distancias.

Todo está aquí y nada es esto
Pero todo está aquí en este instante
Mi cuerpo es el puerto de todos los poetas
Anhelo anhelo anhelo
Envolvimiento huída
Vórtice y lento carrousel
Lo dulce lo suave lo escondido
Lo absurdo, lo oscuro, lo monstruoso
Ala de esfinge, azogue repentino
Y allí te ves, yaciendo,
Un nómade o un dios
Junto a un pozo dormido.

Nómades arrojados al fondo de si mismos
Descifrando una letra del Libro de la Vida.

En "Foro Gandhi", enero 9, 1998.
Un niño, un cielo
Perfecto descansas en la luz y en el verde
Gorriones y palomas te celebran, displiscente
Pequeño dios benigno, gozas.

Suavemente te miras con el cielo
Sonríe tu madre y yo, lejano, descubro
Un silencio que nace, un instante que asciende.

Un pájaro sostiene en sus labios el Tiempo
Soy otra vez aquel pequeño dios que mira
Un cielo, y a quien un cielo mira, largamente.

En el Jardín Botánico, febrero 13, 1998.
Un poema de sueño
Yo dormía,
Con jirones del sueño
Un poema me alzaba,
Blanca cuerda anudada del que huye
Yo me abrazaba a ella como Jacob al Ángel,
Para alzarme del sueño, para salir al alba.

En el alba luchamos, el sueño, yo, el poema
Y un ser sin nombre que al sueño me arrastraba;
Se deshizo el poema, huyeron las palabras,
Tornáronse la materia del sueño, de la nada.

Y en la mañana que ahora he conquistado
Con los ojos despiertos miro el mundo, las formas
Y presiento que el hombre es el poema, la cuerda
Que un dios entredormido crea para salir del sueño,
Para ganar el alba, para vivir como viven los hombres:
En medio de las formas que nombran las palabras.

Febrero 16, 1998.
A Pablo Neruda
Hermano fuiste del hombre cotidiano,
Incesante donabas una luz y tu dulzura añeja
Nutrida de soledad y roble y de araucana altura.

Descendió y ascendió
Innumerables veces a tu pueblo
Tu santidad de hombre y de poeta
Entre la buena gente tu canto se crecía
Y el estafado, aquel que ha sido designado
Esclavo antes de haber nacido,
Y el hombre desdentado que hace el pan
Y el vino que otros comen y beben,
La mujer pequeñita que se afana en el surco
Y ella misma es de tierra, ya seca
De tanto que ha llorado su destino.

A todos ellos, y al héroe aquél
Que bajó cada madrugada al socavón
Y volvió cada noche a la pequeña luz
De su familia vencido por el cobre,
Por la piedra, por la injusticia
De metal y de roca llegó tu poesía,
Allí tus lumbres se encendieron
Te nacieron hijas en bandada
Y volando se hicieron tu bandera,
Un bálsamo, abierto corazón
Que abría corazones
Con la palabra viva.

Niño pequeño de Parral, al sur de Chile,
Alma gigante en el planeta Tierra
Al sur del Universo:
Hoy necesité sentarme ante tu mesa,
Compartir tu pan de mano llena, el amor
Terrible de Isla Negra, el dios Océano
Golpeando, golpeando retumbante
Pidiéndote la ofrenda, tu pez de poesía,
Aprender tu verbo fragante, numeroso,
Tomarlo directamente de tu boca
Celebrar la altura de tu amor extendido
El lento, perfecto amanecer
Que fue toda tu vida.

Así confirmo hoy que tu milagro es cierto,
Que permanece y vive, y creo que es eterno.
Y digo: del pálido papel y de la verde tinta
Incontenible el Verbo en arcoiris brota,
De la pujante sustancia de la Vida
Te hiciste heraldo, amigo, poeta, camarada.

Abril 17, 1998.

A Borges

Llevabas el misterio entre los brazos,
Un padre eras acunando a su hijo
Mirarlo querías rectamente a los ojos:
Sabías que el ojo que es del tiempo
Sólo sombras contempla, infinitos espejos.

Sobre arcos y torres, con espadas girabas,
Abrazabas el símbolo, la noche de otros hombres,
Bailabas lentamente con tus grandes poetas:
No era sueño tu alma, era profundo anhelo.

Jugabas con héroes y con dioses
Te acecharon sus huellas en rosadas esquinas,
En los hombres, en seres que eran monstruos:
Así te bifurcaste en mil y un sendero, en jardines
Fuiste niño y guerrero, un Argonauta, viajero de ti mismo.

Innumerable y circular,
Los cónclaves sagrados recorrías;
Escuchabas el rodar inaudible de las runas,
Altas sacerdotisas merodeaban tu nombre
Y en boreales auroras cantaron tu destino.

Así, cuando por fin las sombras cancelaron tus ojos
Viste que eras un niño en brazos del Misterio:
Él te acunaba como un padre a su hijo
Y rectamente, Borges, te miraba a los ojos.

Febrero 13, 1998.
Eva García
"Sintió que ahora sí estaba preparada para escuchar a los deshabitados. ¡Pobrecitos!". Eva García, "Los deshabitados", en Los Juegos Perdidos, (Casicuentos).

En la llanura de la tarde seguías al caballo
Para saber el movimiento de los seres,
Mil veces lo fijaste con tu pequeña mano
En el cuaderno azul.
Un día fuiste él, y él quiso ser Pegaso.

Así juegas en el tablero de la vida terráquea,
Caballo tantas veces, súbito alfil evanescente,
Extraña reina, humilde peón de los colores.
En una carcajada te ve partir la gente.

Yo por mi parte veo con mi ojo de idiota
Que en tu Pegaso vuelas muy lejos del tablero,
Sonriendo compasiva a los deshabitados,
Trayendo un aire nuevo y luz:
Tus habitadas alas.

Febrero 22, 1998.
Último round
¡Pasen y vean, señoras y señores!
¡No dejen de asistir a la gran pelea decisiva!
¡Pasen y vean!
En este rincón, el milenario rey,
El viejo "ser humano", el "rey del universo".

En él ha culminado la magna Creación
Según algunos cuentan, La Única Vida Inteligente
En millones de años-luz a la redonda,
"Animal superior", "mamífero complejo",
Son otros de los nombres del magnífico ser
Que un Dios creó: su imagen semejante.

El animal único en saber que morirá algún día,
El que quiere el mundo y todo para sí
Excepto, claro está, sufrir su propia muerte;
El que domina ya con firme pulso
El Espacio Exterior y el Profundo Inconsciente,

El que señala con certeza el camino a seguir
Y cómo son todas las cosas de la vida.
Y aun cuando al abismo se dirija
Como tantas veces en la Historia
Te invitará a seguirlo, indubitable.

¡Un gigante de acero y de cristal,
Atómico es su corazón, un láser su mirada!

Y en este otro rincón, señoras y señores,
El aspirante al título de "Nuevo Ser Humano",
Un ser sin duda extravagante, apenas perceptible
De tanto que se mueve, salta y se desliza,
Se lanza en mil piruetas, en sí mismo se envuelve
Y despliega oriflamas inquietantes y absurdas:

"Lo Humano aún está por verse y es flor en todo el Universo".

"No estamos solos y pronto lo veremos con pelos y señales".

"Despierta, antiguo ser humano, contempla la Otra Realidad".

"El Universo te levanta la tapa de los sesos".

"De pie nos mantendremos ante todos los dioses".

"Nos alzaremos en rebelión frente a la muerte".

"Somos de arcilla cósmica, y al Cosmos volveremos".

¡Pasen y vean, señoras y señores!
Entre cada uno de ustedes en sí mismo
Y vea cómo en el centro de su mente
Se levanta la Forma, el cuadrilátero
Donde la historia y el futuro del hombre
Se miran, levantan sus dudas y certezas,
Se chocan de cabeza, conviven o pelean.

¡Ojalá se abracen y todo sea una danza!

¡Ojalá lo mejor del pasado y el futuro
Alcen el brazo del nuevo ser humano!

¡Que anuncie su jubiloso triunfo,
Que un canto de saludo llegue
Al Universo todo, a todos los vecinos!

Abril 17, 1998
No seré yo el que sigue
"Aguarde en la fila hasta que sea llamado". Anuncio en las oficinas de la empresa Telecom.

Aquí está pues, mi ser cliente:
Cliente soy que aguarda ser llamado

Por aquel ser detrás de los cristales
Que mira sin mirar a los seres-cliente.

Aquí estoy pues, y como todos
Aguardo ser llamado, ser nombrado
Por fin, por fin ser “El que sigue”.
Hay aquí un algo mágico, un algo metafísico,
Aquel que creo ser se desconcierta y trastabilla
Cuando ve que los demás avanzan sin dudarlo
Apenas escuchan ¡”El que sigue!”.

Si aquí soy “El que sigue”, en mi casa
Soy pareja o padre, para mi padre su hijo,
En la amistad amigo, para mi perro el amo,
Hermano soy de mis hermanos,
De mis sobrinos tío, un día seré abuelo,
Soy ciudadano del estado argentino,
Contribuyente y deudor municipal,
Para el pájaro que bebe en mi jardín
Un súbito peligro y un relámpago breve
Para aquella muchacha a quien miré en la calle...:
¿Quién soy para mi mismo, si a mi mismo llamo?

¿Seré sólo un nombre bañado por instantes?
¿Un ser-oblea bañado en chocolate?

No, no seré yo “el que sigue”
En la fila infinita de los seres-cliente:
Un día diré “Soy el que Soy”
-Así me llamaré-
Y todo mi ser acudirá al llamado,
Esfera y luz, eterna vibración.

Enero 26, 1998.
Al dios que protege tus ganancias
Al dios a quien le rezas diariamente,
El que se sienta junto a ti en todo instante,
Aquel que logra hacer brillar tus ojos,
Encender tu mirada, que se mojen tus manos de lujuria
Hace a tu voz profunda, grave,
De placer te estremece
Y entras a su Cielo si de dinero hablas,
Cuando tu lengua toca a la hija del dios,
Cuando a Ganancia besas en el suave trasero.

¡Oh bestia perfumada! Acelera tus rezos,
Reza ahora por Él, por Aquel que tú adoras
Porque ya estamos apretándole el pescuezo
Al dios que protege tus ganancias.
Abril 12, 1998.
Rebelión de los unos
El ser opaco
El cero opaco del banquero

Precipicio brutal hecho de ceros
Suman nada a la nada
Y el ser se les escapa siempre.

Compran mil Juanes, venden diez mil Marías
Compran y venden cien mil Pedros y Rosas
Y el abismo les crece en las narices
Se les sube a las barbas, les hincha la vejiga.

Entonces quieren más y todo es poco
Abismo son y ojo de tiniebla
Lechón rosado, iguana primorosa
Decorada cotorra y negro tiburón.

Amigo, deja de ser un cero:
¡Que gire eternamente su ábaco en la nada!
Vuelve a ser Uno,
Debajo del dinero, sofocada
Está tu viviente poesía
No dejes que asalten tu Destino
Al mundo tú llegaste para crear
Más mundos, más sentido.
Eres el Uno que ha sido confundido
En cero, en cascarilla transformado.

No más cero más cero:
¡Uno más Libertad seremos!
Alegres semidioses pellizcando
La nariz de las formas,
Celebrando el disfraz infinito de la Forma
En la que vive el Ser.

Ven, poeta de mil nombres:
Reúne al dios despedazado,
Con tu propia palabra resucita
Al que vive y espera en el silencio,
Ponlo de pie mirando hacia su altura;
Nos miraremos todos desde el profundo Uno
Juntos seremos espirales de estrellas,
Amanecer de azares, pléyades luminosas.
27, 28 de enero, 1998.
Time is joy
¡Oh insignificant beings! I reject your darkness,
The enormous non-sense you spread;
As time is not money but joy
Into the air your money-god will melt
Like the shadow he is,
The joyous gods will prevail
Joy's pervading sense
Unending force fulfilling life,
You and me, all beings, the Universe.
April 12th, 1998. (Versión original en inglés)
Moi, Rimbaud

Moi, enivré, dechiré,
Des morceaux de lumiere
Elle venait, me prenant
Moi, cet oiseau fou, le coeur criant
Bleuatre nuit, je dansait
Pardessus tous, le monde disparut.
Moi, tourbillon, ¡ ces Etres de Beauté !
Je serai votre voix, un jour
Je le dirai,
Moi, Rimbaud.
Junio 2, 1998 (En francés en la versión original).
Advertencia a las sombras
"El lenguaje común menciona cosas exteriores, por lo tanto ilusorias. La realidad habla por boca del Poeta". H. Van Doren, "Poética Menor", Editorial Transmutación, 1971.

Llegarán en sus brillantes naves
Los Señores Despiertos de Agartha y Shambalá,
Acompañados de antiguos y de recientes dioses;

Detendrán su mirada en los hombres de palo
-Aquellos que laboriosamente absorben
Toda la oscuridad, todo el desecho
Que la Mente y la Vida generan en su avance-;

Contemplarán risueños tanto lujoso miserable
Tanto monopolio de lo denso y oscuro
Tanta barbaridad sacramentada;

Repujadas letras de oro son sus nombres
en el Antiguo Libro de los Seres de Sombra:
Aquellos que en la Tierra generan dolor y sufrimiento,
Disfrutan babeantes su codicia,
Desgranan sus cínicas razones.

Con amable firmeza revisarán los nombres
Medirán nuevamente los niveles de sombra
Divertidos exclamarán a coro -¡Eso te pasa!-
Y todo lo grotesco, lo torcido y monstruoso
Partirá raudamente por el bello sumidero de la Historia.

¡A todos ellos y a su magno destino!
Dedico amablemente y sin sombra de envidia
El hermoso mensaje que llega de los Dioses:

"Pobladas de Nosotros han partido las Naves,
Y afortunadamente para el futuro humano
No habrá imperio de sombras que pueda detenerlas".
Enero 29, 1998.
Con lo que quede
Llegaremos juntos al lugar del encuentro,
Dispondremos las manos, la mirada y el pecho,
Yo dejaré de lado el tema del dinero
Tú no hablarás de aquello que has perdido

Yo borraré lo que alcanzar quisiera
Tú olvidarás la ofensa que te hicieron
Yo no sabré cuál es mi profesión
No habrás traído tu pareja a la mesa
Yo no recordaré la enfermedad o el tiempo
Tú no serás la mirada que sigue al transeúnte
Yo no seré otra vez la pasión o la risa
La ambición dejará en paz a tus manos
Mi vanidad se alejará sin rumbo
No querremos colgarnos de mares ni de estrellas
Ni de los muchos seres que pueblan nuestra vida
Nadie habrá venido
Sabremos que ha llegado nuestra hora
Habremos abandonado nuestros nombres
Y entonces sí, tal vez, con lo que quede
Abriremos a un tiempo la puerta del misterio.
Enero 24, 1998.

Arde Fausto

"Ahí nomás gediendo a mistos apareció el condenado". "El Fausto criollo". Rafael Obligado.

Cómo quisiera que la gente los viera
Como los veo yo en las pantallas,
En la portada de los diarios, en las revistas
Que son "de actualidad", la larga codicia
De sus ojos, la blanda lascivia del hipócrita
Habituado a mentir y que le crean, disfrutando,
Cínico y burlón, la buena fe y la confianza de la gente;

Cómo quisiera que el hombre
Que trae las manzanas a mi puerta,
Mi amigo, que con flores ilumina la esquina
Aquel que por la noche recoge la basura
La afectuosa dueña del negocio
Donde muchos lavamos nuestra ropa,
La muchacha que todas las mañanas
Me vende un pan y me regala una sonrisa,
Mi vecina,
La que llora cuando ve la injusticia
Que se ejerce con otros;
Quienes construyen el mundo cada día
Vieran la negra, inexorable llama,
Quemando día tras día
A los seres de cera
Que viven en todas las pantallas
Y en la portada de los diarios:
Un desierto que crece.

Cuándo disfrutaremos juntos
Sin rencor ni venganza la certeza
Que llegó volando y se posó en mi hombro,
Porteño pájaro y duende socarrón,
Sabiduría que vive en mi ciudad
Merodeando en el aire

-En la paciencia larga de mi gente-
Zorzal criollo de boca requintada
Fumando, displiscente,
Apoyado en el muro y afirmando
Certero, sereno, para siempre:

-Ardé, Fausto, ardé-.

21, 22 de febrero, 1998.
No vive nadie ahí
Aquél a quien le hablas
musitando, con lágrimas
que mojan tus palabras.

Aquél a quien intentas
recobrar, el ser querido
frente a la dura piedra.

En las desiertas, dulces
avenidas, donde florece el sauce,
bajo el eterno mármol no,
-es mejor que lo sepas-:
No vive nadie ahí.

Febrero 21, 1998.
No moriré
Entregaré mis ojos
A la hermana del sueño,
Abriré suavemente
La puerta de mi cuerpo,
A los seres queridos
Sonreiré en silencio,
Miraré en derredor
Recordándolo todo,
Olvidaré el dolor,
Convocaré a los Guías,
Pediré mi garrocha
Y sin apresurarme
Cerraré suavemente
La puerta de mi cuerpo
Y me pondré en camino.

Enero 20, 1998.
Y ahora qué
Lenta, suavemente,
Dorada lluvia cae
En el reloj de arena:
Allí estás -y a un sueño se asemeja-
En el último minuto de tu vida.

29.670.000 hebras coloreadas...
¿Qué vientos y qué brisas se llevaron
La generosa duna del comienzo?

9.900.000 instantes entregados al necesario sueño;
Tu alimento, la higiene imprescindible, la deseable belleza
Tomaron otro tanto de tu tiempo de vida.

Con vigor estudiaste, el trabajo inexorable luego,
Más tarde los hijos, la familia.
Así volaron 6.600.000 granos más
De la duna del tiempo.

Supiste del amor en el tercio restante, en la amistad
Bebías, en el arte gozabas, luchaste quizás por una idea,
El aire acariciabas,
Extrañas mariposas cautivaron tus ojos.

- He conservado el cuerpo y luché por la vida:
¿Quién dirá que todo lo he soñado, que mis pasos
Han sido la efímera huella del beduíno? -.

Así te dices, y la última huella se dibuja
En el reloj de arena:
El cuerpo aquel que conservabas
Adviene vacía soledad;
Luchaste por tu vida y en efecto,
Nadie se atreverá a decir que no fue tuya;
Más ahora enfrentas la última batalla
Y sabes de antemano que la pierdes.

Profundo sopla ya aquel último viento
Que nace en el desierto;
El último puñado se desgrana,
Dejas tu cuerpo y se te va la vida...

Entonces te preguntas:

Marzo 2, 1998.
Amor alejandrino
¿Quién soy, Amiga, y adónde me has llevado?
Sediento fugitivo en la huella sedosa
Escuchando el lejano, profundo pedido
Que mi mano recoge en el vértigo rosa.

¿Quién soy, Amigo, y adónde me has traído?
Eres peso, calor, y suave balbuceo, el
Tibio, suave fruto que en mi mano despliego.

Somos de agua y aire y fuego y tierra
Y cuando regresemos del labio, del intenso
Aroma, de los pequeños nombres que musita
El anhelo tan hondo, el goce tan inmenso,

Desde profundo cuerpo al cuerpo volveremos
Una vez más, Amigos, sólo seremos nombres

Pero el recuerdo vive, sí, y volveremos.

11, 12 de febrero, 1998.
La sombra de Abraxas
Lenta sombra cernida, desplegada,
Cubriendo de relámpagos tu anhelo,
Ave profunda y pez de las alturas
Llevándote, sacerdotisa ebria,
A tu lejano cuerpo prometido,
Esencia y sal, rubor hecho candela.

Verde relámpagueo, eterna sombra
Súbitamente erguida entre tus pechos,
Dorada cobra, gemido primordial
Despertando en el santuario de tu cuerpo
El jubiloso canto de diosas y de dioses:
El dulce llanto, amor, el dulce llanto.
Enero 20, 1998.
Danzante Lilith
Espejismo, arenas fugitivas
Oasis y patria del errante
Ondulación, profundidad, colina
Desde el comienzo de los tiempos
¡Tú! ¡Danza! Tú danzas dentro mío
Y yo, desmesurado y loco te persigo.

Blanca y morena huyes en el fin de la tarde
En el alba, en la luz matutina :
Asi me enseñas a girar en el tiempo,
A doblegar la piedra, a disolver lo quieto.
Adorador me has hecho de lo suave que fluye,
De lo bueno y lo hondo que nutre el Universo.

Azul sacerdotisa y roja sinfonía,
Anclaré mi deseo en el profundo puerto
Y abrazado a tu espuma cabalgaré en el alba.
Enero 20, 1998.
El llamado de Abraxas
Surcabas la ciudad, anónima gacela,
Me miraste a través, como si fuera humo,
Pero yo vi la llama detrás de tu mirada
Y quise ser el animal profundo que llamabas.

Huiste, te perseguí, jugamos.
Yo rodeaba tu danza milenaria
Tú henchías el fruto de mi anhelo.
Así nos fuimos embriagando, Antigua
Con aromas, con licores de fuego.

Enardeció mi canto la hondura de tu cuerpo
Me transmutó en saliva y luego fui aquel grito
Que se alzaba en dos patas.
Una vez más giraste, dulce trompo

Entonces te fijé como sal a la tierra
Fuimos temblor y ondulación marina
Nos hizo verticales el Tiempo en un instante
Y en su nave de éxtasis nos embarcó la Diosa.
Enero 29, 1998.

El llamado de Lilith

"Yo soy el narciso de Sharón y el lirio de los valles...". Cantar de los Cantares, 2.1. Antiguo Testamento.

Ven bienamado, yo soy la diosa de Sharón,
Latido eterno soy, el hogar de tu estirpe:
Mi cuerpo es el presagio que te anima.

Ven bienamado, con firme brazo
Conduce tu barca hacia mi valle:
Sé suave bienamado, decidido
Y sé paciente y dulce ¡Oh Danzarín!

Así, Ulises, con ojo de cíclope verás
En un fulgor, inmensa y bondadosa
A la Diosa que bendice tu nombre, bienamado
En sagrada y múdrica postura.

¡Oh Abraxas! En el profundo valle de Sharón
Escucha, La Sin Tiempo, el canto de tu remo.
Enero 31, 1998.

Conjugaciones

"No sólo de pan vive el hombre". Dicho popular.

Si tú me amaras o amases
Seguramente yo te amasaría,
Seríamos la masa que se amasa
Sin esfuerzo, un pan de amor
Haría nuestra harina, leudante
Sería nuestro verbo.

Tú me conjugarías lentamente,
Yo trataría de ser pluscuamperfecto,
A nuestro afán tan subjuntivo
Le bastaría el pan de cada día.

Y aún cuando imperfecto
Sería la mejor condición
Nuestro presente,
Un suave imperativo
Poblado de pronombres
Apenas posesivos.

Sólo lo necesario
Para que en tanta harina
Y levadura juntas, conjugadas,
Nuestras bocas mordieran o mordiesen
El pan incesante del futuro.
Abril 2, 1998

Desaparición de las márgenes
¡Ahora! ¡Ya es tiempo!
El Universo te levanta
La tapa de los sesos.

¡Mira! ¡Ahí!
Un vértigo de átomos
Es la danzante Vida.

¡Pronto! ¡Salta!
La inmensidad te aguarda
En la lejana orilla.

Regresa. ¿Escuchas?
Aquí susurra y vive
Aquella inmensidad.
Febrero 13, 1998.
Ser pájaro, ser Mozart
Ser anhelo alegre y decidido
Ser temor y temblor por el futuro humano
Amar a quienes crean belleza y curan el dolor
Ser musgo bondadoso envolviéndolo todo
Alzarme en rebelión frente a lo oscuro
Aceptar que todo no lo puedo
Saber que lo haremos entre todos
Celebrar el encuentro, alegrar a mi amigo
Burlarme cada día de lo solemne y chato
Aprender de mi hija, de lo nuevo que nace
Apartar del camino aquello que camina hacia la muerte
Poetizar, develarme a mi mismo
Sorprenderme, jugar al escondite,
Amar el horizonte, atisbar por encima
Del paisaje de hoy, agradecer a quienes
Me brindaron su ayuda, olvidarme
De aquellos que pudieron herirme
Reparar el daño que yo hice a mi prójimo
Saber llamar al Guía y pedirle lo justo
Saber que si agradezco multiplico los dones
Ser cristal, ser paisaje, llegar a ser morada
De la intención de un dios,
Saber que somos puentes de estrellas danzarinas.

Ser pájaro, ser Mozart.
Febrero 7, 1998.
Certeza del que llama
Si tantas veces en llanto me disuelvo
Por la sed de infinito que me empuja,
Un niño soy que llama y espera la respuesta,
Comprendo y no comprendo el hondo sufrimiento
La crueldad sin límite, el abismo del hombre ;
Si tantas veces celebro el arte, la compasión, el genio
Altas cumbres del hombre me devuelven la fe,
Atisbo un horizonte y sé que más allá

Refulgen mesetas cristalinas, altísimas moradas,
Donde espléndido aguarda el futuro del hombre.

Cómo no llamaría yo a los nuevos dioses.
Febrero 13, 1998.
Certeza de la flecha
¡Ah, sí! Lejos arrojaré mi flecha
Surcando la sustancia del misterio
Hacia las altas, profundas lejanías
Me arrojaré a mi mismo cual saeta
Hacia Aquellos que un día misterioso
Me arrojaron al plano de la tierra.

Seré un súbito arpón que busca lo inaudito
Seré la paradoja que convertida en puño
Querrá golpear mil veces la puerta del Destino:
Aptitud de la mano, certeza de la flecha
Para pedir al dios que transforme mi vida.

Porque yo sé que existen y que cuidan el mundo
Que Paradoja fueron y ahora son Destino ;
Y no es vano pedirles la señal luminosa
Que ayude a liberar al dios encadenado:
Aquel que vive en mi, en tí, en él
Mientras giramos en lentos laberintos
De niños extraviados.

¡Que acabe prontamente el oscuro diluvio!
Que pronto se establezca en el Cielo del Hombre
El pacto luminoso que lanzara el Maestro
Como flecha de dioses.

De dioses liberados que bendicen lo humano.
Enero 14, 1998
Volubilidad
Mirador de lo numinoso, límite
De la humana existencia:
A lo lejos, Precursores y Dioses
En la Casa del Plan.

¿Podremos un día balancearnos?
¿Balancearnos en el límite, allí?
Atrás, adelante, más alto cada vez
Adelante y atrás, más lejos cada vez
Atrás y más atrás y adelante,
Más veloz cada vez.

Elevarse en el Cuerpo,
Descender en el Ser:
Maravilla de un vértigo
Que a lo alto me lleva.

Impulsaré el columpio

Seré una danza allí,
Me bañaré en la Luz.

Allí,
Junto a los Precursores
Y los Dioses
Sabré por fin,
Mi ojo se abrirá.

Quién sabe entonces
Cuándo regresaré.
Febrero 25, 1998.
En el hombro de Orión
Hendían el tiempo y el espacio,
Venturosas saetas, como soles
Abriéndose camino en el
Nocturno, inmenso Cosmos.

Desde el hombro luminoso de
Orión, pequeñas naves partieron al
Rescate, para salvar la mente, la
Esperanza, el futuro del hombre.

Nubes como negras montañas
Estrechos pasadizos entre abismos
Siniestras, sinuosas auto-formas
Se levantaban temibles a su paso.

Inútil fue la lucha de la Sombra:
Llegaron, desde el hombro de
Orión, las flechas de la Mente.

¿Quién es aquel que allí se balancea,
Se lanza en mil cabriolas, ríe,
Invita a bailar la eterna danza?
Marzo 21, 1998.
Final para la ameba
La espectral cabalgata de furiosos corceles
Con el ojo frontal de Polifemo
Rematando las tenebrosas testas.
Esta lenta lluvia de insectos gigantescos.
Megalópolis en ruinas, desertadas
Por los últimos hombres.

El océano mayor alzándose por fin
Desde la fuerza del centro del planeta
Desorbitando así la doble rotación
Y el ángulo en declive:
Hechos que algún Insomne Dios
Había creído eternos, como Él.

El océano único, entonces.
Saqueando

Con su barbarie líquida
Todos los cielos y todas las certezas.
Un Diluvio imperioso,
Una infinita muralla verdeazul
Ahora desnuda
La milenaria patraña del paisaje
Cancela por fin el ya cegado ojo
-El ojo que ha mirado por eones
A toda oscuridad como si fuera luz-

Un ojo único, el acuático ojo
Con lagañas de líquen,
Nacido en el agua primordial
Por acción de la Luz
Venida del Espacio Interior~Exterior
-En verdad, Tiempo Puro-.

El ojo que se yergue
En un amanecer y en una larga noche
Que aún no han terminado,
Servido por siete lunas rojas
En un cielo violáceo,
Empujado por los terribles dioses
Más allá del limo y del pantano.

Quién, sino aquel que se ha rendido
Con armas y bagajes
Y aguarda en la explanada,
El jinete tendido
En la mesa de piedra y alabastro
-Su barca sin Caronte
En el inmóvil desierto de azabache-;

Quién, sino aquel gran fracasado
Ha invocado el Océano,
Ha pedido que los silentes Dioses
Desorbiten su ojo,
Detengan la doble rotación
De los falsos sentidos,
Devuelvan al que clama un ojo
Sin la piel de lagarto.
El ojo augusto, despojado;

Quién, sino el desnudo héroe
Celebrando el júbilo de oro
Que aniquiló la innecesaria boca,
Podrá cantar, por fin, el final de la ameba.
Mayo 10, 1998.
Celebración de lo inasible
Aquello que lleva el gesto del amante
Hasta tus labios, la inefable caricia
Y no la mano, es el hogar de lo inasible.

Lo inasible se une contigo en el espejo
Y permanece allí
Aún unos instantes
Cuando tú ya te has ido.

En lo inasible nace el canto
Aquel que inclina a la muchacha
Dulcemente, acunando a su niño.
Es lo inaudible,
Allí donde nace la ternura.

Lo inasible
Quiere ser celebrado,
Es el perfecto centro de los seres
Y desde allí se extiende
Hacia todos los seres
Recorriéndolo todo
Como un ciego sublime.

Es la luz del recuerdo
Pero también la brisa
Que mueve a la cometa del futuro
Y a su larguísima cola de colores.

Lo inasible te incita,
Te provoca y se burla:
De tu vida depende
Para verse a si mismo.

Lo inasible se busca
En todo lo que vive
Pero jamás se encuentra.
Por eso los Ancianos
Lo llamaron Eterno.
Mayo 12, 1998.
Cabelleras del ser
Filamentos luminosos
Somos, su raíz
Nunca alcanzaremos:
Nuestra raíz, allí,
Océano Infinito
-El Puro Ser Ahí-.

Bastará con saberlo
Para flamear,
Estandartes del Ser
Podremos ser nosotros
-La Pura Luz Aquí-.

Bastará con quererlo,
Abiertos, claro,
Con verdad interior,
Diciendo "Sí" con suave corazón

Mirándonos con ojos sin temor
Nos veremos los unos a los otros
Siendo cabelleras de luz
Filamento inmortal
Galaxias humanas enjambradas
Un infinito,
- El Puro Ser Aquí -.
Abril 19, 1998.
Ena Riutort Cadot
Cantos de espera y esperanza
A modo de presentación, este pequeño poema en el que utilizo como pie forzado, un verso magistral del gran poeta español Francisco de Quevedo.
El tiempo azul
El tiempo azul se va haciendo morado,
poco a poco el alma se adormece, todo calor se va volviendo helado,
alguna vez irán al polvo mis cenizas,
Polvo serán, mas polvo enamorado.
Repetición
La nave se detiene
y se abre la compuerta,
el aire choca con mi piel,
Que es suave y transparente.

Escucho voces, dicen:
“Volveremos un día”.

Estoy sobre el abismo
Observando el futuro.
Desde la nave veo
Desplegarse mis vidas.

Las voces dicen que existiré
para enmendar errores,
que tomaré la vida de aquellos
que ya se equivocaron,
porque debo cambiar
El curso de su historia.

Tiemblo, todo mi ser se niega,
mi luz casi se apaga,
no quiero volver
a navegar la vida,
mis átomos vibrantes se separan,
para no caer,
Pero la voz dice: ¡Ahora¡
Y salto hacia la nada oscura.

Un torbellino negro me succiona,
oigo pensamientos lejanos como nubes,
giro y giro cada vez más rápido,
pierdo mi cabellera transparente,
Y ya no escucho nada.

Floto en un mar desconocido,
hay protección allí,
algo me sostiene,
un rítmico sonido me aquieta
Y me adormece.

Un deseo imperioso
de chupar mi dedito,
Eso es todo.

No recuerdo qué soy ni quien soy,
solamente floto,
Con los ojos cerrados.
Tengo praderas verdes
Guardadas al fondo a la derecha,
tengo praderas verdes,
inmensas y duendes pequeñitos
castillos con señoras copetudas
y observatorios astronómicos,
de poderosos lentes y radares.

Allí se pueden hacer viajes
desde la oscura
etapa del medioevo,
hasta las campanas
de cristal profundo,
que en Júpiter resuenan
tocadas por gigantes exquisitos.

También hay juegos de pradera.

Si tu vienes conmigo,
lo harás
vestido de palomo o de ciervo,
de Merlín o astronauta,
caballero o mendigo.
Pues lo más excitante,
es cabalgar por la pradera,
sin saber con quien vas
a tenderte en la hierba.
Si tu vienes conmigo.
Seguro encontraremos
al rey de corazones
danzando la danza del conejo
y el gato mostrará su cola
enroscada en Venus.
Beberemos el té
en el jardín de Blancanieves
y comeremos flores del pantano.
Iremos donde viven los elfos de los sueños dulces,
los grifos, minotauros y el centauro
Quirión,
Si tu vienes conmigo.

Incluso puede que no encuentres nada.
Amigo
Tengo mi ser pegado al este,
mis preguntas, esperas e inquietudes,
van a la cordillera y más allá,
cruzando las praderas hasta llegar al mar
de plata, donde se reúnen aquellos que más amo,
y sobre todo a ti, amigo mío,
que estás allá, sonriente y satisfecho.

A ti, que vienes desde lo profundo,
rompiendo la oscura red de sombra,
tiñéndote de azul cada vez más,
dorando tu sonrisa, suavizando tus mañas,
y acuñando en ti, al hombre verdadero.

Eras el chico despeinado
que lanzaba bolitas de papel a las vecinas,
que tocaba timbres de misterio
y hacía morisquetas a los viejos densos.

Rebelde, amor rebelde,
debías atacarlo todo,
destruirlo todo, pues todo estaba mal.
Sobreviviente de las mil aventuras de tu infancia.

Un día, en medio de tu noche o de tu nada,
algún dios sería,
prendió en tu corazón
una pequeña luz y surgió tu pregunta.
Debías hallar una respuesta.
Eso fue todo.

Espero
Las palabras
que vendrán del este.
Como el rocío viene,
en las mañanas,
a refrescar la tierra
y a vestir de diamantes
los jardines
Hoy
Más de alguna certeza
anida en ti,
y la paz está invadiendo,
poco a poco,
tu corazón iluminado.
Canciones
Siempre habrá otra canción
para cantarte,
sabor uva cereza,
olor menta rocío.
Piel dulce de caricia apenas,

harina que cae por la nuca,
música de gorrión
matutino.
¡Si! habrían más canciones,
o yo las buscaría,
dentro de la luna nueve.
bajo las hojas verdes,
detrás del insecto
laborioso.
Estarán las canciones
explosivas, en un volcán abierto,
o treparán glaciales,
o molerán harina,
o bajarán al fondo del abismo.
Donde quiera vayamos,
habrá una canción
y será tuya.
Nada terminó
Ahora que me invade la nostalgia,
me sumerjo en el lago .
y voy al fondo para ver el mundo
sumergido y el pececito azul
que me consuela.
Allí lloro tu ausencia y el fin
me hiere tanto.
Sin embargo admito que
nada terminó
pues no hubo nada.
¿que añoro entonces?
No fue acaso una historia inventada?

Tu fuiste el trozo de una nube,
una palabra incierta,
una imagen borrosa
que yo fui coloreando
con mi canto.

Tu fuiste un sueño no soñado,
un ser lejano que miraba sin ver.
Te ibas antes de llegar,
en tanto yo abría las ventanas.

Tu fuiste una respuesta triple
a mi pregunta falsa.

Y ahora mismo no puedo recordarte,
sólo recuerdo mi ansiedad perdida,
mi anhelo desgastado,
mi expectación absurda,
una vez mas, me invade una pena infinita,
mientras
el agua olvido
sigue filtrando su veneno en mis venas.

¡Yo no quiero olvidar! grita un yo pequeñito.

Eres un recuerdo vago
que se aleja, mientras voy nadando en armonía
con el viento sur, con el sol extendido y con las nubes.
Y nada terminó
pues no hubo nada.
Entonces ¿Por qué
el pececito azul
sonríe como si no creyera?
El pececito azul
Entre la suave protección del agua
y el olvido del tiempo,
con algo de ameba y de sirena,
me deslizo en el lago,
mientras emerge desde el fondo
florido y fantasmal,
un recuerdo olvidado,
un gusto a juventud,
un sabor a milagro.

En mi boca se amontonan
como suaves pétalos de rosas,
los labios silenciosos
de amantes olvidados,
ocultos en el agua.

El pececito azul se asoma
y explica las ausencias,
pero no logro perdonar del todo...
Marito
Juego con mi nieto en el lago,
feliz de salpicar el aire
con gotas luminosas
y risas cantarinas,
el niño salta junto mío.
Hay tanta honestidad en sus ojos oscuros.
Entonces siento que el rencor se ha ido.
.
Mario de luna,
en ti convergen
ilusiones y sueños,
proyectos y esperanzas
que mi hija tejía
en las noches de espera.
Nademos, pequeño delfín,
futuro ser humano.
El pececito azul nos acompaña.
Y también es tu amigo.
Tu recuerdo asoma
Después de un año, aquí,
en el espacio verde,
la sombra cae en el mismo lugar,

hay flores nuevas y nuevas ambiciones.

Mis ojos ven un poco menos,
mi corazón siente un poco menos,
tu recuerdo asoma debajo del mantel,
se mete en el estanque
y burbujea, burlándose de mi.

Hace un calor absurdo
pero igual me río al escucharte
con la voz del agua,
multicolor amigo escurridizo,
pececito azul con piel de tigre.
¡No te vayas¡... pero ya te has ido.
En el fondo veo tu sonrisa
y me sumerjo en ti, protector de la vida.
El cóndor negro y dorado
Vuela cada vez más alto,
Hacia regiones puras.

Vuela a la cabeza
de nuestras intenciones,
señalando el camino
Hacia el triunfo final.

¿Lo vi alguna vez o sólo fue el reflejo
Del sol amanecer en mi ventana?
Néstor Tato
Uno que es uno
Uno que es uno
no es todo
-eso que es Uno
y no soy-
porque parte soy
y no todo
aunque todo soy
por ser parte
del todo que soy
sin ser yo.
7/2/98
Esto que tengo
Esto que tengo
y no soy
esto que guardo
y no doy
me confunde

creo que soy
lo que tengo
creo que voy
cuando vengo
guardo
creyendo ganar

y pierdo
por conservar
5/3/98
a mi alma (I)
¿Cómo llamarte?
¿Cuál es tu nombre?
¿Cómo convocarte?
Cuando me faltas

Tu presencia impredecible
alienta en cada instante,
ciego me arrojo al mundo,
aunque delante te intuyo
sabiéndote por detrás,
en hesitar me confundo.

Y así voy, dando vueltas,
probando nombre tras nombre,
y cuando menos lo pienso
aquí estás.
7/2/98
a mi alma (II)
Yo me acerco
Tú te alejas
Me pierdo en otros
Y te apareces
Te llamo en silencio
Y callas
Te pido un nombre
Lo niegas

Me haces falta
Cuando falto

Rondas dentro
En lo profundo
7/2/98

PROSA POÉTICA

Javier Astigarraga

Verdad y mentira

¿Qué verdad afirmo, que no pueda ser negada o discutida, por otra erudición u otra memoria?

¿En qué mentira no he llegado a creer, aceptada y repetida por quienes me formaron?

¿Qué verdad y qué mentira, resisten el transcurrir del tiempo?

Y en la nebulosa de mi mente, ¿en verdad qué es verdad, y en verdad qué es mentira?

Si la imagen brillante encandila y encubre, las trastiendas fértiles en donde se elaboran todas las verdades y todas las mentiras.

Si me niego el esfuerzo de observar la penumbra, en beneficio de olores y luces chisporroteantes.

¿Que siento en mi pecho, en mi cabeza, y en la firmeza de mis pasos? cuando afirmo "es verdad".

¿Acaso no ilumina mi mente ensanchando mis espacios internos?

Aunque la mayoría de las veces su liviandad no es observada, en contraste con los multicolores y sugestivos fuegos de los juegos de la vida.

Pero, cuando afirmo la mentira, ¿qué afirman mis entrañas?

¿Acaso no se contraen mis vísceras, con el temor de ser reconocido en el engaño?

¿Acaso no se enclaustra mi pecho, respirando agitado, encubriendo los abismos producidos?

Si hablamos de Verdad, debemos admitir que es beneficio que no puede usufructuarse, ni imponerse, sin ese transitar contradictorio por su opuesto, salvo en el goce del personal reconocimiento.

Si de Mentira hablamos, es preciso aceptar, que aunque es fácil vía el expresarla, es necesario luego sostenerla constriñendo, no solo nuestro cuerpo sino la vida misma, en murallas que protegen pero apresan, en bastiones de piedra que nos van aislando de lo humano de los otros hombres.

Podemos discutir verdades y mentiras si reconocemos claramente su acción en nuestras mentes, pero las sentiremos en los cuerpos, acumuladas en memorias, con climas y tensiones que pesan o alivianan sus adentros, vivificando su salud, produciendo enfermedad, y acumulando hasta la misma muerte.

Verdad y mentira de las propias acciones que graban en los cuerpos sus huellas indelebles.

Creencia

Tal es la cualidad de la mente de aceptar como real lo que le muestran las imágenes de su propio paisaje.

¿Con qué instrumento observamos, medimos y pesamos la realidad de las cosas?

¿Acaso lo que elaboramos, vemos y pensamos, no es lo más concreto para nosotros mismos, en tal grado que hasta confrontamos por ello?

Y cuando el influjo de la atracción o del temor se imponen, aquellas grabaciones hondas, acumuladas desde niño en nuestra propia entraña, en sus parámetros parecen ciencia exacta, reemplazando o aturdiendo la reflexión relacionante, que tiende a modificar permanente su paisaje, en viva, inteligente, interacción superadora.

Tan fuerte es el tono, que en aras de sospechosos destinos dependientes prefijados por otros, anula todo intento de crítica.

Cielos e infiernos, virtudes y pecados, que simulan eternos, regidos y modelados, por extrañas simbiosis epocales, que ajustan sus alcances, ampliando o reduciendo sus fronteras, según las necesarias variables de la época.

Tan fuertes, tan potentes, que no tiembla su pulso en la ejecución de lo antagónico.

Aunque luego, las mismas vísceras se retuerzan en las llamas del interno infierno.

Religiosidades y paisajes, confundidos en la tenaz conservación de la leyenda, de la historia heredada que sin experiencia engaña, trasladando a lo externo del mundo de los hombres, arquetipos e imágenes de profunda e interior significancia.

Interna mirada, que por sí misma debería reconocer y recorrer su paisaje de creencias, para que la trágica y triste dualidad desaparezca.

Para poder tomar medida y proporción de sus tensiones, y separar dentro de sí, lo aéreo de lo denso.

Para atender en silencio, el ruido de la vida y afinar el oído, y poder escuchar el suave murmullo de la verdad interna.

Y recuperar así la fe en la experiencia perdida, la fe en sí mismo, y en los otros, que como él también la anhelan.

Y comenzar de nuevo.

Sin proponer el castigo del matar, sin discriminar al no creyente, sin temor por no ser bendito de la creencia actuante, reconfortado plenamente en la paz de su propio corazón.

El Sí y el No

¿Quién dice sí? ¿El que afirma, el que consiente o acepta sin disenso, o el que no tiene otra alternativa?

¿En qué situación de vida existe acaso opciones verdaderas en nuestro efímero transitar por éste mundo? ¿O es posible reafirmar en actos el sí o el no cuando a uno le plazca ?

¿Será posible poder afirmar o negar con libertad?

¿No imprimirán acaso las costumbres no escritas, un deber ser imperativo, con mas poder de acatamiento que hasta la misma ley fundada?

¿No es el qué dirán de las costumbres la regla en que se mide lo endeble de la Justicia humana?

¿O ser "mas papista que el papa", no plantea evidente extravío, respetado por demasiados hombres, que para colmo sufren enquistados en la cima de todos los poderes?

¿Porqué la rebeldía es castigada socialmente, aunque algunos pocos respeten y admiren tal conducta, si bien por temor solo se maravillen en el altar de sus adentros?

Aun cuando en el acumulado poder de su experiencia, la vida se encarga siempre de afirmar, testificando el sí, al completar los espacios que genera, con materiales cada vez más complejos, solo al hombre parece caberle el resumir en viva historia ambas opciones.

Ya sea orientando su tropismo negativo al confrontar con otros en destructora competencia como si se negara por temor posibilidad de futuros, o en casos, superando luminoso lo que lo aferra al temeroso medir de su cuerpo, que sufre atado sin sentido ante el imaginario vacío de la muerte.

Soledad y amistad

Quiénes podrán sentir mi pena, que busca sin embargo, consuelo en otros seres con penas.

Quiénes me acompañarán, en el infinito de mis juegos, mis anhelos, mis búsquedas, preguntas sin respuesta, y en todos mis temores. Temores que no relaciono ni sospecho, con mis pequeñas muertes cotidianas, precursoras de la definitiva muerte, no solo de mi cuerpo.

A quién percibiré, transitando a mi lado, por los torcidos recorridos que me llevan a puerto.

¿Quién piensa, siente, quién recuerda o imagina una vida más plena, sin tener nadie a su lado?

Los ojos se agotan en vacíos, de contemplar paisajes y espacios infinitos, y acortan sus distancias, buscando otros ojos, en donde descansar sus miradas.

Pero ¿quién ve, piensa, quién toca y siente las caricias, y la brisa suave, y el aroma de las flores?

Porque cuando sucede y veo mas adentro, reconozco mi soledad inexorable, contemplando y nutriendo el caudal de mis bondades, con atributos silenciosos que dan sentido a mi existencia.

Y cuando miro hacia el mundo de los hombres, reconozco el correlato de intereses compartidos con ellos.

¿Qué me compulsa entonces a atosigarme y huir de mi esencialidad profunda pulsando compañías de otros seres al igual y esencialmente solitarios?

¿Que coincidencias busco, que previamente no resuelva, en esa soledad gozosa?

Porque cuando desde esa esencia constructora, edifico intereses, coincidentes con intereses de otros, mi plenitud declama un compartir sin posesiones, un coincidir conjunto que incluye y se resuelve, sin conflicto, en las diversidades creativas.

Descubro así que la amistad, es un compartir de sentidos intereses.

Pero también descubro, que el temor, compulsivo, hace que me abrace esperanzado en otros seres que transitan en direcciones diferentes.

Arrastrando mi vida en ajenos derroteros, que contradicen, lo que esencialmente quiero.

Y en ése aferramiento confundo, en alegría y penas, otras imágenes.

Hasta que cae la máscara, y antes o después me encuentro nuevamente solo, como nunca he dejado de estarlo, pero con los espesos velos del temor inundando el paisaje, cada vez mas caótico y oscuro.

Encerrado en lóbregas alquimias y en fuegos destructores.

Olvidando el silencio esencial de la vida, que late en mis entrañas.

Alienado en los opuestos de un afuera compulsivo, y un adentro temeroso.

Contradicho, espantado, tratando de aturdirme en actos ensalzados, maravillas coloridas de vida que he perdido, agotadas afuera, que no encuentro adentro, en el silencio, tan suave, tan tenue e inasible que para escucharlo tengo que alejar de mi todos los ruidos.

Sueños

Alimañas rapaces surgidas de las oscuridades de la mente, esparciendo su maléfico aliento sobre las tierras ya asoladas, de estas antiguas y mal llamadas Democracias.

Pisoteando todo, como sombríos jinetes de un apocalipsis que ellos mismos han edificado explotando lo humano, creyendo con ello aplacar y complacer insaciables temores, generando en cambio solo el dolor y el sufrimiento de la gente.

Amos de la mentira, la hipocresía y la engañosa piedad de los olvidos.

Sepulcros blanqueados.

Acaparadores de esplendores y de todo lo que creen poderoso.

Alimañas rastreras que emponzoñan la vida de la gente con espejuelos y chafalonías doradas, encandilando sus ojos con los brillos, para que no perciban su verdadera realidad de esclavos.

Manipuladores del ensueño y la hipnosis, comportamiento imbécil y engañoso que concluye por fin, aferrándolos en el cepo de sus propias acciones, en pretensioso afán de instaurar su country-club selecto, sórdido remedo de aquellos paraísos, que los hombres, como final destino, alguna vez soñaron.

Todo se desploma encima de sus hombros malditos, junto a ese mundo que en su afán están destruyendo, y ni la brutalidad surte ya efecto.

Ni siquiera el temor a morir, para quienes ya se sienten muertos, porque día tras día, y a girones, la humanidad ha ido perdiendo el palpitar de sus mejores sueños.

De los sueños esperanzados que soñaron los Padres para todos sus hijos.

De los sueños rebeldes que dejaron derramada su sangre, en los vanos intentos.

De los sueños brillantes como juegos de niños.

De los sueños del amor verdadero.

De los sueños que sueñan los desprotegidos que claman un mañana.

Y de todos los sueños cuyas deudas ahora, se empiezan a exigir, en trágica cobranza.

¿Es posible que tan ciegos no vean, que tan sordos no escuchen los ayes y acuciantes clamores de la gente?

Porque si escucharan, si dejaran que escaparan de sus manos cerradas, el hambre y la salud de todos, que es pequeño caudal para lo que atesoran, caerían cuenta que en esta misma tierra, junto a ellos, amanecería de nuevo aquel Paraíso de los Hombres, para no perderse nunca

La imagen

Incluyente, o excluyente. Tenue o precisa. Apagada o brillante, sentida, oída, vista, gustada, insatisfecha.

Allí. Dinámica siempre, está la imagen.

Expresando sus formas, desde la realidad perceptual a su apariencia, desde el bello paisaje hasta el ensueño, de lo paradisíaco a lo nefasto, desde lo racional hasta lo puramente imaginario.

Auditiva, visual, táctil, kinestésica, olfativa, gustativa o cenestésica, siempre orientando, canalizando, dispersando, expandiendo o contrayendo la energía, concluyendo inevitable hacia su objeto su precisa conectiva de vida.

Expresión concretadora.

De todo lo que es. Y de todo lo que no es.

De lo tangible y de lo intangible.

Imponente y segura.

Transitando, la realidad y la apariencia, en pugna permanente.

Escondiendo en brillos palpitantes, la esencia de las cosas.

Porque a ése mirar sin atención solo le alcanza el percibir lo manifiesto, encandilado por el rutilante destello, las sombras inquietantes, los fuegos danzando sus agitadas danzas, las luces y colores que guardan tras sus velos, un principio y un fin que nunca se completan.

La nostalgia

Desde el presente insatisfecho, la mirada se remonta al pasado.

Aquel recuerdo grato, placentero, se magnifica ahora, nebuloso, compensando la frustración presente.

¡Qué tiempos aquellos!

Aunque hoy ignore los entornos sufrientes de aquel fuerte anhelo, que el superponer y transcurrir de las imágenes en el tiempo, ha completado con mágicos pinceles.

La memoria, piadosa, cubre con los compasivos mantos del olvido, todas las aristas, cual la tierra va cubriendo lo antiguo.

Y así como se busca en ciudades escondidas, la ambivalente magia del pasado, despierta y descubre atrás el brillo, de lo que debería convertirse en herramienta de un futuro, quedando allí la imagen renacida, apresada en falsa apreciación.

¿Qué realidad recrea ése pasado al padeciente?

¿Hacia dónde se dirige su mirada?

¿Que verdadera dificultad resuelve?

Nada parece traer remedio a nada.

La nostalgia enlentece, inmoviliza, como un ancla incrustada encadenando la conciencia al abismo insondable, entre las olas borrascosas, impidiendo el avance hacia otros puertos quizás más promisorios.

Magnificando los pasados, degradando el presente.

¿Intenta desde allí resolver algún futuro?

¿O lo frena, volviendo hacia la gloria, de aquello que no existe?

Así se va aquietando la conciencia contemplando inmóvil el recuerdo, aferrada al pasado, adormecida por droga tan potente que parece querer alimentarla, pero que en realidad la acerca hacia la muerte.

Cada vez mas encerrada, ahogando la plenitud de aconteceres, derrotada en sus sueños de infinitos, posibles.

Regresando.

Orientar

¿Es acaso posible, penetrar las murallas de la ciudad escondida, horadando sus muros?

¿Es posible acaso reconocer su entrada, sin abrir antes las aherrojadas puertas de nuestros propios corazones?

¿Si no puedo escuchar la suave queja de aquel que está buscando, qué podré hallar como respuesta verdadera?

¿O es posible solo en el transitar, poder reconocer lo que invisible a nuestros ojos transita a nuestro lado?

¿Cómo alumbrar el mundo, si mi luz se oscurece para quienes me acompañan?

¿Cómo guiarlos, sin alumbrarles el camino, y estar a su lado en sus tropiezos?

Es el silencio estado verdadero, que nos permite percibir con claridad, los velos del ensueño.

Pero el vacío, que amplía mi silencio, no encierra a otros, ni en la incomunicación, ni en la ignorancia.

Y en los afanes de la lucha, no puedo contradecir mi propia causa.

Ni aceptar, por razón alguna, el sufrimiento.

Isaías Nobel

Interrogaciones preparatorias para hombres de fe

Amigo, dime ¿Cuál es el nombre de tu Dios? -O el de Aquel que en la Tierra un día lo mostró-. ¿Zoroastro, Rama, Moisés, Buda, Jesús, Mahoma? ¿Quién se alza, sabio y protector, en tu interno paisaje?

¿Aceptas tú que todos los Grandes Enviados -los gigantes despiertos- fueron puentes, sagrados portadores? O, si no llega tan lejos tu cordura: ¿Aceptas tú que tu vecino o aquel lejano pueblo de costumbres extrañas -aún cuando profundamente confundidos- tienen el derecho de creer y confiar en otros Redentores, distintos del que tú mismo sigues?

¿Y si tus días hubieran transcurrido ***antes*** *del nacimiento de Jesús o Mahoma -para dar un ejemplo-? ¿Acaso creerías -buenamente- que el Dios del Universo ha completado ya su proyecto en la Tierra, y que ya es suficiente, que nadie necesita de nuevos, diferentes, de otros Enviados?*

¡Amigo! ¿Cómo podrías justificar semejante certeza? ¿Acaso conoces por ti mismo Su Sagrado Designio, Su Plan para Lo Humano? ¿O acaso repites buenamente y con profunda fe aquello que otros también repiten, aquello que en los Sagrados Libros de numerosos pueblos se afirma sin dudar?

Quiero decir: ¿Acaso tú puedes mostrar el rostro de tu Dios como lo hizo el que fundó tu fe, tu religión? ¿Albergas tú un Dios Viviente, eres habitación de ardiente zarza, de esferas de luz y fuegos que no queman?

¿Y qué dices ***ahora*** *que te ha tocado en suerte -o en desgracia...- nacer, vivir, morir en estos tiempos? ¿Acaso que el Dios del Universo ha completado Su Proyecto, que ya es suficiente, que nadie necesita que nuevos Enviados iluminen la noche de lo humano, la malherida Tierra? ¿Con Zoroastro, Rama, Moisés, Jesús, Buda y Mahoma las claves de Lo Humano vivirán para siempre en el alma del Hombre?*

¿Podrías atar las manos de Dios - o de los Dioses -? ¿Un mundo que viene del pasado será el amo del hoy, su propietario? Y más aún: ¿Podrá adueñarse incluso del futuro -del Azar de los Dioses-?

¿Y qué si por ejemplo yo, tu vecino o aquel lejano hombre de costumbres extrañas quisiéramos llamar a un Dios Desconocido, a un Dios que presentimos, o a una infinidad de necesarios -para nosotros- Dioses?

¿Qué nos dirás, amigo? ¿Quizás que está prohibido, que los seres humanos ya fueron repartidos? ¿Que nadie podrá moverse de la casa en la que un día un viento lo dejó, sin haberla elegido?

O tal vez buenamente y con ingenua fe afirmarás que habiendo ya tan grandes Religiones con sus Pontífices y Grandes Sacerdotes, con sus Templos, Ceremonias y el necesario Rito, con Sagradas Imágenes Visuales, Auditivas Imágenes Sagradas, Cenestésicas Imágenes Sagradas, la "parte" espiritual - lo "profundo" en el hombre - debe sentirse plena, respirar satisfecha?

¿Qué respondes, amigo? ¿Seremos un rebaño que pastorea en la Tierra -ovejitas con alma-?

Y así como los actuales sumos sacerdotes del dios que reina omnipresente - el dios Dinero - disimulando sus pelos y sus garras con lujosos disfraces, en suntuosos banquetes se reparten las cosas, el planeta, la gente,

creen que podrán quedarse con la Historia: ¿Querrán del mismo modo los Sumos Sacerdotes de antiguos y establecidos Dioses repartirse entre ellos las almas de las gentes?

*¿Y si yo no lo acepto, si no lo quiero así? ¿**Y si somos hoy miles y mañana millones los que vacíos de Dios, a Dios llamamos**? ¿Si con profunda fe y decisión valiente muchos pedimos que se muestre otra vez, el Plan que vive en todo lo Existente?*

¿Qué harás, amigo? ¿Buenamente me dejarás partir, salir a mi aventura, cabalgar mi destino? ¿O sentirás acaso que mi nuevo camino le cierra el paso al tuyo? ¿La aspiración del prójimo podrá impedir que tu Dios y tu fe sean genuina vida en tu paisaje interno, presencia indubitable donde en cada jornada, en el paisaje humano eliges los actos que construyen tu vida?

¿Acaso la flecha que disparo hacia las altas, profundas lejanías, es para ti la piedra que rompe tu tejado? Entonces, ¿Dónde estará tu fe? En dónde mora? ¿Dónde tu Dios Viviente? ¿Dónde tu Guía? ¿Con qué sólida piedra hiciste tu cimiento? Y, ¿Cuál ha sido el árbol que te dio la madera?

Y si me persiguieras -así como en épocas crueles los de tu misma fe fueron perseguidos-;

Y si me difamaras o me pusieras preso y la fanática fe te llevara a querer disponer incluso de mi vida, ¿crees amigo, por ventura, que obrando de tan extraño modo podrías detener la marcha de algún Dios, el Sagrado Proyecto que nos incluye a todos?

(Por otra parte, siendo como soy hombre de una sola mejilla, acordarás conmigo que sería irresponsable de mi parte permitir que tú -o cualquier otro- dispusiera de ella libremente).

¿Acaso aquellos que otrora difamaron, llevaron a la cárcel, sin piedad torturaron, quemaron vivos, sin fin asesinaron a los fieles creyentes de Rama, de Moisés, de Buda, de Jesús, de Zoroastro y de Mahoma -y de tantos otros Maestros y Compasivos Guías-, acaso aquellos desalmados pudieron impedir la marcha de la fe que atacaban?

¿Y si yo errara, confundido, por caminos sin luz? ¿Y con pocos o muchos otros sucediera lo mismo? ¿Deberías tú enderezar mi búsqueda, traer luz a mi alma? ¿Acaso la fuerza de tu brazo, el poder de tus armas, la astucia de tu iglesia para asfixiar mi vida -para cegar mi cielo- serán las pruebas de que vive tu Dios y con Él Su Hijo o Su Profeta?

¿Tal es el Dios y tal el Enviado que pretendes ofrecer a mi anhelo? ¿Un puro acto de bondad religiosa es, que me rompas los huesos? ¿Que me difames o me acuses de infamias, de obras tenebrosas?

¡Amigo! ¡Quieres salvar mi alma violentando la tuya! ¡Extraña fe, por cierto! ¿Te atreverás a tanto? Pero, ¡Qué dices! ¿Que yo debo seguir tu paso en tu sendero? Pero, ¡¿Quién eres tú, amigo?! ¿Acaso el Molde Primigenio, la forma única que otros debemos alabar por cuanto Aquel que tú elegiste seguir llegó a la Historia antes que hubiéramos nacido?

Navega alegre en tu canoa, amigo, rema con ansias en el divino río. Yo remo en mi canoa y en mi río y espero, como tú, jubiloso llegar un día a mi altamar.

No me amenaces, muéstrame la zarza ardiente en ti, la esfera de luz maravillosa, el fuego que no quema, el júbilo inaudito que te arrebata el alma, te convierte en sendero. Tampoco grites ni hables susurrante, entornando los párpados en fingida humildad: yo sé lo que tú sientes. Háblame claro y firme -no olvides ser amable...- y entonces sí, quizás, si me parece, yo seguiré tu ejemplo.

Pero si así no fuera, ¡Alégrate, alégrate por mí! Que si muchos llamamos y el Dios nos respondiera y envía un Enviado que nos recuerde el Plan - que lo muestre en su rostro para todos aquellos que lo hemos olvidado -, si así lo decidiera, no habrá templos ni jueces ni sumos sacerdotes ni vana policía que oponerse pudieran.

Si así lo ha decidido, no habrá poder ni habrá fuerza en el mundo capaz de detenerlo.

Febrero 15, 16, 1998.

ENSAYOS

Juan Chambeaux

La palabra prestada

I

Quien se dedica al oficio literario es pariente del que, en la noche de los tiempos, exponía sus relatos ante la lumbre de una fogata ubicada en el centro de una gran caverna. Sus sonidos guturales limitados exacerbaban la imaginación de los auditores, quienes reproducían en sus cabezas lo que les contaban y entendían, admiraban o temían lo que salía de la boca del que tenía la palabra. Aquel relator lo hacía a veces como una tarea encomendada por aquella pequeña sociedad en una suerte de misión, o por costumbre o por sus dotes imaginativas. Esa relación llegaba a un conjunto cercano, un medio fácil de acotar que pertenecía al mundo de lo conocido. Mundo geográficamente limitado, fuera del cual podían estar los monstruos, los bárbaros o el abismo sin fin.

¿Y qué narraba? Acontecimientos pertenecientes a la sabiduría colectiva: la historia de su pueblo o leyendas que circulaban de generación en generación. [1] A veces era depositario del nexo con los dioses y otras el testigo de cómo algunos eran capaces de relacionarse con ellos.

Cuando se inventó la escritura era el anónimo escribiente y también el elegido entre muchos para poseer el conocimiento de los signos. De ahí en adelante no fue necesario confiar exclusivamente en la memoria.

Pero el radio de acción de aquel narrador era también de corto alcance, aunque por el hecho de traspasar su producción a la arcilla, corteza de árbol, papiro, papel u otro medio evidenciara el interés de que las ideas permanecieran en el tiempo.

El grueso de los ciudadanos pueden haber visto con cierta distancia a estos relatores-escribientes que aparecían públicamente para las ceremonias ocupando sus puestos y ejerciendo cargos, o relacionados con un grupo habitualmente ligado a la docencia de los jóvenes sobre quienes ejercía influencia. Su presencia habrá sido más notoria cuando sus relatos-enseñanzas se apartaron de las ideas que sustentaba el poder y se opusieron a él. Hay casos de juicios ejemplares que han llegado hasta nuestros oídos.

Las obras escritas eran pocas y normalmente se trabajaba sólo un original. Si lo relatado era religioso, el objeto-libro adquiría el carácter de sagrado. En algunas ocasiones se hacían copias manuscritas y permanecían almacenadas en lugares especiales llamados desde muy temprano “bibliotecas” [2]. Las traducciones de una lengua a otra eran aún más escasas. La influencia de la obra quedaba circunscrita en un principio a su país de origen y ocasionalmente, por procesos de expansión del pueblo en que se producía o por la de sus vecinos y también por viajeros curiosos, terminaba siendo asimilada por culturas próximas.

II

Durante la Edad Media, la autoría de la obra se mantuvo mayoritariamente en el anonimato. [3] Los juglares declamaron las canciones de gestas sin firmar sus producciones. Los copistas recuperaron textos de otros. Las grandes empresas como las catedrales fueron diseñadas y construidas por manos desconocidas.

---

1 “En Estados Unidos y Gran Bretaña, donde cada día más, las editoriales independientes son absorbidas por grandes grupos, los nuevos propietarios insisten en que la tasa de beneficio de la rama de la edición sea similar a la que exigen a sus otras filiales –la prensa, la televisión por cable y las películas-. Entonces, el objetivo es fijado entre el 12 y el 15%. Para responder a estos requerimientos, los editores han cambiado radicalmente la naturaleza de sus publicaciones. La ficción de calidad, la historia del arte, la crítica, han desaparecido de los catálogos de estos grandes grupos”. Andre Schiffrin “LA GACETA” FCE

2 “En Estados Unidos y Gran Bretaña, donde cada día más editoriales independientes son absorvidas por grandes grupos, los nuevos propietarios insisten en que la tasa de beneficio de la rama de la edición sea similar a la que exigen a sus otras filiales –la prensa, la televisión por cable y las películas-. Entonces, el objetivo es fijado entre el 12 y el 15%. Para responder a estos requerimientos, los editores han cambiado radicalmente la naturaleza de sus publicaciones. La ficción de calidad, la historia del arte, la crítica, han desaparecido de los catálogos de estos grandes grupos”. Andre Schiffrin “LA GACETA” FCE

3 “En Estados Unidos y Gran Bretaña, donde cada día más editoriales independientes son absorvidas por grandes grupos, los nuevos propietarios insisten en que la tasa de beneficio de la rama de la edición sea similar a la que exigen a sus otras filiales –la prensa, la tele-

En un tiempo posterior, el redescubrimiento de las obras de la Antigüedad revolucionó el quehacer intelectual en las postrimerías de la Edad Media, y terminó dando origen al Renacimiento. De esta manera las ideas de los autores emergieron más de mil años después de su gestación. Lo literario dejaba el ámbito de su época y se proyectaba mucho más allá de lo que imaginaron sus autores. Los escritos renacieron con igual vigor y vigencia que cuando fueron hechos. Incluso con más fuerza al irrumpir en un contexto histórico distinto, en el que impactó y obligó a redireccionar el pensamiento de la época. Se produjo un choque cultural y una asimilación de ideas que podrían haber desaparecido para siempre.

El rescate de estas obras evidenció al autor la posibilidad de que lo escrito subsistiera en el tiempo, mucho más allá de lo imaginado. Podía hacer y ser parte de la historia. Junto con ello, y por otras razones, volvió a aparecer la obra de autor. Quien escribía deseaba ser conocido y estaba dispuesto a defender sus ideas. Además las posibilidades de publicación se multiplicaron. Vino la revolución en las ediciones y una obra ya no era única sino que de la misma podían hacer mil. También los cánones rígidos e impuestos por la sociedad se flexibilizaron. Lo que escribía podía poner al autor en el pináculo de la sociedad o llevarlo a la cárcel y eventualmente calentarlo en la hoguera. Todo por lo que había escrito en unos papeles.

III

Con la aparición de los humanistas en el Renacimiento, se recuperaron textos que impulsaron a la cofianza en el hombre y a creer en su pensamiento. Ya no hablaron de pecado ni de una sociedad teológica en la que el hombre quedaba expuesto incómodamente en una actitud de permanente falta. Con el choque producido por la revalorización y encuentro con los autores clásicos se renovó el pensamiento, quedó de lado la relación con Dios como se entendía en la Edad Media, y se cambió la visión de lo humano. Apareció el concepto de libertad en contraposición al destino rígido y omnipotente, y el ser humano podía optar por el desarrollo que dependía de su propio esfuerzo. El hombre era entendido como un camino entre lo natural y la divinidad, y la naturaleza era una expresión de lo divino. El hombre había adquirido una nueva posición. Además descubrió que vivía en un planeta que no era el centro del universo, ni plano, sino que una esfera de tercer orden en torno a un pequeño sol de una de las tantas galaxias. Tenía la posibilidad de tomar la historia en sus manos, lo que lo hacía descubrir, también, que había sido lanzado al mundo. Terminaría experimentando la orfandad al no existir el Dios tutelar, como lo expresaron algunas corrientes filosóficas en este siglo, sobre todo después de las guerras.

La manera de escribir cambió y también el emplazamiento del autor. En la Edad Media, fuertemente influído por la visión teocéntrica, el autor desarrollaba sus temas de acuerdo a cánones bastante rígidos. Los creadores eran más bien anónimos, mientras que en el Renacimiento el nombre del escritor fue importante. Se reconoció al individuo que crea. El autor expresaba su propia visión y afirmó su posición frente al mundo. Además, ya no fue el gran interpretador válido para todo su universo. Ahora hablaba por sí mismo, llegaba a algunos y nunca expresaría las verdades de toda la sociedad.

IV

Hoy el escritor tiene la certeza de que no escribe “la verdad”, ni la más hermosa obra literaria de todos los tiempos. Siente el peso de lo caduco. Lo que hoy dice tiene una alta probabilidad de no ser verdad mañana. Su pensamiento es un eslabón, y sólo un eslabón parcial adoptado desde un punto de vista. El autor está atrapado en medio de una aventura. Vive en una época más interesante que las pasadas, el desarrollo de las ciencias y la técnica parece no tener límites. Situaciones que hasta hace poco no tenían solución, hoy día se encuentran sobrepasadas. Muchas veces la respuesta a las dificultades ha implicado un cambio en las creencias básicas. El ser humano sabe por experiencia que las limitaciones que se observaron en el pasado a la larga no tuvieron validez. Siguiendo esa línea de ideación, también tiene la certeza que con respecto a los problemas actuales es seguro que el día de mañana serán solucionados. Hasta el desafío más grande se podrá enfrentar, sólo es cuestión de tiempo. Si para ello hay que cambiar las creencias que sustentan un tipo de pensamiento, se cambiarán. Han desaparecido de la cabeza los imposibles. Esto afecta el sustrato actual que sostiene el pensar: la caducidad de todo lo que se ha tenido por seguro, la posibilidad de estar al borde de conseguir lo que queramos. Hoy día la confianza que el hombre tiene en sí mismo está basada en el avance científico-técnico.

---

visión por cable y las películas-. Entonces, el objetivo es fijado entre el 12 y el 15%. Para responder a estos requerimientos, los editores han cambiado radicalmente la naturaleza de sus publicaciones. La ficción de calidad, la historia del arte, la crítica, han desaparecido de los catálogos de estos grandes grupos”. Andre Schiffrin “LA GACETA” FCE

Pero en la esfera del pensamiento y de la creación el asunto es distinto. Cada vez nos cuesta más ver el futuro. Predomina la visión pesimista y la creencia extendida de que, de seguir las cosas como están, no augura un buen término. También en esto se ha experimentado que la validez de las ideas es temporal y que pueden ser cambiadas por creencias de signo opuesto. En vez de dejar la sensación de estar proyectados al futuro, como en el caso de los avances científicos, pareciera que todo marcha en medio de la desorientación que hace que las sociedades cambien sus paradigmas de manera contradictoria. También en este caso se cree que estamos al borde de, pero al borde de una catástrofe posible. ¿Cómo seguimos? Parece ser la pregunta, y la gente no tiene fe en quienes responden.

Lo anterior se traduce en la literatura. Como en ninguna otra época, hoy se revaloriza al pasado. Las memorias y biografías cunden en todos los idiomas es en uno de los géneros (tradicionalmente marginal en el interés del grueso público) más leídos. Por otra parte un recurso importante en literatura es la llamada intertextualidad, en que un texto existente da pie para hacer variaciones en otro, de manera abierta u oculta. Este recurso es recurrente. Como significado ambas formas se refieren al pasado para intentar revitalizar un presente que no asoma sobre un futuro, que no aparece en el pensamiento ni en la obra de ficción. De alguna manera es como si acabara el tiempo y el espacio mental y hubiera que nutrirse, necesariamente, del pasado.

Por otro lado las obras de ficción literaria marchan hacia una formalidad extrema. Parece que cada vez importara menos lo relatado, pero se tuviera un gran cuidado en la forma empleada en hacerlo. Nos acercamos al preciosismo literario, al virtuosismo en el juntar las palabras. Nuevamente volvemos al mismo punto. Como está la dificultad de ver más allá de nuestras narices, las temáticas se agotan en sí mismas. Entonces, las tesis subyacentes en la creación literaria se alivianan. No le importan al autor y mucho menos al lector. Por eso el formalismo adquiere relevancia como aquello que es visible y palpable. Lo que debería ser el fondo pasa a ocupar el primer plano.

V

¿Y cómo se ubica el escritor en esta ëpoca deshumanizada y mercantilista?

Después de la caída del muro, un entusiasta dijo que habíamos llegado al fin de la historia; seguramente porque desde su punto de vista terminaba la dialéctica al desaparecer uno de los términos opositores. En todo caso, el cambio en el equilibrio significó que el mercantilismo, que ya se desarrollaba en forma desatada, expandiera brutalmente la influencia imponiendo sus valores, desplegando el totalitarismo de sus ideas, considerando a los pensamientos disidentes ridículos o anticuados.

El autor se ve atrapado en el “quien tiene, es” y aquello significa obtener fama, ser conocido, estar en las noticias del mundo de la cultura. Y si no es él quien posee esa actitud la detenta, quien permite que sus palabras se conviertan en libro: el editor. El editor[4] es quien está preocupado del mercado. Muchas veces el autor está interesado en la búsqueda de su expresión, pero la función del editor es vender y en tanto vendedor influye sobre el escritor, traspasándole los criterios para crear. El editor presiona hacia aquello que “se lee o no se lee”, hacia lo que “está de moda”. Entonces, lo que se estila leer es lo que vende y es eso lo que “propone” el editor. Aunque el autor no esté siempre preocupado de la venta, deberá responder a los requerimientos del editor que son los del mercado. Sentirá la influencia en la propuesta temática, el desarrollo de los personajes, la trama.

El crítico[5], por otra parte, recaba información de lo que se está escribiendo y da directrices en la forma en que hay que hacerlo. Dictamina acerca de lo que es bueno y malo para leer en el momento. De tal manera que se forma una pared entre el editor y el crítico, quedando en medio el autor. La actitud frente a ellos puede ser tratar de agradarlos enmendando rumbos o repitiendo lo aplaudido, o intentar escandalizarlos, práctica cada vez menos usada. Nadie recoge el guante del reto y el mercado sigue adelante, tangencial a cualquier discusión. El relator de los comienzos tenía a su público y el primer escritor quería llegar a pocos más que sus propios lectores; hoy día

4 “En Estados Unidos y Gran Bretaña, donde cada día más editoriales independientes son absorvidas por grandes grupos, los nuevos propietarios insisten en que la tasa de beneficio de la rama de la edición sea similar a la que exigen a sus otras filiales –la prensa, la televisión por cable y las películas-. Entonces, el objetivo es fijado entre el 12 y el 15%. Para responder a estos requerimientos, los editores han cambiado radicalmente la naturaleza de sus publicaciones. La ficción de calidad, la historia del arte, la crítica, han desaparecido de los catálogos de estos grandes grupos”. Andre Schiffrin “LA GACETA” FCE

5 “En Estados Unidos y Gran Bretaña, donde cada día más editoriales independientes son absorvidas por grandes grupos, los nuevos propietarios insisten en que la tasa de beneficio de la rama de la edición sea similar a la que exigen a sus otras filiales –la prensa, la televisión por cable y las películas-. Entonces, el objetivo es fijado entre el 12 y el 15%. Para responder a estos requerimientos, los editores han cambiado radicalmente la naturaleza de sus publicaciones. La ficción de calidad, la historia del arte, la crítica, han desaparecido de los catálogos de estos grandes grupos”. Andre Schiffrin “LA GACETA” FCE

quien escribe se siente atraído y mareado por los ofrecimientos del modelo en que está inmerso. Dinero y fama son el "pan y circo" para el escritor de esta época. Tienden a desaparecer los escritores que se autoeditan (lo que aseguraba, al menos, la fidelidad de esos autores con respecto a su obra). El mercado editorial no tiene contrapeso y ha crecido mucho, en contra de la idea de que los lectores han disminuído.

El escenario ha cambiado. Las antenas del escritor están puestas para que suba al escenario. Se puede observar cómo la producción de un autor cambia desde el momento en que entra a la fama, y por el contrario muchas veces existe la coherencia en aquellos que no alcanzan a tenerla en vida. ¿Cuantos estarían dispuestos hoy a no cambiar una coma a costa de quedar sin publicación?

El escritor está interesado en ser conocido y eso lo obliga a entrar en el juego editor-crítico. Es decir, un escritor puede mantenerse fuera del circuito al comienzo, pero al final debe terminar en él para ser publicado. Formalmente se transforma en un buen escritor, pero pierde la búsqueda, el "traslucirse" a sí mismo en la obra. Los ojos con que mira y escribe ya no son los propios, sino los del editor, del crítico, es decir del mercado.

VI

¿Cuál es, entonces, la posición del escritor?

Ya no es el depositario de una misión asignada por la sociedad. Tampoco un intermediario con los dioses. Ni el sabio conocedor de los signos que inscribe en el papel. Ni es anónimo. No es tampoco el exponente del pensamiento único que interpreta a toda su sociedad. Ni siquiera se lo reprime por la fuerza cuando su palabra es disidente con el sistema impuesto.

La posición del escritor hoy día no es diferente de la de otros creadores. Sean del ambiente de las artes, de la ciencia, de la técnica. El mercantilismo, como se ha visto, ha aplanado y simplificado los valores. Aún más, los ha trastocado. También el lector ha exigido una obra literaria liviana, para pasar el rato; un objeto, como todos, de consumo rápido, chatarra. Para el mercado, el escritor que tiene valor es aquel que encarna sus valores. Es decir, el que tiene éxito; es decir el que gana dinero con el oficio de la escritura. La mayoría de las veces, el contenido de la obra no es tema de amplio debate entre crítico y escritor. Sólo son dignos de mención los aspectos cada vez usados con una destreza más exquisita. Los textos experimentales de hace treinta años dejaron el paso al armado clásico. Aquella experimentación hablaba de una búsqueda de futuro, de probar, de abrir. Hoy día observamos que el futuro no es un tema tratado en la literatura, salvo por muy pocas obras que ponen en los días que vendrán una suerte de decadente mirada de fuerte pesimismo. El interés está puesto más bien en textos referidos al pretérito próximo o lejano donde se sitúan desarrollos del tipo "todo tiempo pasado fue mejor", y en los que se permite que los personajes tengan salidas abiertas. Si no es en pasado, lo escrito está ambientado en lugares remotos donde se da el clima de expansión. Son lugares que no podrán ser visitados por los lectores, lugares-paraíso en los que se conjugan los elementos y las acciones en una suerte de tiempo suspendido, sin preocupaciones. Lugares distantes que están a salvo en un mundo que, por contrapartida, nos queda cada vez más chico.

VII

El escritor trabaja hoy día con la palabra prestada. Participa de un juego que no le pertenece y termina diciendo aquello que no le corresponde.

¿Cuándo recuperará lo suyo?

¿Cuándo abrirá los ojos y mirará en su interior?

¿Cuándo destapará los oídos y escuchará a su entorno?

¿Cuándo permitirá que salga la palabra más profunda?

¿Cuáles son las condiciones para que todo esto suceda?

Néstor Tato

¿Qué es la humanidad?[6]

El marco conceptual

La pregunta del título es doblemente intencionada, ya que puede entenderse que se hace cuestión de lo que es característico de lo humano[7], por un lado, y por el otro, de la Humanidad, sujeto del proceso de la Vida en este estadio evolutivo[8], de modo que me parece necesario comenzar por la cuestión, más bien ontológica, de qué cosa es la Humanidad.

En términos generales, las opiniones y teorías al respecto no disciernen adecuadamente los niveles[9] a los que corresponden los fenómenos agrupados bajo los grandes conceptos que comprenden la visión del mundo, y no establecen las correspondencias entre ellos, según su nivel[10].

La matriz de este trabajo pretende ser básicamente lógica, un reordenamiento de datos que suele relacionarse inadecuadamente. Intento tender puentes entre lo cosmológico y lo psicosocial, valiéndome de la Lógica. De ese modo apunto a servir a la elaboración de una teoría o visión unificadora de todo lo manifestado. Es frecuente la traspolación de conceptos sin respetar la coherencia del contexto en que se aplica, y la pretensión de explicar mediante reduccionismos que, además de no dar razón del fenómeno, lo anula, al reducir el nivel que le

---

[6] Para seguir adecuadamente la comprensión del texto se recomienda hacer, a modo de ejercicio, los movimientos mentales que se mencionan, por ejplo., imaginar lo que se indica, focalizar, ampliar la mirada, desenfocar, etc.

2 A primera vista, el término "humano" no necesita aclaraciones, pero sus significados son diversos según lo defina la biología, la psicología, la antropología, la teología, etc. Adhiero a la concepción del Nuevo Humanismo: "la naturaleza del hombre es... su historia social " (Habla Silo, Ed. Magenta, p. 217, Visión actual...), "al ser humano se lo debe definir como histórico y con un modo de acción social capaz de transformar al mundo y a su propia naturaleza"(Documento Humanista, III). Sintetizando, lo humano es, en sí mismo, cambio, transformación, la antítesis de la fijeza, de lo "material" concreto. Situando lo humano en el contexto global, la transformación aparece como su esencia (función). La transformación del mundo y de sí mismo, retroalimenta lo humano, liberándolo de sus condiciones de existencia, reforzando la conciencia temporal y con ella una suerte de entidad que se va diferenciando respecto del medio y, simultáneamente, participando de una suerte de entidad mayor a cuyo desarrollo sirve.

[8] La Humanidad, como entidad mayor, no la comprendo como simple especie biológica borrosamente diferenciada de las especies animales, si bien los nexos con éstas han sido muy fuertes a lo largo de la historia, a través de la preeminencia de un programa biológico que pone a la supervivencia y la reproducción como principios organizadores de la vida, y determina en el ser humano una mirada primariamente orientada hacia las cosas con una actitud posesiva y estática, dominada por el punto de vista externo.

[9] Por niveles conceptuales entiendo los conocidos de cualquier clasificación, que se escalonan (de abajo hacia arriba, en progresión abstractiva) como individuo, especie, género, sumo género o universal. Por ej., "perro" es un concepto que comprende todos los perros conocidos y que pueda conocer, pero "ovejero", si bien remite tácitamente a "perro", excluye todos los demás perros que no sean ovejeros; "perro" subsume dentro de su ámbito a "ovejero" y es subsumido, a su vez, por "animal". Si pensamos en mosquito o en pez, tendremos que "animal" también los comprende. Empíricamente sabemos que no son iguales a los perros aunque sean animales y necesitamos la mediación de la Lógica que nos permita aclarar, ya que perro, mosquito o pez pueden tomarse como ejemplares individuales, pero para ello se necesita conceptos más específicos: ovejero, anopheles y atún, por caso. Y, a su vez, los conceptos de vertebrados e invertebrados, ovíparos y vivíparos, van a aportar los ámbitos que delimitan las regiones de pertenencia de cada uno de esos conceptos. Teniendo presente este marco conceptual con sus niveles y regiones, las correspondencias indicarán similitud en los rangos o niveles conceptuales, o disimilitud. Al buscar nexos entre conceptos de distinto ámbito o región de lo fenoménico, es necesario tener en cuenta el emplazamiento de cada concepto dentro de su marco conceptual, o sea, qué lugar ocupa, porque no es posible establecer relaciones entre anópheles y perro, ya que son de distinto nivel, o entre buey y lechuga, sin aclarar antes o respetar la relación entre los distintas regiones que los comprenden (animal y vegetal) con el peso que cada una tiene en cuanto a características.

[10] Watzlawick, Weakland y Fisch (en "Cambio", Ed. Herder, p. 30) apuntan dos notas básicas respecto de la coherencia lógica en el trabajo teórico: "a) los niveles lógicos deben ser estrictamente separados a fin de evitar paradojas y confusiones, y b) pasar de un nivel al inmediatamente superior (es decir: de un miembro a una clase) impone una mudanza o variación, un salto, una discontinuidad o transformación, es decir, un cambio de la mayor importancia teórica y... también práctica, ya que proporciona un camino que conduce *fuera* de un sistema".

es propio a un nivel inferior, como sucede, por caso, con la neurofisiología al explicar el fenómeno de la conciencia como actividad cerebral.

Por medio de los conceptos también intento tender puentes entre la visión del mundo y la experiencia individual, entre lo perceptible cotidianamente y lo imperceptible (macro o microcósmico o, si se prefiere, sistémico o cuántico).

A ver: los conceptos de Universo, Vida y Humanidad se corresponden; por un lado, como ámbitos mayores de proceso en distintos niveles de fenómeno: todo, lo vivo y lo humano, respectivamente, y por tanto, se relacionan entre sí como sumos géneros de cada ámbito.

Por otro lado, si tomamos como eje organizador el fenómeno de complejidad-consciencia[11] como lo llamara Teilhard de Chardin o de autoorganización como lo denomina la moderna visión sistémica[12], tenemos que lo que parece propio y exclusivo de lo humano, la Conciencia, ya estaría actuando en el origen, el big-bang según el modelo aceptado actualmente. Esa conciencia originaria estaría actuando como principio organizador que rige la Evolución de la Materia y parece coincidir con la Mente de la mitología hindú.

Y dado que Universo, Vida y Humanidad son géneros que abarcan la multiplicidad fenoménica en distintos niveles, eso que sería el universal absoluto, ¿no sería la Conciencia?

Humanidad se diferencia de los otros conceptos y mantiene su univocidad, ya que no parece que pueda llamarse humano al puré cósmico. Por tanto, Universo, Vida y Humanidad podrían ser tres aspectos de lo universal, referidos a distintos momentos de su proceso. Por lo que no se trata de tres conceptos de igual nivel en cuanto a los fenómenos que comprenden, sino que uno resulta abarcativo de los demás: Universo a Vida y Humanidad; a su vez, Vida contiene a Humanidad. Son tres conceptos que abarcan distintas regiones de manifestación fenoménica (la materia inerte, la materia viva, lo conciente), que se corresponden con distintos estadios evolutivos que tienen, además, manifestaciones localizadas: Universo abarca todo, mientras que Vida y Humanidad se encuentran localizadas en nuestro planeta, por ahora, si bien ya han aparecido señales que indicarían que la Vida no es exclusiva de nuestro planeta.

Hay dos conceptos más que interesan: Cultura y Ética. En tanto relativos a la acción humana, no pueden relacionarse lógicamente salvo con Humanidad; Ética, a su vez, pertenece a la esfera de Cultura. De modo que el concepto que los comprende es el de Humanidad. Desde el punto de vista vivencial, lo humano es el momento en que se actualizan la Humanidad, la Cultura y la Ética, en que cobran realidad.

La información que corresponde a los conceptos considerados proviene de distintas fuentes: de los campos de la Física y la Biología (ciencias duras) y de las Ciencias Sociales (blandas), con las diferentes conceptualizaciones y cargas de precisión en los datos que las fundan. Sabemos de las desinteligencias que hay entre los distintos sistemas conceptuales y la falta de un modelo unificado que nos brinde una visión coherente del mundo. Intento señalar una línea conceptual que permita la unificación y que, además, sobrepase el límite de la conceptualización científica especializada para poder brindar las líneas generales de un modelo que resulte masivamente accesible. Buscar una línea conceptual que conecte las diferentes regiones de lo conocido, implica buscar algún elemento de ese campo que nos permita unificar la visión. Con ese fin, trataré de asumir el punto de vista del sentido común, de lo que resulta verificable y creíble desde el punto de vista del lego.

De modo que veamos, desde un punto de vista externo[13], cómo es esto de la Humanidad.

Somos el Universo

Vimos que Humanidad es un concepto que se corresponde con Universo, es más, es un aspecto de él que manifiesta la Conciencia. Desde el punto de vista de lo manifestado[14] Universo es Materia; y la Física nos enseña que la Materia es Energía[15], por tanto, Humanidad es Energía.

---

[11] Teilhard formula para la Evolución la Ley de Complejidad-Consciencia que propone que a medida que aumenta la complejidad en la organización de la materia (lo externo) se desarrolla proporcionalmente la consciencia (lo interno), estableciendo ésta como género que abarcaría la interioridad de todas las manifestaciones de la Vida, entre las cuales nuestra conciencia es una especie, si bien evolutivamente más desarrollada (cfr. "El Fenómeno Humano", Ed. Taurus, Madrid).

[12] ver Edgar Morin, "La Méthode. 1. La Vie de la Vie", Ed. Flammarion, y Hubert Reeves, "El sentido del universo", Ed. Emecé.

[13] La mirada, el modo de considerar las cosas puede ser diferenciado en dos grandes tipos: el punto de vista interno y el externo. El punto de vista externo considera las cosas como vistas desde afuera, desde su apariencia externa, por tanto es comparativo, busca regularidades, similitudes y diferencias, para fijar normas, explica las cosas normalmente como causas y efectos, es interpretativo, considera lo singular desde la norma, lo general, sirve para construir modelos o establecer gráficos de referencia. El punto de vista interno considera la experiencia interna del observador, su vivencia, es comprensivo, busca el sentido y lo sentido de las cosas, describe, se atiene a lo que ve, a lo que se percibe, considera lo singular desde sí mismo y deja de lado lo normativo.

Esto parece simplemente lógico. Sin embargo, difícilmente nos pensamos en estos términos. Desde el punto de vista cotidiano es como si el Universo que se expande a los ojos de los físicos -cuya Materia muestra, cada vez más, elementos compositivos de una pequeñez difícilmente concebible- fuera algo distinto de esto que somos nosotros, observadores de sus manifestaciones desde este cascote perdido en uno de los sistemas solares de una de sus galaxias.

Pero gracias a esos análisis compositivos de la Materia, sabemos que todo en el Universo es energía organizada y que, a su vez, hay energía "suelta", desorganizada, que pervade todo, incorporándose a procesos y desincorporándose, en ese "bucle tetralógico" que Morin[16] describe como desorganización-interacciones-organización-orden-desorganización, a partir de la reformulación de la segunda ley de la termodinámica: la energía que se pierde entrópicamente, no se pierde, sino que se recupera o incorpora a otros procesos de organización.

La Física nos enseña que hay distintos niveles de organización de la energía: moleculares, atómicos, subatómicos, atendiendo a la composición de los cuerpos celestes que se organizan a su vez, en los sistemas solares, las galaxias, nuestro universo y, ahora, los universos... (¿hay más todavía?). Y esa organización se da por medio de la interacción de las fuerzas[17] elementales que sirven de soporte a la manifestación de lo singular, mediante la organización de campos magnéticos. Así, existen campos atómicos, moleculares, etc., .pasibles de ser aislados teóricamente, ya que integran los campos de lo singular manifestado: de los cuerpos celestes y las unidades que manifiestan otros niveles de organización, como la Vida (vegetales, animales, etc.).

Así como existen campos para cada cuerpo celeste, se puede hablar de un campo global para todo lo manifestado, dentro del cual los campos de niveles inferiores sirven como redes de sostén de los campos más evolucionados[18].

El Universo es uno *como unidad de proceso* (aún cuando hubiera varios universos, compondrían una totalidad) y, como unidad *totaliza*, comprendiendo en su ámbito de influencia a todo lo manifestado que, por distinto en sus manifestaciones, configura la diversidad. Y esa diversidad manifestada a nuestra percepción (incluyendo la percepción científica especializada por medio de sus instrumentos) lo es, en tanto multiplicidad de singularidades[19].

Nuestro Universo es uno y múltiple: múltiple en universos posibles, en galaxias, en sistemas solares, en cuerpos celestes, en manifestaciones de la Vida. Sistemas que contienen sistemas, conceptualmente, pero a nuestro rededor no percibimos más que singularidades. Pero aquéllos son ámbitos mayores y, por tanto, determinantes de los procesos que se dan dentro de ellos y, a su vez, pueden ser tomados como unidades en el nivel organizativo que les corresponde.

La Física enseña que desde el principio fueron partículas las que conformaron el puré cósmico, cuya individualidad es sólo concebible[20], ya que la uniformidad de su comportamiento, la ausencia de diferencias, las reducía a una única entidad manifestada, pero sirvieron para conformar, mediante la acción de las fuerzas elementales, distintos niveles de integración sobre los que progresivamente se organizaron los cuerpos que se diferenciaron en su manifestación dando lugar a lo singular.

Esa totalidad única que es el Universo, se nos presenta diversa en su manifestación a través de la multiplicidad de singularidades que, a su vez, están compuestas por partículas diversas de un nivel inferior que se conciben unitarias en ese nivel, para mostrarse compuestas, a su vez, por niveles inferiores, y así hasta llegar a los niveles cuánticos.

---

[14] Lo manifestado es lo que se ve, lo que aparece, lo que se manifiesta a la percepción externa.

[15] Timothy Ferris, "The Whole She-bang", 4, Simon & Schuster, 1997; Stephen Hawking, "La Historia del Tiempo", H. Reeves, op. cit.; Paul Davies, "Superfuerza", Biblioteca Científica Salvat.

[16] En el estado de desorganización surgen interacciones que generan una organización que consolida un orden, y éste, al decaer, genera una nueva desorganización, repitiendo el proceso. (Morin, op. cit., 1ª. parte, 1, II, D, p. 56, y III, p. 58).

[17] Las fuerzas son la gravitatoria, la electromagnética, y las nucleares fuerte y débil (Stephen Hawking, op. cit., p. 101/7, Paul Davies, op. cit.).

[18] Quizás exista alguna correspondencia entre la cadena de estas redes ocultas (por ahora) y la conocida como cadena trófica o cadena alimentaria, cuyo origen es, en definitiva, la energía solar.

[19] Utilizo el término no en el sentido que lo usa Hawking (para designar un fenómeno único como el big-bang, v. op. cit.) sino para designar lo que se muestra como unitario en la percepción, como comúnmente entendemos lo singular, como individual.

[20] La verificación de las condiciones de organización no perceptibles de la materia concreta, se da indirectamente, a través de aparatos y experimentos de laboratorio cuyos resultados se construyen analíticamente, de modo que las partículas son entes apenas conceptuales.

Claro que la única unidad "concreta" es la perceptible, ya que la unidad de los sistemas mayores que abarcan los fenómenos manifestados y la de las partículas que los componen, sólo es concebible a través del análisis. Los cuerpos celestes están compuestos por elementos físico-químicos que pueden descomponerse en átomos y éstos, a su vez, en partículas de niveles sucesivamente inferiores. A la inversa, estas partículas se organizan en niveles cada vez más complejos hasta llegar a lo manifestado, lo perceptual que, a nivel astronómico, son los cuerpos celestes, y a partir de ahí se puede ir concibiendo niveles mayores de organización: los sistemas solares, las galaxias, los universos.

Desde el punto de vista del acto de concebir, nuestra visión focalizadora[21] desatiende rápidamente la diversidad, que da vértigo con su multiplicidad y su discontinuidad, para buscar la tranquilidad que brinda el continuo de la unidad. ¿Acaso abarcamos con nuestra mirada todo el firmamento en una noche estrellada? ¿o saltamos de luminaria en luminaria, deteniéndonos en una y en otra? apenas percibiendo las constelaciones y las nebulosas que ocupan pequeños sectores del campo que se ofrece a nuestra visión.

Del mismo modo concebimos el mundo subatómico, hablamos de "el" átomo, como si tuviera manifestación individual y no colectiva, y nos resulta dificultoso concebir ese conjunto colectivo en acción. El átomo está integrado por partículas de cargas eléctricas diferenciadas, cuya unidad depende de las condiciones del medio. Su existencia no es independiente sino una construcción analítica a partir de los experimentos de laboratorio, ya que su existencia concreta se da en los elementos que componen molecularmente, la materia conocida. Son "partes" de esos elementos.

Es cuestión de atender al término "partículas" que significa "pequeñas partes" o "partes de partes", lo que ya está indicando que hay un "todo" unitario que integran, y que no es otra cosa que la materia perceptible, aquélla que nos rodea cotidianamente y que ya Demócrito concibiera como compuesta por pequeños ladrillos cuando formuló su teoría del átomo.

Esas partículas tienen un comportamiento uniforme impuesto por las fuerzas organizadoras, por eso la regularidad se impone sobre su teórica separatividad, anulando la individualidad: son esencialmente iguales, en ese nivel de organización no existe la diferencia.

Recién en los niveles de la materia que llamamos concreta (ya sea en estado líquido, sólido o gaseoso), existe la diferencia perceptual que produce lo singular, aunque puedan anotarse regularidades de comportamiento que fundan nuevas igualdades y la concepción de su ser parte de sistemas mayores.

Para poder comprender este punto vayamos a los registros, tratemos de recordar nuestra experiencia cuando nos encontramos frente a una multitud. Recuperemos la imagen de una multitud y veamos qué nos pasa: la mirada salta de uno en otro, atraída por las diferencias que plantean las apariencias, o va deliberadamente de uno a otro y resalta las diferencias que va notando.

Ahora bien, desenfoquemos la mirada sobre esa imagen de la multitud y podremos abarcar el conjunto: podemos anotar que todos hablan, caminan, están vestidos, etc., por sobre las diferencias que advertimos en el modo de hacerlo, podemos destacar lo que todos hacen. Las regularidades no son perceptibles a simple vista porque uno atiende al color, diseño o tipo de ropa de la gente, pero no al hecho de que está vestida, porque todos están vestidos. Uno se fija en qué comen, pero no en el hecho de comer porque todos comen. Pese a que percibimos que todos están vestidos, como en el paisaje se presentan vestidos y nadie desnudo, es como si no se percibiera que están vestidos y hay que imaginárselos desnudos para darse cuenta de que están vestidos. Las regularidades, las notas comunes, no son menos concretas que las diferencias, por ser imperceptibles. Por tanto, atender a lo común, a lo regular, es ya un paso de abstracción. Dejamos lo diferente y atendemos lo uniforme.

Siguiendo el hilo de esas regularidades, en un nuevo paso de abstracción, esos comportamientos se reducen a unos pocos, comunes a todos, que se canalizan casi sólo a través del trabajo y la reproducción (nutrición, vivienda, educación, entretenimiento, se consiguen a través del trabajo y son trabajo para muchos), cumplen básicamente con el imperativo de supervivencia, de conservación de la especie, una manifestación proporcionada a lo social, del principio de inercia que rige la materia: desde el big-bang la materia tiende al equilibrio que es lo

[21] La mirada que estructura la conciencia espontáneamente focaliza, se centra atencionalmente en un foco que se desplaza por el campo de presencia, en un mecanismo del cual sólo puede liberarse por las ampliaciones o desenfoques que opere el sujeto mediante un trabajo intencionado. A partir de las unidades de sentido, configuradas por la dación de sentido que opera la conciencia, se concibe lo singular sobre la base de las diferencias o discontinuos perceptuales. De ahí que la concepción de sistemas sea una tarea abstracta, una construcción intelectual a partir de datos perceptuales, pero no perceptibles por sí mismos en niveles que superan lo perceptual. A su vez, los sistemas que percibimos como singularidades se descomponen, en niveles inferiores, en elementos imperceptibles.

que la distingue, sin equilibrio no habría estabilidad y continuidad, no habría solidez y perdurabilidad en lo manifestado. Esa estabilidad se manifiesta en lo social a través de las rutinas cotidianas.

Esas rutinas cotidianas con sus comportamientos regulares nos hablan de una unidad mayor, la especie humana, que se nutre y reproduce, conservándose así, perdurando. Podemos advertir por las diferencias en los modos de desplegar esos comportamientos, subsistemas menores como los nacionales o regionales, pero no viene al caso.

De modo que estamos acostumbrados a percibir unidades que, como tales, nos ofrecen una continuidad perceptual, sin cortes ni sobresaltos. Sin ir más lejos, todo lo que percibimos a nuestro rededor es unitario y diferente. Ahora bien, forcemos nuestro hábito perceptual y mantengamos la mirada en la representación de ese paisaje diverso; entonces, abstraemos la diversidad, concibiéndola como diversidad de individualidades, como pluralidad de individualidades diferentes. Sabemos que esas individualidades están integradas, cada una de ellas, por partículas imperceptibles que se encuentran diseminadas en estado de radiación por todo el continuo universal que llamamos Espacio.

Entonces, si simultáneamente representamos las manifestaciones individuales con su composición múltiple por niveles no perceptibles de organización, se puede aprehender la unidad del mundo subatómico que integra las individualidades. Si podemos representarnos esa unidad subatómica del mundo, podemos restaurar conceptualmente la continuidad del nivel de lo manifestado, que perceptualmente es interrumpida por la separación espacial propia del fenómeno de lo singular, en el nivel de lo perceptual.

Esto es, sabiendo que existe un continuo a nivel subatómico, mediante la representación sobreimprimimos esa visión del continuo, a la percepción de la discontinuidad que impone la multiplicidad de individuos y, así, podemos reconstruir imaginariamente la visión de lo Uno y lo Todo del Universo, a través de la mirada de lo Diverso.

El mundo imperceptible es la región de las fuerzas organizadoras: allí se establecen los vínculos que ligan a las partículas organizando las unidades mínimas sobre las que se construye el compuesto que conocemos como materia, un permanente movimiento de organización que crece en su complejidad tejiendo distintos niveles que conocemos como subatómicos, atómicos, moleculares, etc. Un movimiento constante e incesante de organización, desorganización y reorganización, que recompone el tejido universal, desarrollando nuevos niveles de manifestación.

Pero esto es mirando desde afuera. Porque aquí, estamos los humanos mirando hacia afuera, y mirándonos en el pizarrón donde hemos graficado la Evolución y sus distintos niveles de manifestación y allí nos ponemos en la escala más “alta”, como “lo más evolucionado”. Y nos adoramos. Mejor dicho, adoramos esa foto, ese gráfico, ese esquema. Pero lo grave es que nos creemos ese esquema y miramos el Universo, nuestro mundo, desde afuera.

Y al proyectar esa mirada externa sobre nosotros mismos, nos miramos mirando el Universo como desde afuera, como si el mundo y uno fueran cosas distintas. Sin percatarnos de lo evidente: nosotros estamos en el mundo y pertenecemos a él. Pero, menos evidentemente, somos el mundo.

La Humanidad es parte del Universo, por tanto somos el Universo y por más que queramos enajenarlo poniéndolo “ahí afuera” como “mundo”, no podemos excluirnos de él, no podemos dejar de estar dentro de él.

Por tanto, siendo tan individuo como un sol, un perro o un árbol, soy tan compuesto energético como ellos. Pero no puedo vivirme así porque me veo de otro modo. Esto es, me concibo distinto.

Sin embargo, lógicamente se advierte que si no soy menos individuo que cualquiera de las individualidades manifestadas e, incluso, que si una de mis propias denominaciones, la de individuo, alude directamente a mi singularidad, a mi singularidad esencial, debo admitir que desde el plano de lo no manifestado, como toda singularidad pertenezco al continuo energético del Universo.

El presente: zona de fricción

De modo que no soy tan indiviso como me creo, ni estoy tan solo como imagino y se adivina que soy más “colectivo” que lo que parece. Aquéllo que llamo común en mí por repetido, toma otro sentido si atiendo a que parece alentar una común unidad en mi propia intimidad, con todos mis semejantes y con todo lo manifestado.

Común unidad que parece haberse comprendido históricamente como Dios: aquéllo mayor a lo que pertenezco, que me abarca, contiene y enmarca mi accionar con límites invisibles pero precisos.

Alegóricamente el concepto de Dios abarca Todo y comprende los universales que vimos: Universo, Vida, Humanidad. Dios es creador, es Mente, Conciencia, que son cosas distintas.

La mirada científica de nuestro siglo desvistió el paisaje dejando las singularidades al descubierto y Dios desapareció, permaneciendo sólo las leyes que gobiernan el sistema universal, como remanente racional de su función estructuradora.

Pero, curiosamente, Dios se manifestaba en mi corazón, según las concepciones religiosas clásicas, si bien no cejaban en emplazarlo en el afuera. Seguramente por temor a confundirlo con el cuerpo y sus "debilidades". Pobre cuerpo, zona de fricción universal.

Veamos, si soy singularidad y pertenezco al continuo energético del Universo en un nivel no manifestado y, por tanto, no perceptible ni para mí, resulta que soy singular para el afuera (para una mirada ajena) y, por dentro, me uno a la corriente energética del Todo. Por tanto, en una brutal reducción, el afuera del Universo se extiende ante mi mirada, pero el adentro del Universo circula por mi interior. Tan externo es el hábito de mi mirar, que estoy a punto de decir "también". Esto es, a mi "ojo", Universo es lo de afuera, lo percibo externamente en su manifestación plural diversificada en singularidades y, al concebir que mi interioridad es Universo, tiendo a decir que "también es Universo", como eso que está ahí afuera. Y no. No.

Desde este punto de vista, lo interno es universal y lo externo, singular. Por eso dicen que a Dios puedo acceder desde mi interior, desde "el fondo de mi corazón", es mi ruta de conexión con lo universal, con el Todo que me anima desde adentro, porque a él pertenezco inmediatamente.

Si soy Universo, mi piel, la superficie de mi cuerpo, es la superficie del Universo, en tanto separa el adentro del afuera: desde este punto de vista espacial, mi piel es el punto de fricción del Universo. Pero ¿fricción con qué? porque no es con el aire, precisamente, de acuerdo a este punto de vista.

Veamos por otro lado. Yo soy el punto actualmente en desarrollo por la Evolución, el "último modelo". Yo y todos mis congéneres, lo humano en general. Estos nosotros que, espacialmente, somos percibidos como individuos, como singularidades separadas, somos el ejemplar más logrado por la Evolución desde el punto de vista de la organización, somos los exponentes más altos de la auto-organización.

De modo que esa concepción más bien espacial de las singularidades tenemos que verla de otra manera, desde otra perspectiva. Porque resulta que *las singularidades, que pertenecemos al mundo de lo manifestado, somos simultáneamente*. Desde el punto de vista temporal, las singularidades *tenemos una comunidad de instante.* Somos al mismo tiempo. No importan aquí los tiempos relativos, podrán ser más veloces unos procesos que otros, pero participan de un instante en común. El despliegue temporal del Universo nos pone siempre en el plano del instante, a cada instante estamos en el "último momento" de la historia del Universo, a cada instante nos enfrentamos al vacío temporal del futuro (en imagen), y a cada instante dejamos un pasado concreto (en imagen) detrás nuestro: en cada instante cabalgamos sobre la sensación que encarna las imágenes protentivas, al tiempo que se desencarnan las percepciones, al quedar lo percibido retenido por la conciencia[22]. Analíticamente, tenemos que las protenciones, que podemos registrar fugazmente como expectativa, son imágenes que formalizan, modulan el flujo energético que llamamos comportamiento, modificándose en la interacción con el estado de situación (tanto externo como interno), y esa forma queda plasmada en las retenciones que pasan a convertirse en recuerdos.

¿Sobre qué eje se desarrolla la Evolución: tiempo o espacio? Creo que no pueden caber dudas, por lo que tenemos que dejar el espacio de lado y con él, la piel, que no hace más que separar dos espacios: el interno y el externo, diferencia que no es más que un problema de discontinuidad (separatividad) en lo percibido, planteado por la manifestación de lo singular.

Si asumimos el tiempo como eje de la Evolución, a cada instante que simultáneamente transcurrimos todas las singularidades manifestadas, nos enfrentamos a la Nada, de modo que el Universo se autogenera a sí mismo. Es como un inmenso organismo que pulsa a cada instante con ritmos precisos, mutando su apariencia, siempre igual en su acción, siempre distinto en su forma manifestada.

---

[22] Según explica la Fenomenología de Edmund Husserl, la estructura temporal de la conciencia es un entrecruzamiento constante del que resultan los "tiempos": mediante las protenciones la conciencia anticipa lo que viene instantes antes de que suceda mientras, simultáneamente, está reteniendo lo percibido, lo que está ocurriendo-ya ocurrido, que queda reverberando como imagen cuando ya está siendo de otra manera, siguiendo su curso la situación. En términos psicológicos tendríamos una imagen de futuro que se da simultáneamente con la percepción y la retención de lo ya percibido, algo así como una estructura simultánea de por-ser/siendo/ya-sido. Protenciones y retenciones "flotan" en la proximidad de la sensación, que las contamina. La sensación es el ancla del presente, aún cuando sea estimulada por imágenes de futuro o recuerdos, siempre se siente en presente; aún cuando actualice sensaciones pasadas, el ponerlas en acto, al actualizarlas, las hace presente. Por eso planteo la analogía de la sensación con la "carne", lo concreto, para diferenciarla de las puras imágenes de futuro y de pasado.

El espacio que abarca esa totalidad se nos vuelve inconcebible en su extensión, pero podemos aprehenderla desde la pura sensación del instante, desprovistos de imágenes de futuro (de expectativas) y de pasado (de recuerdos). Desenfocando la percepción, desconectando lo distinto que se ofrece a mi mirada, compruebo que no es distinto por discontinuo sino que, desde la mirada ampliada sobre el campo perceptible, éste es un continuo de formas distintas que me ofrece distintos aspectos de ese Ser que me abarca y pulsa "también" dentro mío.

Pero si me instalo en el instante, estoy solo y únicamente yo pulso y el Universo sólo a través mío. Perceptualmente, las formas externas se vacían de contenido frente a la intensidad de mi sensación. Inicialmente, sólo mediante un esfuerzo conceptual puedo reconocer que también lo Otro pulsa simultáneamente para encontrarnos inmediatamente en la pulsación común, universal.

Así, mi existencia se sitúa en un plano distinto: desencarna lo espacial y asumiendo lo temporal como la propia dimensión exclusiva de la existencia, a la que sirve lo espacial, la zona de fricción se presenta entre lo pasado y lo futuro, entre lo que fue y lo que puede ser, y nos desafía a aguzar la percepción y captar por dónde pasa la Historia, por dónde tiende a avanzar la Vida, por donde busca el Universo sus próximas configuraciones.

Si recorremos el espacio cotidiano, la representación visual que nos podemos hacer de la Humanidad ofrece un plano de circuito cerrado sobre sí, todos y cada uno moviéndonos en el espacio, enfrentando cosas espaciales, corriendo sobre el plano, la superficie del planeta. La representación de lo real es todo lo contrario, *cada uno de nosotros enfrenta el Vacío, lo Desconocido, el Futuro, a cada instante y ese estar de cara al Futuro es lo actual****, lo eternamente actual, universalmente compartido por todos los miembros de la especie humana, aunque no seamos concientes de ello. Podríamos, por ejemplo, representarnos como caras distribuídas sobre una esfera que se expande a partir de nuestra acción, hacia el Vacío, convirtiendo lo Desconocido en Conocido, el Futuro en Pasado, el Vacío en Espacio. Pero eso que ya fue convertido, ya no es, porque lo único que es, en cada instante, instante tras instante, ese estar-de-cara-a.***

Así, somos células de un organismo inconmensurable que no vive en términos de espacio, que se desarrolla a través nuestro, a pesar nuestro o con nuestra colaboración.

Los campos organizadores de la energía

Desde este punto de vista, lo humano es el momento de manifestación del adentro de lo manifestado en el proceso de Evolución universal. Es el punto de unión de la totalidad con la singularidad. Lo universal interno se manifiesta a través de singularidades, y en la escala evolutiva, lo humano es el presente, el punto activo de esa Evolución durante la cual lo interno universal se manifiesta a través de singularidades (nosotros) capaces de concebir la globalidad para transformarla[23], así, el Universo se concibe y transforma a sí mismo a través de lo humano.

Así, se hace difícil sostener los ideologemas que encandilaron a nuestros predecesores y apresaron a la Humanidad en redes invisibles, anudadas en su propia esencia: la creencia[24]. Si queremos ser fieles al pulso universal, tenemos que sentirlo, no podemos velarlo con imágenes prefabricadas. Pacientemente tenemos que atender a las imágenes que broten espontáneamente como traducción de sus impulsos, que podrán presentarse como mandatos de acción, matrices para la transformación del mundo que fluye delante de nuestra mirada, que se ofrece a nuestras manos para que lo moldeemos por el tiempo que deba durar la forma que imprimimos hasta que una nueva forma impulsada desde el "más acá" la transfigure generando una nueva, más apta para el curso del Universo.

Esta concepción de lo humano resulta distinta de la materialista, vigente desde siempre. Porque aún cuando el idealismo haya reivindicado cierta imagen de lo humano, estaba hecha a imagen y semejanza del molde perceptual, esto es, con imágenes de lo material. Y resulta, por supuesto, contradictoria con la propiamente mate-

[23] Esta formulación de un continuo entre el adentro y el afuera, lo universal y lo singular, seguramente recordará las correspondencias herméticas sobre la igualdad entre adentro y afuera, arriba y abajo, etc., (Hermes Trimegisto, Tres Tratados, Ed. Aguilar). Ese continuo podría reconocerse alegóricamente en la cinta de Moebius

[24] La creencia cumple con la función de reproducir el mundo en imagen y brindar la certeza que moviliza la acción, en su aspecto más mecánico. De espaldas a la puerta, yo creo que está detrás en este momento aunque no la veo, por dar un ejemplo grosero. Pero porque creo que está allí, puedo caminar hacia atrás en su busca. Igual sucede con creencias menos verificables en lo inmediato pero que sostienen mi comportamiento en el tiempo (a fin de mes cobraré mi sueldo, mi pareja seguirá conmigo el año que viene, mis hijos crecerán sanos y fuertes, estaré vivo mañana, etc.), y también con las que tenemos por creencias, como la existencia o no de dios, la justicia de un sistema político-económico

rialista que, frecuentemente, queda presa en las redes concupiscentes de su pensador, entendida la concupiscencia como apetito compulsivo por lo mundano.

Una cosa es la "materia" y otra muy distinta su percepción. Los materialistas clásicos han limitado el concepto de materia a la concreta perceptible y a ella siguen aferrados los modernos, omitiendo incorporar los datos aportados por la Física contemporánea. La materia concreta es mera apariencia de materia, un fenómeno de resistencia al tacto generado por un nivel de organización de la energía[25] o, lo que es lo mismo, la materia concreta es tal porque es perceptible, pasible de ser registrada por el tacto. O sea que lo concreto es sensación[26].

Cae así uno de los dos grandes mitos filosóficos: la Materia, fenomenológicamente reducida a sensación. En cuanto a la Idea, su existencia no se verifica con independencia de la experiencia humana, de modo que forma parte del sistema de imagen que constituye nuestra esencia –función-[27] y así, las ideas que fundaron las dos líneas históricamente antitéticas en Filosofía, Idea y Materia son, en su existencia verificable, dos fenómenos de conciencia que sirven a la organización de nuestra visión del mundo.

Podemos reducir los componentes de nuestra actividad psicológica, a imágenes y sensaciones[28]: las imágenes aparecen como etéreas, sin peso, inmateriales, pero con brillo[29], mientras que las sensaciones aparecen como concretas, se sienten, con más o menos peso, pero opacas, no se "ven". Y podemos, en un análisis último, llegar a la conclusión de que lo que existe es un elemento mínimo imagen/sensación, a veces más formalizado y "visualizable", otras menos, más "sensible".

Más adecuadamente, tendríamos que hablar de una materia que tiene ese doble comportamiento de imagen y sensación y se presenta como un continuo delimitado por el cuerpo, cuyos límites coinciden aproximadamente con los de él y que, según sea la zona de estimulación corporal, produce distintas manifestaciones localizadas, con lo que parecería que las sensaciones están separadas, cuando en realidad la sensibilidad es un continuo delimitado por el mundo, por la materia más densa que percibe por fuera de sí.

Y, por otro lado, la sensibilidad se encuentra en permanente movimiento interno, estimulada por impulsos que le llegan desde los límites del cuerpo a través de los sentidos externos, y desde dentro de él (por sentidos internos), cuyo origen será muchas veces el intracuerpo, pero otras, no puedo pensar en adjudicarlos a otra cosa que no sea esa conexión con el Universo, a través de los campos incluidos en él: galácticos, solares, planetarios.

Por derivación lógica, entonces, si todo es energía y ésta se organiza en campos, cada ser humano es un campo energético. Ese campo tendría su manifestación en el cuerpo y estaría estructurado por la memoria, y así, estaría conectado con el mundo perceptible por un lado y, por otro, con el imperceptible.

Ese campo tiene un principio de unidad en la memoria corporal[30] y, si es el soporte energético de la conciencia, dado que ésta puede ampliarse estructurando una nueva visión más amplia y profunda (en el sentido de abarcativa de sí misma), es posible afirmar que ese campo la acompaña en su evolución alcanzando nuevos niveles de cohesión que se corresponden con nuevos niveles de ideación, siguiendo como hilo conductor la estructura mínima imagen/sensación.

La acción de estos campos humanos singulares en el mundo manifestado tiene sus peculiaridades que los diferencian, pero también elementos comunes que son incorporados mediante la socialización, generando comportamientos comunes que, ya hemos anotado antes, con la repetición van configurando la idea de regularidad que permite adivinar una suerte de campo común que configura una imagen de la Humanidad como sujeto de la Historia. Esas regularidades pueden ser advertidas en los ciclos de desarrollo y caída de las civilizaciones, en las formas de organización social y otras pautas que se repiten entre pueblos sin conexión geográfica conocida.

---

[25] "Lo que se siente sólido en la tabla de una mesa es que los campos electromagnéticos establecidos por los átomos en la tabla repelen campos similares en su puño." Timothy Ferris, "The Whole She-bang", p. 108, Simon & Schuster, 1997

[26] Me refiero exclusivamente al tacto porque éste nos da la contundencia de lo concreto. Por supuesto que lo material se manifiesta también a través de los otros sentidos externos. Estos son, además, especializaciones evolutivas del tacto primigenio.

21 La etérea y abstracta "esencia", tan aparentemente inasible corresponde a una función: lo que es, funciona, lo que define el ser de algo, es la función que cumple para un nivel superior de ser. Así la función de lo humano, lo es de la Vida. Y ésta, del Universo.

[28] La conciencia es básicamente imaginante. Al coordinar la traducción de impulsos provenientes de sentidos, memoria y de sí misma, conciencia genera imágenes, entendiendo la imagen como "imago", réplica de la fuente de estimulación que genera los impulsos traducidos. Esa imagen traduce sensaciones o percepciones, por lo que directa o indirectamente, resulta del trabajo de sentidos y eso hace la diferencia entre las imágenes, ya que las hay visuales, auditivas, olfativas, gustativas y tactiles, y también de sentidos internos. (cfr. las voces correspondientes en el vocabulario de Autoliberación, Luis Ammann).

[29] El brillo de una imagen es lo que le da nitidez, definición, y luminosidad, a sus contenidos.

[30] Esta "memoria" o "plan del cuerpo" no es nada abstracto, es la información genética.

La conciencia: el telar de la realidad universal[31]

Si tomamos la Vida como un proceso generador de campos y la Humanidad como su campo más avanzado, lo que se encuentra en juego en este punto es la Conciencia, mecánicamente lanzada hacia lo externo, prendida al mundo en su transformación, pero, en esa dirección espontánea hacia lo externo, inadvertida de sí misma, por tanto, actúa como una suerte de cinta transportadora, como un canal por el que se vierte hacia el exterior la energía que proviene desde el interior[32] generando y regenerando esa superficie de contacto que llamamos mundo.

Esa conciencia esclava está determinada por el medio que la rodea y sus condiciones internas, en un nivel de reflejo especular, esto es, está ocupada en replicar al medio y responder a sus estímulos, en adaptarse a él para sobrevivir y transformarlo en función de esta necesidad. En suma, condicionada por el cuerpo y las condiciones del medio.

Pero en esa fricción entre el cuerpo y el medio se produce el caer en cuenta la conciencia de sí misma, que puede ir consolidándose como una progresiva conciencia de sí que, en primer lugar determina el trabajo de la conciencia en el nivel de vigilia[33], limpiando el camino para nuevos pasos de desarrollo.

Hoy rondamos evolutivamente el umbral de la autoconciencia que permita a lo humano consolidarse en el mundo como tal, desplegando su potencial, aún dormido.

La conciencia trabaja "tracción a imagen", esto es, permanentemente está configurando imágenes a partir de los impulsos que recibe del medio externo y del interno. Esa re-presentación del medio mueve la respuesta, activa el circuito para que dé la respuesta que corresponda (o no, eso depende). Pero si, en términos generales, el estímulo genera tensión interna, se dispara una respuesta que produce una descarga de esa tensión, aliviando el medio interno.

En un circuito más complejo, puede introducirse un momento intermedio en el que "en pantalla" el sujeto considera qué modificaciones puede introducir en su medio. Esas imágenes configuran una réplica del medio con un "plus", su posibilidad de cambio, y en un momento tres "decide" ponerse en acción para concretarlas.

Todo esto implica energía que se dispara hacia el medio externo como acción y que se aplica sobre él bajo un diseño persiguiendo, incluso, una forma a imprimir en la organización del medio.

Así, la conciencia va organizando el mundo que la rodea. Es como si fuera una aguja que tiene enhebrado un hilo invisible, energético, con el que va tejiendo la trama organizativa de su entorno de una manera concreta o imperceptible, según sea el nivel sobre el que se aplique: material o humano.

Las imágenes se organizan en paisajes que constituyen la visión del sujeto y proveen la estructura básica de creencias que lo orientan en el mundo**. Pero siempre está tejiendo, aún cuando sea en repetición eterna de lo mismo, lo que llamamos rutina**[34]**.**

Hay un mecanismo mínimo que funciona a cada momento en cada conciencia humana: constantemente disparamos nuestras intenciones, más o menos estables, más o menos constantes, más o menos precisas las imágenes que las orientan, pero constantemente estamos tendidos hacia el medio, pensando acerca de lo que nos rodea, sintiendo, queriendo, lanzando intenciones.

Ahora ampliemos la lente: cada ser humano es una conciencia que teje la trama de la realidad. Pero lo hace con otras conciencias que lo rodean. Y todas esas conciencias, como todas las que se extienden a lo largo de la faz del planeta, están tejiendo la trama de la realidad.

---

[31] La alegoría del telar la tomo de la comparación que Sir Charles Sherrington hace del cerebro con un telar mágico (citado por Robert Jastrow en el Prefacio de "El telar mágico", Bibl. Cient. Salvat, texto que es un paradigma del reduccionismo).

[32] No se trata aquí de teorías esotéricas sino que, por un lado, está la energía generada vegetativamente por el cuerpo, pero hay que tener en cuenta que a todo nuestro rededor y a través nuestro, hay energía irradiada por el Sol, cuya manifestación más concreta es el viento solar. Aunque seguramente las nociones del maná, del prana o el ki, tendrán que ver con esas realidades "ocultas" que la Física nos devela.

[33] La conciencia despliega su trabajo en distintos niveles: sueño, semisueño y vigilia, que se diferencian por la menor o mayor conexión con el mundo externo y la menor o mayor disponibilidad para las operaciones racionales (cfr. Autoliberación, L. Ammann, Vocabulario, Conciencia, niveles de), por lo que se postula que puede haber niveles más altos de trabajo que los conocidos habitualmente .

[34] Después del impulso inicial el Universo continuó en un movimiento constante, a una determinada velocidad, y también genera fenómenos de interacción compensada que permite la estabilidad de las formas manifestadas. En términos generales, esta es la inercia de la materia. Podemos considerar que la rutina humana es proporcionalmente lo mismo que la dinámica inercial, que es una actividad de conservación que perdió el impulso de cambio necesario para romper el equilibrio estable.

Y todas esas conciencias, en su fricción con el medio van produciendo una caída en cuenta que, a veces, se va consolidando, otras se pierde, modificando el estado de organización interno de ese campo que soporta energéticamente a la conciencia, concentrándolo cada vez más o dispersándolo.

Si la línea evolutiva de progreso es hacia la autoorganización, se puede proyectar como paso siguiente la consolidación interna de esa autoorganización y la conciencia de sí, la conciencia de ser conciencia, de ser algo distinto de este cuerpo con el que estamos esencialmente imbricados, entendiendo lo esencial como funcional.

La Humanidad es el conjunto de miles de millones de conciencias que tejen, generando una nueva trama en el Universo manifestado una nueva trama**, un nuevo nivel de organización ¿también de la materia-energía? Aún no tenemos evidencias.**

Al tejer, esas conciencias topan con el medio, su labor permanente es elaborar mejores imágenesmás precisas y adecuadas- del medio y tomar progresivamente conciencia de sí. Lo primero en una función de adaptación al medio, lo segundo en una función de adaptación a sí mismas, porque en esta tarea de tejer los sujetos no gozan adecuadamente, se frustran por errar la elección de sus metas, por errar sus respuestas, por no alcanzar las metas. Y sufren y creen que el mundo los va a redimir del sufrimiento en esa atadura de la conciencia a lo externo. Es la expectativa de que un objeto tras otro, cosas o personas, traiga la felicidad. Es la búsqueda del éxito que no es otra cosa que la salida[35] de la situación sufriente y, cuando se consigue externamente, sin resolución del conflicto interno, es provisoria porque la inercia lo actualiza internamente empujando al sujeto a la fuga, a perderse en el olvido de sí mismo a través de lo que sea, mediante la adicción, no sólo a las drogas o el alcohol, sino a cualquier cosa que lo alivie internamente mediante fuertes descargas o disipaciones de energía.

De modo que el reto de la Conciencia actualmente es la adaptación interna, **vistos los logros tecnológicos que hemos alcanzado,** y la adaptación social en función de esa adaptación interna.

Cotidianamente, y en relación al medio externo, esos campos energéticos singulares que somos los humanos, se encierran en su actividad con las cosas mientras sueñan con sus semejantes. Se ocupan de las cosas y, mientras tanto, sueñan cómo la felicidad les va a llegar de la mano de algún humano, o cómo la perdieron a manos de algún humano y "ya lo va a pagar", hasta que se abra de nuevo a la esperanza de que algún humano la vuelva a traer. O desesperanzados, ya no esperan de otros la felicidad, pero los buscan para ser reconocidos, estar acompañados, etc.

Si bien los humanos dicen dedicarse a las cosas, en realidad están ocupados con sus semejantes, todos y cada uno de nuestros actos tienen como blanco de nuestras consideraciones, de nuestro deseo, de nuestros sentimientos más reservados, a algún otro ser humano.

Y, sin embargo, nada más retaceado que la relación humana, abierta, franca, plenamente humana. Hemos constituido un paisaje humano que nos empuja cada vez más fuertemente los unos hacia los otros, y no hemos podido hacer otra cosa que convertirlo en el choque de unos contra otros y, pese al aparente fracaso, no cejamos en esperar que suceda lo contrario.

Porque secretamente sabemos que nuestro destino es tejer la trama de lo humano, sumarnos como chispas al fuego sagrado de la Humanidad.

En función de esa necesidad se comprende la actualidad de la Ética, no como regulación externa de la conducta sino necesariamente como una Estética, como una modulación de la conducta en función de la sensibilidad, y de la misma sensibilidad para poder adaptar la conducta, que opere una modulación necesaria de la existencia para poder lograr la meta evolutiva de una progresiva autoconciencia y el mítico fruto prometido a la Humanidad desde tiempos remotos: la Felicidad.

El reconocimiento de lo humano

Alegóricamente, podemos "ver" el proceso vital como si fuera un haz luminoso-energético que parte del big-bang (para el Universo conocido), y recorre –constituyéndola- la entraña de la Materia hasta hacerse evidente para una Conciencia que surge como observadora universal y configura con su mirada, el "afuera" de la Materia.

A partir de esa visión, la Humanidad es la formalización de esa energía que surge a borbotones a través de sus miembros, modulada por la sociedad que es, básicamente desde este punto de vista, normas que establecen el módulo personal mediante la imagen que de sí mismo se configura cada uno y cifra en sí los códigos de comportamiento, sintetizados en el emplazamiento en el mundo.

[35] Del latín, exitus: participio pasivo de exire, ir desde, salir.

Intentemos ver este esquema lineal como en el pizarrón: el Universo se desarrolla en el tiempo como un adentro que va organizando la materia progresivamente, complejificándola hasta generar la posibilidad de verse desde afuera: la sensibilidad que se manifiesta con los inicios de la Vida y, con la fricción tempoespacial, deviene en lo humano conciencia de lo posible primero, y luego, de sí misma.

En un esquema plano es como una correntada energética que desde un momento cero construye una interioridad cada vez más compleja que, finalmente, logra volver sobre sí misma, bien que mutando sus formas de manifestación para ello, logrando "salir" a una "superficie" que en la dimensión conocida, se concreta en nuestro planeta.

Allí transcurre la zona de fricción donde la energía circula "hacia fuera" generando la "realidad" para la Conciencia que la observa.

Podemos imaginar que nuestro planeta tiene una suerte de reverberación o corola como la que se produce en el Sol, y que es el "campo" resultante de la bullente Humanidad, una peculiar burbuja-paisaje dentro de la cual transcurre esa mirada, se constituye y despliega lo cultural, la actividad de cultivo del tiempo que llevan a cabo los hombres, cuya manifestación más evidente es "lo social", que sólo existe a los ojos de quienes participan de ella y ejercen esa "mirada".

Nuestras "instituciones" no existen para las estrellas ni para las hormigas que transcurren indiferentes a esa "realidad"; y aún también para quienes no comparten los códigos que cifra el idioma y fundan la realidad. De modo que lo social sólo existe para quien participa de las pautas que lo estructuran.

Y esas pautas son el módulo de la energía que "emerge" a través de cada uno en la zona de fricción, formalizando, regulando los comportamientos personales, modulando el flujo energético que constituye cada existencia.

Esas pautas son las normas habitualmente conocidas como morales y su vigencia depende de la adecuación a las necesidades que el flujo energético plantea para el desarrollo de un ámbito propicio para la continuación del proceso vital.

Cuando las condiciones generadas por el módulo ya no son útiles, el flujo las desborda, buscando nuevas, o nuevos canales por donde verterse y continuar con la organización de la nueva trama del Universo.

Ese módulo se sintetiza en la imagen que cada uno tiene de sí mismo, que es un código de frenos y permisos para el despliegue de conductas, tradicionalmente denominado *"el yo"*, construcción por cierto peculiar y característica de nuestra especie, que sirve para la regulación y el intercambio social, pero puede también operar de freno al desarrollo de la Vida, en tanto *se constituye como un fenómeno de superficie por su función relacional, opacando la visión de lo interno, donde habitan los modelos de posibles desarrollos para la Vida y, esencialmente, su Fuerza.*

El juego especular que resulta ser lo interpersonal se ve determinado por esta curiosa "entidad" y funda la vigencia universal y permanente del principio de comportamiento conocido como "la Regla de Oro", que el Nuevo Humanismo formula como "Trata a los demás como quieres que te traten".

Mediante su aplicación se pone en crisis la dinámica inercial que impone la imagen de sí, que vuelve todo a la estabilidad mediante el control, exponiendo al sujeto a la inestabilidad y situándolo en el ámbito propio de la Vida, instalando al mismo tiempo una garantía para su preservación, por cuanto al reconocer en el Otro un otro-como-yo, en términos de lo expuesto significa que una manifestación del Adentro universal reconoce que otra manifestación distinta de sí misma, también configura ese Adentro del que proviene la Vida.

Octubre 1997-junio 1998

El emplazamiento humano en el mundo

Introducción: la cuestión del emplazamiento

La sabiduría popular formula máximas sobre la vida, refiriéndose a ella como camino (uno puede "estar bien o mal encaminado", tener "tropiezos", dar buenos o malos "pasos", "perder el rumbo", etc.), asignándole importancia al lugar que uno ocupa ("hay que hacerse una posición en el mundo", "encontrar su lugar en la vida", "ubicarse", de modo que uno no se sienta "perdido").

Pero, claro, uno recibe esas "instrucciones" desde la más supina ignorancia de sus primeros años de formación y configura los paisajes correspondientes con la exigua experiencia que tiene y la, todavía virgen, capacidad intelectual con que cuenta.

Consecuentemente, uno forma una especie de mapa, que tiene valor sólo para uno aunque los hitos que señala sean comunes, y raras veces coincide con lo que entendemos por "realidad". Nos enseñan a orientarnos en el mundo por señales externas, como en las rutas, munidos de esos "mapas" que no tienen una lectura unívoca, a diferencia de las señales ruteras.

En base a la doctrina y la psicología formuladas por Silo, apunto a ofrecer una síntesis que permita valerse de referencias concretas respecto de nuestra situación en el mundo, contemplando la necesidad de incorporar conceptos que permitan pensarnos y pensar nuestro mundo en términos de sentido y temporalidad, favoreciendo una conceptualización que sirva a nuestro desarrollo en libertad.

Lo humano es, esencialmente, intención y libertad[1], que es lo que tendemos a desarrollar, y la dimensión que le es propia es la temporalidad, frente a la espacialidad que prima en la matriz objetivista[2], que estructura la visión del mundo que normalmente opera en nuestra vida cotidiana.

En particular, la cuestión del emplazamiento se ha convertido en un desarrollo más del concepto de "ponerse-antes" que "está en la raíz del hacer"[3], esto es, que antes de hacer uno está "puesto en situación" de hacer. Esto se deduce a partir de la noción de pro-yecto, ya que el "estar arrojado" en el mundo es el momento dos del acto de "arrojar", que implica en su momento uno no sólo el acto de lanzar sino también el anticiparse al momento posterior al lanzamiento, o sea, atender a dónde va a caer lo lanzado que es lo que determina cómo se ha de lanzar, ya que es el objetivo que se persigue con esa acción.

Desde este punto de vista, emplazarse vitalmente es posicionarse frente a lo que a uno lo rodea, pero principalmente es apuntar, buscando orientar el movimiento de un proyectil que ya está lanzado: uno mismo.

Buenos Aires, junio 29/1990-julio 28/1998

I. El emplazamiento espontáneo: ¿dónde pongo el cuerpo?

Literalmente, emplazamiento es "estar en-plaza"; estar, no en un lugar físico, sino en una situación. Partiendo de la noción de la conciencia como modo global de estar en el mundo[4], me hago cuestión del emplazamiento como el modo[5] de estar en una situación determinada.

Sabemos que es deseable alcanzar una cierta coherencia en el desarrollo de nuestras situaciones[6], si buscamos un desarrollo equilibrado en lo personal, y es dentro de ese marco donde ubicamos la cuestión que nos ocupa.

Para avanzar en alguna dirección, lo primero es saber dónde se está parado. En la maraña de nuestros intereses, deseos y propuestas de buena voluntad suele no quedar muy claro cuál es nuestro emplazamiento básico, cuáles son nuestros primarios cotidianos y, por tanto, cuáles pueden ser a futuro, de acuerdo a un simple cálculo de probabilidad inercial.

Son nuestros intereses los que nos guían[7], pero nuestra capacidad de justificación suele ocultarnos verdades que resultan evidentes para la mirada de otro. Sabemos que nos manejamos mecánicamente entre los condi-

---

[1] Silo, "Acerca de lo humano" en "Habla Silo", "Cartas a mis amigos", Carta IV.

[2] Llamo "objetivismo" a la concepción predominante principalmente en la concepción occidental del mundo que, en este punto,, comienza con Aristóteles: es el primado del objeto sobre el sujeto, de lo externo sobre lo interno, de lo real sobre lo irreal. Real es lo externo, lo que vemos afuera, lo dado que se presenta con una característica de materialidad que se impone sobre lo subjetivo (inmaterial) y que pone las condiciones a las que debe someterse el sujeto en el desarrollo de su acción. El mundo es como es y no es posible transformarlo radicalmente, premisa tomada de las llamadas ciencias duras y sus conclusiones sobre los fenómenos materiales, que son traspoladas a lo social de modo ilegítimo, generando premisas de legitimación de un sistema socio-económico antihumano.

[3] Silo, "Discusiones Historiológicas" III, 1 en "Contribuciones al Pensamiento", p. 110 y 111.

[4] Silo, Sicología de la Imagen, en "Contribuciones...", p. 46: "...no hay conciencia sino de algo, y que ese algo se refiere a un tipo de mundo...", p. 47: "...esa conciencia es un modo global de estar en el mundo y un comportamiento global frente al mundo".

[5] El resaltado de algunas palabras o frases lo hice para destacar algunos conceptos y facilitar la lectura rápida de los conceptos centrales, pero también vinculé palabras separadas de modo que se establece una suerte de hipertexto ya que, a veces, dice algo más que lo dicho en el texto.

[6] Silo, Cartas a mis amigos, Carta III, pgfo. 10:"¿a qué dirección podemos aspirar? Sin duda a la que nos proporcione coherencia y apoyo en un medio tan cambiante e imprevisible. Pensar, sentir y actuar en la misma dirección es una propuesta de coherencia en la vida." Cfr. en especial, pgfo. 6

cionamientos del medio y de nuestros intereses. Como éstos suelen resultar confusos, lo mejor es atender al medio, a lo que nos rodea.

Para poder aprehender el emplazamiento tendremos que apelar a los registros que tenemos de él y, para ello, tenemos que tomar algún punto de referencia que nos brinde siempre un indicador claro y distinto. Si abordamos el fenómeno por sus manifestaciones más evidentes, podemos comenzar por el sentido literal de la palabra: el estar en un lugar físico.

El cuerpo es el mejor indicador para conocer dónde estamos ubicados[8], cómo nos emplazamos en el mundo, hacia dónde vamos.

El cuerpo siempre está en un lugar; como todo objeto material, ocupa un lugar en el espacio externo, está entre otros objetos[9].

De modo que, si quiero saber dónde está mi cuerpo, atiendo a lo que está afuera, no a éste. Son las cosas que rodean mi cuerpo las que me van a decir dónde está ubicado: a la derecha de la ventana y a la izquierda del escritorio, frente a la pared, de espaldas a la puerta vidriera, en el extremo izquierdo de la habitación. Si miro mi brazo, mis pies o mi ombligo, no podré saber dónde está mi cuerpo.

Y será la situación[10] en la que esté mi cuerpo, la que me esté emplazando.

Por tanto, es en el mundo donde voy a encontrar la respuesta a mi necesidad de saber dónde estoy parado.

Este emplazamiento dado espontáneamente, dado que mi cuerpo es materia, como los objetos que me rodean, es la primera referencia que puedo tomar para conocer mi emplazamiento vital.

Entonces, la situación externa será la que me dé referencia de dónde estoy emplazado, y así podré saber qué imágenes me orientan, cuál es la intención que efectivamente estoy poniendo en práctica.

Elementalmente, entonces, sabiendo dónde pongo el cuerpo puedo conocer los intereses que me guían efectivamente, porque éste me dará señales inconfundibles de la dirección que aquéllos imprimen a mi vida.

Además, mi cuerpo se desplaza por el mundo[11], recorre situaciones repetidamente, de tal modo que se configuran circuitos que constituyen, para uno, el mundo.

Mi cuerpo recorre distintas situaciones, se emplaza en ellas. Y, en proceso, si quiero saber dónde estoy emplazado vitalmente, tendré que atender a los distintos paisajes que ofrecen mis situaciones vitales[12].

Al cuerpo lo mueven las imágenes[13]; son éstas las que determinan nuestros movimientos, así que, si quiero saber qué pasa conmigo, tengo que atender al cuerpo. En sus emplazamientos encuentro una referencia clara de las imágenes que orientan mi acción y, en general, de la dirección que lleva mi vida.

Vivencialmente, es el paisaje el que emplaza al cuerpo. Las situaciones que vivimos, producen sensaciones en el cuerpo. Hay situaciones que nos atraen y otras que nos producen rechazo. Ambas se destacan sensiblemente, ya que nos encadenan.

---

[7] Silo, La Mirada Interna, cap. III, pto. 7: "Me muevo según mis intereses...".

[8] Diccionario del Nuevo Humanismo, "ser humano": "La referencia del ser humano en situación es el propio cuerpo."; Silo, Sic. de la Imagen, Contribuciones... p.77: "Este modo de estar la conciencia en el mundo es básicamente un modo de acción en perspectiva cuya referencia espacial inmediata es el propio cuerpo, no ya el intracuerpo"; y en Discusiones Historiológicas, cap. , Contribuciones... , p. 123: "...la referencia en situación es el propio cuerpo".

[9] Lo que se lee es propio de Perogrullo y así es, parto desde las nociones más elementales, perceptuales, que tenemos, para ir repasando e integrando conceptos que sirvan de base a otros más abstractos.

[10] El término situación lo aplico como especificación de "circunstancia" que, en el sentido de Ortega y Gasset, es más genérico,: "El hombre...se encuentra rodeado de lo que no es él, se encuentra en un contorno, en una circun-stancia, en un paisaje" (Unas Lecciones de Metafísica, Alianza Ed. lecc. IV, p. 79). Situación no es sólo lo que me rodea, sino lo que me sitúa, determina (Dicc. Real Academia).

[11] Obviamente, mi cuerpo no se mueve autónomamente, sin mí. Al referirme al cuerpo como separado de mí lo hago para reforzar su mecanicidad y destacar la importancia que tiene como referencia en el mundo, que suele pasar desapercibida. Quiero decir que debemos tener en cuenta al cuerpo, no obviarlo de modo alguno.

[12] He aquí una de las dificultades básicas en la conceptualización sobre la existencia: situación y paisaje coinciden en cuanto son términos que refieren a la misma base material, al mismo conjunto de elementos concretos entre los que "encuentro a mi cuerpo", pero yo nunca percibo la situación sino el paisaje que configura mi mirada en base a ella. (Silo, Discusiones..., c. III, 2, en "Contribuciones...", p. 115: "...cuando hablamos de "paisaje" nos estamos refiriendo a situaciones que siempre implican hechos ponderados por la "mirada" del observador.") Cada término designa la misma "realidad" desde distinto punto de vista: "situación" como supuesta objetividad, paisaje como lo que verifico en mi vivencia, como término que expresa la visión subjetiva de lo que me rodea.. Como no puedo ver mi cuerpo ni mi situación "objetivamente", desde afuera, ambos quedan relacionados en el mismo plano o escorzo que fija el punto de vista "objetivista"; en cambio "paisaje" se relaciona directamente con "yo", con lo que vivo, y en esa relación mi cuerpo es un dato copresente, más interno que externo.

[13] "...son las imágenes las que imprimen actividad al cuerpo..." Silo, "Pensamiento y obra literaria" en "Habla Silo", también en Contribuciones..., Aproximaciones..., 1. Ideas Generales, p. 8, y en Sic. de la Imagen, cap. II, 5.

También las hay que nos producen indiferencia y por eso, no nos parecen relevantes, lo cual no quiere decir que no lo sean[14].

En cambio, aquéllas que nos producen fuertes sensaciones, claramente diferenciadas, nos emplazan, "llaman" al cuerpo.

Así, las situaciones son matrices de sensaciones corporales, son ámbitos de estimulación para el cuerpo y, en tanto la conciencia que porta ese cuerpo se alimenta de impresiones[15], las situaciones son fuentes de nutrición para la conciencia.

La conciencia, a su vez, se manifiesta a través de la mirada[16] que orienta al cuerpo en el mundo en su búsqueda de nutrientes.

En este camino que recorro reiteradamente en el espacio, sin volver atrás en el tiempo, lo constante es que ante mi mirada siempre hay un paisaje[17] y en él, un horizonte[18]. No importa lo repetido de los contenidos del paisaje o su variación, lo cierto es que mi mirada siempre encuentra un paisaje en cada momento. Y un horizonte que lo enmarca.

II. El emplazamiento social: la imposición del paisaje

El cuerpo se mueve en el mundo orientado por la mirada.

La mirada espontánea ha sido formada en el mirar. Toda nuestra experiencia, tanto externa como interna, queda grabada en imágenes que constituyen un paisaje[19] y estructuran nuestra conducta.

Esas imágenes se graban en el intercambio con los otros seres humanos. Ya sea mediante la sutileza del afecto o la fuerza bruta, vamos aprendiendo el código de valores de nuestro medio: lo bueno y lo malo, lo lindo y lo feo, lo deseable y lo asqueroso, lo que se debe ser y lo que no. En suma, aprendemos a discriminar; asimilamos respuestas condicionadas de adhesión y rechazo que se traducen en tensiones crónicas que construyen nuestra postura corporal. Aprendemos de un modo objetivado, cosificante, dónde debemos poner el cuerpo y dónde no. Aprendemos a vivir nuestro cuerpo desde afuera y a gobernarlo según moldes externos, como si fuera una cosa manipulable.

Aprendemos a adormecer *nuestras sensaciones*, que *son la fuente del goce vital*, las que nos pueden dar cuenta de la actividad que necesitamos desarrollar, y así generamos un estado de anestesia que nos va cercando vivencialmente, porque el bloqueo de sensaciones nos priva de la información vital.

Sabemos que uno nace en una situación que está dada y, por eso, se impone[20]. Si bien después de esa imposición situacional hacemos ejercicio de nuestra facultad de elegir, ese emplazamiento mecánico inicial que la situación opera sobre el cuerpo, queda fijado como una matriz que nos hace vivir como si estuviéramos a merced del paisaje, como si no tuviéramos posibilidad de elegir y las circunstancias se nos impusieran más allá de nuestra voluntad o capacidad.

---

[14] Las imágenes que nos dejan indiferentes son importantes en el autoconocimiento, porque estudiándolas, sus contenidos nos pueden dar pautas para orientar nuestra investigación, pero a los fines del emplazamiento son neutras, no tienen relevancia operativa inmediata.

[15] Utilizo el término en el sentido en que lo usa Platón (cfr. Timeo), específicamente como lo que el llama "impresiones acompañadas de sensación", o sea, estímulos sensoriales que "dejan su huella" en la conciencia pero que, principalmente, excitan su actividad y, con ella, provocan su desarrollo.

[16] Silo, Sic. de la Imagen, cap. II, 5,nota 11, p. 62: "Usamos la palabra "mirada" con un significado más extenso que el referido a lo visual. Tal vez, más correcto sería hablar de "punto de observación". Aclarado esto, cuando decimos "mirada" podemos referirnos a un registro de observación no visual pero que da cuenta de una representación (kinestésica, por ejemplo).";El Paisaje Humano (en Humanizar la Tierra), cap. 1, 5: "Estas "miradas" son actos complejos y activos, organizadores de "paisajes", y no simples y pasivos actos de recepción de información externa (datos que llegan a mis sentidos externos) o interna (sensaciones del propio cuerpo, recuerdos y percepciones)."

[17] Silo, El Paisaje Interno, (en Humanizar la Tierra) cap. I, N°5: "...,por la complejidad del percibir, cuando hablo de realidad externa o interna prefiero hacerlo usando el vocablo "paisaje" en lugar de "objeto". Y con ello doy por entendido que menciono bloques, estructuras y no la individualidad aislada y abstracta de un objeto."; cfr. Sic. de la Imagen, III, 4, p. 76 y Discusiones Histor. III, 2.

[18] Psic. Imagen, cap. III, N°4, p. 76: "...la noción de "escena" en que se dan las imágenes, corresponde aproximadamente a la idea de región, limitada por un horizonte, propio del sistema de representación actuante"; cfr. Discusiones Histor. III, 2.

[19] El paisaje externo y el paisaje interno constituyen un único paisaje correlativo de la mirada con la que se integra en estructura. Silo, El Paisaje Interno, cap. V, 5: "Estos paisajes son uno y constituyen nuestra indisoluble visión de la realidad".

[20] " Yo no me he dado la vida, sino, al revés, me encuentro en ella sin quererlo, sin que se me haya consultado previamente ni se me haya pedido la venia." (Ortega, op. cit., Lecc. III, p. 73, cfr. Lecc. IV.)"Nacemos entre condiciones que no hemos elegido." (Silo, Cartas ..., Carta V, 3).

El mismo hecho del paisaje, con toda su variedad "ofrecida" para nuestra elección, nos es impuesto en tanto no nos es dado elegir otro, porque nuestra mirada está condicionada de modo tal que está ciega a otras posibilidades. La misma estructura del mirar, los valores que condicionan la mirada, nos han sido impuestos. Pero aún frente a esa situación, uno elige, por lo menos, aceptar o rechazar. Cuando esa imposición hace crisis se produce la fuga a través de las distintas formas de adicción (en tanto dependencia de todo estímulo que se erija en eje soberano de mi comportamiento), la locura o el suicidio.

Las primeras respuestas a esta imposición social del paisaje son corporales, a través de distintas descargas o somatizaciones, desde el berrinche infantil hasta las enfermedades más frecuentes que "nos sacan de circulación", nos alejan vivencialmente de nuestras situaciones vitales, como los resfríos o las gripes.

Es el cuerpo el que da señales claras de incomodidad o disgusto, que poco a poco vamos desatendiendo y doblegando mediante la saturación con sensaciones densas a través de los excesos (comida, alcohol, sexo) o las drogas; o psicológicamente, a través de la televisión, el trabajo excesivo, etc. A través de la permanencia del estímulo, las adicciones nos sumen en una suerte de hipnosis vigílica y producen una suerte de anestesia corporal por bloqueo de las sensaciones de hipertensión que, por permanentes se convierten en una señal constante que se desconecta, ya que perturba..

Ese es el resultado que generalmente se obtiene cuando, al seguir una de las ideas-fuerza más repetidas respecto de la vida, uno "consigue una posición", un emplazamiento socialmente reconocido que es impuesto justamente a través de ese mismo reconocimiento.

La imposición del paisaje mediante la educación hace que uno se sienta atraído por esos emplazamientos que los demás reconocen como "importantes", uno es atraído por lo que dicen que se siente, sin atender a lo que el cuerpo siente al emplazarse.

Así, uno no ha elegido la situación vital en que se encuentra sino que le ha sido impuesta de modo manifiesto, o bien sutilmente, con el consentimiento o la complicidad de uno mismo, que aceptó esa variante o renunció a elegir otra.

Uno no ha elegido el paisaje que le toca vivir. ***Eso genera contradicción, que se manifiesta en la rebelión del cuerpo a través de las disfunciones y enfermedades o cuando la mirada anhela otro paisaje.*** *Entonces se enfrentan las fuerzas que impulsan a una acción coherente con la situación mientras otras la rechazan.* ***El cuerpo se convierte en el campo de batalla de fuerzas encontradas que se presentan como originarias del cuerpo, porque*** *toda fuerza se manifiesta en el cuerpo.*

Esas fuerzas encontradas generan ***en el cuerpo, como respuesta al paisaje conflictivo, tensiones excesivas y estados de ánimo negativos, cuyas sensaciones reconocemos como*** sufrimiento***. Así,*** *éste se constituye en una señal clara de la incoherencia de nuestra situación vital.*

III. El emplazamiento intencionado: la elección del paisaje

La contradicción que genera la imposición del paisaje puede resolverse a través de la elección del mismo, **desde el punto de vista que nos ocupa[21].** Un enfoque operativo sería abordar las tensiones y los estados de ánimo desde las técnicas explicitadas en Autoliberación (de Luis Ammann), pero ese enfoque también necesita de un emplazamiento vital para operar transformaciones profundas, que no podría resultar mecánicamente de la aplicación de las técnicas..

El ser humano se caracteriza por tener intenciones, por ser capaz de dirigir sus actos y elegir. Esto es posible gracias a la ampliación temporal que aportó la conciencia en términos evolutivos. La conciencia humana abrió la dimensión del futuro mediante la imaginación. Gracias a esa dimensión, el ser humano puede ensayar previamente lo que va a hacer, puede prever y, así, elegir.

Por tanto, nos interesa el emplazamiento intencionado, aquél que podemos generar mediante una elección previa.

La oposición entre el emplazamiento espontáneo y el que creemos "auténtico", entre el paisaje que se está viviendo y el que se querría vivir (ensoñado), se manifiesta por el simple rechazo de la situación vivida, lo que indica la ausencia de una elección profunda. Y ese rechazo nos hace sentir que no hacemos lo que queremos, que algo nos domina y nos hace ir contra nuestra voluntad.

[21] Un enfoque operativo sería abordar las tensiones y los estados de ánimo desde las técnicas explicitadas en Autoliberación (de Luis Ammann), pero ese enfoque también necesita de un emplazamiento vital para operar transformaciones profundas, que no podría resultar mecánicamente de la aplicación de las técnicas.

Esa contradicción deriva de una consideración de la situación que se hace internamente, es lo que pensamos sobre la situación en la situación misma, a partir de lo que sentimos en ella, esto es, teniendo a la situación por paisaje y horizonte, excluyente de todo otro paisaje, presentada como si fuera única por la fuerza de la imposición, que encuentra en nuestro sistema de tensiones crónicas[22] el aliado interno que nos hace sentir que eso es verdadero.

Esa exclusividad con que se vive el paisaje situacional eliminando el horizonte temporal de mi vida (los posibles cambios que seguramente se producirán en el futuro), me reduce a una esclavitud situacional que no permite el proceso de elección que posibilite obrar en otra dirección.

¿Qué hacer entonces?

Tengo que hacer lo que quiero. Pero para eso, necesito configurar una imagen clara y coherente de lo que quiero, y quererla con fuerza.

En nuestros quehaceres por el mundo, el desplazamiento del cuerpo está orientado por imágenes. Nuestra mirada no es un simple mirar, las imágenes que hemos grabado del mundo se superponen al paisaje externo, se integran con él en un solo paisaje.

Mediante el simple cerrar los ojos podemos ver la re-presentación del mundo en imágenes perceptuales retenidas. Luego aprehendemos el paisaje interno, y en él podemos modificar el paisaje externo, imaginarlo de otra manera, configurarlo como queremos.

Pero para elegir lo que queremos, para saber qué queremos, tenemos que atender al mundo, porque en él está la respuesta, la salida de la situación no querida y el emplazamiento querido. En el mundo están los materiales para nuestra construcción. Del mundo tomamos los elementos para la configuración del paisaje querido.

Esa imagen, una vez aclarada y querida con fuerza, orientará el cuerpo hacia su emplazamiento correcto.

IV. Paisaje y horizonte

Paisaje es lo que se ofrece a la mirada. *Espontáneamente, paisaje es lo que vemos al mirar.*

La mirada es lo que aprehende el mundo de un modo estructural, configurando el paisaje. El paisaje se da en la mirada y a cada mirada se aparece de un modo particular, porque cada mirada integra su paisaje interno, su peculiar carga valorativa, su particular modo de ver las cosas[23]. La mirada es lo que no vemos de esa estructura y constituye activamente lo que sí vemos: el paisaje.

El paisaje se extiende hasta donde llega la mirada: los límites están en la mirada, no en el paisaje. No sólo incide en esta limitación la capacidad del órgano sensorial, sino la posibilidad de reconocer, de imaginar. Porque el paisaje se ofrece hasta un límite, pero si nos subimos a un árbol, ese límite se amplía, y desde una colina, más aún. Por tanto, el límite del paisaje está en el punto de vista.

El horizonte es el límite del paisaje que se manifiesta en la mirada. Y ese horizonte está determinado por el punto de vista.

Tanto en el paisaje externo como en el interno, puedo emplazarme de dos maneras: en o ante el paisaje.

Cuando me emplazo "ante" el paisaje estoy en el umbral de la situación. ***Aún no me he incorporado a ella. Estoy como mirando una fiesta desde la entrada del salón: siento algo por la situación de un modo global, y se me borran sus detalles. Se me impone como estímulo la totalidad y pierdo de vista las particularidades.***

Este emplazamiento es determinante porque me encuentro frente al sistema de situación, frente a lo que la situación globalmente representa para mí y que, como tal, va a pasar a integrar el sistema de mi vida, o sea, la estructura total de las situaciones que vivo. *Y esa imagen situacional me produce una vivencia con la que debo contar para hacer mi elección.*

Cuando me emplazo "en" la situación, paso a formar parte de ella. ***Como al entrar en la fiesta, ya no veo toda la situación: hay gente que queda a mis espaldas, a los costados otros permanecen en copresencia y***

[22] Podemos diferenciar las tensiones situacionales de las permanentes o crónicas, o sea, que trascienden una situación para estar siempre presentes. Ver Autoliberación, L. Ammann, Prácticas de Catarsis, Lecc. 2.

[23] "...en la configuración de todo paisaje actúan copresentemente contenidos téticos, especies de creencias o relaciones entre creencias, que no pueden ser sostenidas racionalmente, y que acompañando a cada formulación y a cada acción constituyen la base sobre la que se asienta la vida humana en su desenvolvimiento.", Silo, Contribuciones..., p. 24. Lo "tético" es lo dado, lo externo,

se destacan aquéllos con los que hablo; éstos atrapan mis sensaciones y se desvanecen las que puedo llegar a sentir por los demás.

Pierdo la perspectiva de mis otras situaciones vitales porque ésta ya no es una más entre ellas con su sabor particular. Ahora desborda mis sentidos y bloquea las otras situaciones. Formo parte de este sistema particular y cambian mis relaciones con los otros sistemas situacionales que integran mi vida.

Aquí ya no puedo elegir libremente, la situación me condiciona, confundiéndome, ya que desde ella, la perspectiva de mi vida no varía y parece que todo es igual, pero en proceso, el derrotero de esa situación me va alejando de otras situaciones queridas y, consecuentemente, alterando el sistema mayor de mi situación vital.

Sobreviene, entonces, la sensación de que he perdido el rumbo, de que se ha trastocado mi sentido de vida. Es que no he elegido en su oportunidad y me incorporé a un sistema de situación que, por no guardar coherencia, en proceso, con los otros sistemas situacionales de mi vida, produce un desgarramiento interno y tensiones externas.

Mientras estoy *ante la situación mi mirada conserva la amplitud y la profundidad*, no se pierde entre los objetos que la componen. Cuando estoy *en la situación, mi mirada se acorta*, es succionada por los objetos que la rodean, sobre los que se focaliza.

El horizonte se mantiene claro **por la perspectiva cuando estoy** ante la situación**; en cambio,** se desdibuja o queda oculto **cuando estoy** en la situación.

Al andar un camino, el horizonte es la referencia permanente. Igual sucede con nuestra vida y con las situaciones por las cuales atravesamos. Tenemos que percibir el horizonte en relación con cada situación, para poder saber si va bien o no.

Cuando se anda, uno atiende al horizonte y va rectificando la marcha en función de los indicadores que percibe en él. Va corrigiendo el rumbo con referencia al horizonte, y éste va cambiando a medida que avanzamos, pero nunca deja de ser horizonte.

Así, el horizonte de nuestra vida, nuestras metas, nuestro sentido último, tendrá que ser accesible, para poder ponderar nuestro rumbo; de lo contrario, habrá que buscarlo**.**

El horizonte sirve de marco para encuadrar nuestras situaciones vitales y proporcionarlas en función de nuestros objetivos. Será útil, entonces, construir un ámbito interno de reflexión, una suerte de mirador desde el que podamos considerar el conjunto de nuestra situación de vida teniendo a la vista los objetivos fijados, de modo de proporcionar nuestras situaciones en función de ellos.

V. El emplazamiento es mental: los contenidos emplazan la conciencia

Des-plazarse es, de acuerdo al sentido literal, sacar de lugar. Es no estar en plaza, y por tanto, estar en tránsito, que es la única manera de no estar en algún lugar. Estos términos tienen una fuerte impronta de lo espacial, que es lo propio de la percepción externa, del mundo.

Desde este punto de vista externo, el emplazamiento es la sumisión a las condiciones externas, **el estar sujeto a estímulos situacionales.**

Pero el caso del desplazamiento nos ofrece algo distinto: cuando uno deja una situación y transita hacia otra suele ocurrir que uno vaya tomado por los pensamientos en torno de la situación que dejó o por las expectativas de la que ha de venir. Uno está ocupado mentalmente por una situación que no corresponde perceptualmente con lo que se da afuera. El cuerpo se desplaza en el mundo pero uno no. Uno está imaginariamente en otro lado. Vagamente percibimos el entorno y no moviliza respuestas; el comportamiento motriz se da maquinalmente, casi sin nuestra participación.

El cuerpo está en una situación de tránsito, por así decirlo, manejado por un piloto automático, mientras uno está en otra situación, imaginaria. Y allí está emplazada nuestra sensibilidad, estamos tomados por los sentimientos y emociones de esa situación que se desarrolla imaginariamente.

Pero también verificamos que, otras veces, estamos en una situación pero tomados mentalmente por otra. Ya no funcionamos con piloto automático, pero nuestra sensibilidad está interferida constantemente por imágenes de otra situación que nos ocupa y no nos permite conectar plenamente con la que transcurre en ese momento. Se da así un desencaje entre lo que sentimos y la situación que vivimos. Esto es, no permite que la conciencia esté suelta, disponible para lo que ocurre.

Las situaciones no se dejan porque uno deje el ámbito físico en que se dan. Uno se las lleva “puestas” y en este desencaje se evidencia que el emplazamiento es mental. Cuando el emplazamiento es definidamente imagi-

nario, esto es, uno no está en lo que está sucediendo afuera, atenta con quitarnos el piso, con dejarnos sin sustento a cada instante. Y ese sustento es la sensibilidad, que está tomada por la situación imaginaria.

Más acá de esta evidencia obtenida de las situaciones de desencaje, en tanto postulamos la primacía de las operaciones de conciencia por sobre la "realidad", el emplazamiento siempre es mental, aún cuando queramos reducirnos al punto de vista de la "situación presente"[24], externa, ateniéndonos a lo que percibimos.

Por tanto, el emplazamiento que nos interesa es interno y trata de las respuestas a los estímulos situacionales, de lo que nos sucede internamente por y pese a esos estímulos, pero, principalmente, de tener referencias de lo interno, para poder operar.

Así como la referencia de la situación externa la encontramos en el cuerpo al indicar dónde se busca, la situación externa nos remitirá a alguna imagen interna cuando sintamos el desencaje situacional entre el afuera y el adentro. Ante el desencaje con lo externo, resalta lo interno que no condice. Entonces, las imágenes internas me permitirán aclarar cuál es el paisaje que me está emplazando e interfiere con la situación en que estoy, cuáles son los contenidos internos que provocan una respuesta sufriente, retroalimentando estados negativos[25].

Además de esta función de orientación en el ordenamiento interno, las imágenes constelan nuestro paisaje orientando nuestro comportamiento, por lo que el emplazamiento interno resulta ser la configuración de las imágenes que ordenan nuestro mundo, punto de apoyo que sirve de base de lanzamiento para nuestra futura existencia.

VI. La cuestión del sentido

Pasamos nuestra vida, con mayor o menor variedad según el caso, yendo y viniendo de un lugar a otro. Podría creerse, entonces, que la vida es una cuestión de desplazamientos en el espacio, en un mundo reducido a un circuito de movimientos entre las situaciones que conforman la propia vida y pueden no guardar entre sí ninguna relación de coherencia, vistas desde afuera.

Ahora bien, ¿porqué me muevo? ¿qué es lo que tracciona mi comportamiento? Me muevo porque imagino las situaciones hacia las que quiero ir. Pero a veces me muevo con más o menos facilidad, con más o menos encaje, con más o menos ganas. Y esas variaciones, por lo general, se cargan en la cuenta de las situaciones, no del que las vive. Podemos sintetizar la actitud de justificación de nuestra impotencia o dificultad con la frase "el mundo me hace...". Es la situación la que pone el impedimento para mi intención (generalmente, mis meros deseos canalizados a través del ensueño) y así evado revisar mi habilidad para responder, mi responsabilidad. En eso se mezcla el sentimiento de culpa que se resuelve falsamente al adjudicar a lo externo la causa de los fallos del propio comportamiento.

Según este punto de vista, tenemos que lo interno depende de lo externo, pero desde el punto de vista opuesto, lo externo sólo es ocasión para la manifestación de lo interno**, pone la condición para su producción, o sea que lo externo no es causa determinante de mi comportamiento. Simplemente lo estimula y suele activar una presencia dormida en uno, poniendo en escena contenidos marginados de nuestra consideración vigílica que, por no considerados, no elegidos deliberadamente, mueven respuestas mecánicas muchas veces no queridas.**

Lo externo, lo "objetivo" está ahí y mueve mi respuesta, la ocasiona. Cuál y cómo sea ésta, es mi problema, depende de mi habilidad para responder.

De modo que el sentido de las situaciones no se encuentra en ellas sino en quien las vive y articula.

En principio, el sentido de las situaciones que vivimos está determinado por la sociedad, por el medio en que vivimos. Es un sentido dado y no un sentido verdadero. Nos enseñan que unas cosas tienen sentido y otras no; que unas son buenas y otras, malas. Y eso que nos enseñan desde afuera aparece como algo que se piensa, en todo caso que se ve o se lee. Es más, el sentido tomado en sentido filosófico, es cosa de intelectuales, hay que leerlo-entre (inter-legere que deviene en intellegere), es un algo etéreo, intangible, que pertenece a las cosas pero no es de las cosas, es humano, porque sólo existe para los humanos.

[24] "...la configuración de cualquier situación se efectúa por representación de hechos pasados y de hechos más o menos posibles en el futuro, de suerte que, cotejados con los fenómenos actuales, permiten estructurar lo que se da en llamar la 'situación presente'.", Silo, Discusiones..., III, 2, en Contribuciones..., p 115.

[25] El trabajo con las imágenes puede ser abordado desde las técnicas específicas de distensión, sicofísica, u operativa, que se explican en "Autoliberación" de Luis A. Ammann.

Sabemos sí, que el sentido es lo que orienta la vida, la conducta humana. Parece que la vida cobra importancia sólo si tiene sentido. Pero ¿cómo se hace para darle sentido a la vida? Y ¿cómo se transmite?

Veamos el origen: a uno le enseñan que ciertas cosas deben orientar su vida, y otras no. Eso debe ser así y no hay vuelta. Pero junto a eso, también le enseñan a uno que ciertas cosas son buenas y otras, no. Es más, que a uno le tienen que gustar ciertas cosas y otras, no. A uno le tiene que gustar el fútbol y, además, un equipo en particular; o el arte; o el trabajo; los hombres o las mujeres, según el caso; la naturaleza; el mar o la montaña; etc. Esto de inculcar gustos se hace de manera sutil, porque no es posible obligar a gustar de algo, pero sí es posible inducir enseñando que es bueno, rico, etc.

Cuando uno asimila eso que se supone es gustoso, algo siente, y si no tiene oportunidad de probar otra cosa, seguirá creyendo que eso es gustoso. Claro que la instrucción “esto es rico” que nos ha sido trasmitida, incluye las complementarias “aquellas cosas no son ricas”, de modo que uno incorpora simultáneamente gustos y disgustos. Tales juicios rigen nuestra conducta aunque uno carezca del bagaje de experiencia necesario para fundarlos y legitimarlos, porque los gustos son enseñados y no experimentados. Por tanto, lo que no es rico no se toca. ¿Acaso no nos hemos llevado sorpresas al probar algo que no debía gustarnos, y nos gustaba?

De modo que uno, al aprender el sentido de las cosas, forma su sensibilidad, alineándola con los parámetros que nos inculcan. Pero, claro, la sensibilidad tendría que desarrollarse espontáneamente, experimentalmente, testeando la adhesión o el rechazo, el gusto o el disgusto, la suavidad o la aspereza, y generando un sentido fundado en la experiencia.

Así, el sentido de las cosas “funciona” como tal, orientando nuestra conducta, a partir de las sensaciones que brindan las cosas. El sentido de las situaciones es lo que sentimos al vivirlas. El sentido es, desde el punto de vista de lo perceptible, “lo” sentido. De modo que el sentido no es algo tan étereo, entendido como intangible, no perceptible.

Cuando lo que supongo que tiene sentido para mí no tiene una carga de sensación que le corresponda, no me moviliza. Uno puede decir que hay cosas que tienen sentido porque mueven conductas pero no sentimientos. Claro, no hay sentimientos manifiestos, que pueden estar bloqueados, pero sí sensaciones, que son las que movilizan conducta.

De modo que podemos ubicarnos mejor en este tema si atendemos a las sensaciones del sentido más que a las imágenes de lo que (se supone) tiene sentido. Porque nos encontramos con que bonitas imágenes que desde todo punto de vista tendrían que movilizarnos profundamente, no lo hacen. Y situaciones banales sí lo hacen. O sea, ponemos el cuerpo en éstas y no en aquellas situaciones. Y claro, porque en éstas hay sensaciones y en aquéllas, no.

Los sentidos provisorios son tales porque nos movilizan mientras mantienen la capacidad de producir sensaciones. Luego, las situaciones que los "portan" pierden sentido. Son sentidos situacionales, dependen de la estimulación atribuída a la imagen de lo externo. Es curioso apuntar que, por lo general, los sentidos provisorios movilizan mientras no se cumplen. Esto es, suelen ser situaciones en las que hay que conseguir algo (o alguien) y cuando se obtiene, cuando se puede sentir eso que se buscaba y gozarlo, al poco tiempo se desvanece el interés, porque las sensaciones que acompañaban al objeto deseado y no tenido, variaron frente al objeto una vez conseguido. Antes de alcanzarlo se ensoñaba que seguiría brindando esas sensaciones cada vez que se lo buscara o tuviera, y resulta que, una vez alcanzado, no es así, porque la situación, tanto externa como interna, se modificó. Lo que se esperaba sentir no fue lo mismo que se sentía cuando se lo imaginaba, y así, el objeto pierde sentido, pierde sensación.

Por la configuración básica de la actitud vital (el mundo prima y es lo determinante), los sentidos de vida suelen buscarse afuera y, frecuentemente, en abstracciones que tampoco pueden movilizarnos. Porque lo abstracto no moviliza, salvo que se haya adosado una carga interesante de sensación a esa abstracción, cosa que ocurre a veces. Pero imágenes como “la felicidad”, “la paz”, “el bienestar”, no movilizan. Sí lo hacen las imágenes, los paisajes imaginarios que para cada uno representan felicidad, paz, etc.

De modo que el tema del sentido de la vida está estrechamente relacionado con el emplazamiento. Porque tiene que ver con la continuidad de una imagen y de las sensaciones que le corresponden, trascendiendo y dinamizando todas y cada una de las situaciones vitales.

Es posible buscar un sentido de vida, adoptarlo como propio y ordenar la vida en función de él. Pero al tiempo se verá si ese sentido es profundo o impostado porque se habrá producido un reordenamiento en torno a él o la desproporción. El sentido reordena por sí mismo, no necesita de una voluntad ordenadora. Ésta es útil para disciplinar, para hacer una experiencia de orden, de coherencia, pero la verdadera coherencia, el orden pro-

fundo proviene de una reconstelación que se produce en torno a una imagen cuyas sensaciones prevalecen sobre las otras, encauzando su energía y reproporcionando las situaciones. Unas perviven, otras se pierden, pero aumenta el sentido en general, aumenta lo sentido, la sensibilidad está más disponible para sopesar y disfrutar las situaciones en general, con un sentido de economía, de lo que vale o no vale la pena ser vivido.

El sentido de vida es más sentido que imaginado, es fuente de sentido en tanto renueva el sentido de las situaciones, porque es fuente de sensaciones. No necesita de situaciones u objetos externos para ser estimulado. Es sentido por sí mismo**, si bien depende de imágenes que orientan hacia situaciones y experiencias que van modificando imágenes y sensaciones, en una retroalimentación que va sedimentando como un núcleo de sensación, de vivencia, en torno al cual se van referenciando las vivencias.**

El núcleo del sentido es inaprehensible, si pretendemos abordarlo de frente. Sólo podemos tantearlo, paradójicamente, cuando nos vertemos activamente en una situación. Allí sí podemos vivenciar el sentido. El sentido se hace claro cuando nos impulsa hacia el mundo o cuando genera rechazo. Si lo buscamos dentro, donde suponemos que se encuentra, lo perdemos.

Por tanto, nos encontramos con que, en general, las situaciones en que participamos vitalmente no surgen de una elección profunda sino circunstanciada por parte de quien las vive. No hay descubrimiento ni creación, más bien se trata de una suerte de adhesión forzada bajo la amenaza velada de la marginación social, moderno equivalente del ostracismo en la antigua Grecia. Por tanto, uno tiene que domar su sensibilidad y alinearla con lo que se espera de uno. Con suerte, con el correr del tiempo, con los disgustos y desencajes, uno irá preguntándose por la validez de las situaciones que vive, por su sentido, y caerá en cuenta de que lo que uno siente tiene alguna función en la vida.

Oscuramente, uno se guiará en el mundo en busca de lo que quiere e irá preguntándose sucesivamente qué cosa quiere, y en ese ir definiendo qué es lo que quiere irá descartando las cosas mundanas como objeto de búsqueda, porque nada pueden aportar en tanto *el sentido pertenece a la esfera de lo humano, pero no se podrá prescindir del mundo, que es ocasión y estímulo para su expresión*. Así, uno irá precisando en la esfera de la acción qué es lo que uno quiere hacer, *porque necesariamente tendrá que ser un hacer en el mundo lo que habilite la manifestación de eso que en uno quiere, pugnando por expresarse.*

VII. El emplazamiento temporal

Esta cuestión del emplazamiento se plantea de inicio como conflictiva, ya que se expresa en términos espaciales. Siendo el mundo lo importante, las vivencias de uno dependen de las situaciones externas. Pero, además, destacamos una situación temporal.

Vimos que uno puede emplazarse en las situaciones en que está, pero que éstas trascienden el ámbito físico, su dimensión espacial, externa, asentándose en una dimensión interna, por lo que el emplazamiento es interno. Vimos también que uno va y viene espacialmente, pero el regreso que vivimos en el espacio no se cumple, simultáneamente, en el tiempo. El tiempo no regresa. Volver a casa es un nuevo ir a casa, desde el punto de vista temporal. Y aún cuando estemos quietos, el tiempo sigue avanzando. Esto es una perogrullada, pero emplaza la existencia en su dimensión pertinente, que es el tiempo. Por tanto, nuestro emplazamiento es temporal y la espacialización sólo sirve a la disposición de los recursos externos para cumplir con las tareas previstas.

La vida es tiempo**.**

Por tanto, el emplazamiento vital está dado por un paisaje temporal**. Nuestra vida está acotada, es finita, y su transcurso propone un paisaje que se compone de la sucesión de paisajes situacionales, que se disponen linealmente, uno detrás de otro, en un orden cronológico que se va construyendo con el devenir y se proyecta hacia el futuro.**

Si miramos atrás, podremos percatarnos de que algunas situaciones que fueron de un modo, luego se modificaron. Y que en esas situaciones no veíamos salida, posibilidad de modificación. Podemos advertir entonces, que aquella visión espacializada que nos sumía en la impotencia, que amenazaba tronchar el curso de nuestra vida como la veíamos, no tenía fundamento, porque luego hubo modificación. Y pudo ser que la modificación no fuera de la situación sino de uno, de modo que la vida pugnó por una salida y la consiguió, modificando lo que fuera necesario.

Así, la vida busca continuar y continúa a través nuestro**, más allá de la configuración que uno crea que debe tener la situación o uno mismo. Por tanto, la vida lucha por su continuidad y, más allá de los atolladeros, seguimos viviendo.**

Si atinamos a hacer pie en esa continuidad, no como noción solamente, sino como vivencia, como realidad concreta, podremos rescatar la certeza de que la vida busca perpetuarse a sí misma, no obstante los obstáculos que se le presenten. En casos extremos como la locura o la pérdida de seres queridos o de bienes materiales, esto es, de pérdida de la configuración que se supone normal para uno o para su situación en el mundol, podemos verificar esta continuidad de la vida. Claro está que su calidad, sobre todo, la calidad de nuestra vivencia durante la supervivencia de esas situaciones extremas, depende de uno.

Tales casos nos muestran que la vida continúa más allá de nuestras creencias y **que**, por tanto, transcurre más acá de nuestras creencias. **Será cuestión entonces, de develar pacientemente cuáles son las creencias que estructuran nuestra visión del mundo para poder crecer en coherencia y unidad, generando la condición que asegure la pervivencia de nuestra integridad frente a los avatares de nuestra existencia.**

Ese es el primer punto a comprender y vivenciar: la vida transcurre a través mío y su fuerza es mi sostén. **Si soy la vida y ella busca continuar, yo puedo continuar frente a cualquier circunstancia.**

Además, la vida es cambio permanente, es transformación**, por tanto, yo estoy sujeto en mi devenir a esa transformación permanente y a ella tengo que acompasarme, en principio, para poder actuarla y convertir mi actitud pasiva en una actitud vitalmente activa.**

Por tanto, mi vida es transformación permanente del mundo a través de mi acción[26], y también de mí mismo, **de acuerdo a las pautas que la vida vaya proponiendo para mi desarrollo.**

Claro que frente a las situaciones que vivimos podemos sentir la necesidad de modificarlas ¡ya!, ahora, en este día, en esta semana. Y no es posible, porque esa situación que nos ocupa ya no es. Lo que percibimos es el resultado de su devenir**, del desarrollo de las condiciones que la han configurado como la vemos. Y sobre eso nada podemos hacer. Pero nos queda considerar cómo queremos que sea en un futuro, y de ese modo, reorientar su proceso, si las condiciones lo permiten.**

De modo que, emplazando las imágenes me emplazo en ese paisaje temporal. Mediante la reflexión considero los paisajes situacionales a los que quiero dirigirme y atiendo a los recursos y las acciones necesarias para ello. Y ante la imposibilidad aparente, busco configurar la imagen adecuada que me permita reorganizar mi mirada y ver los recursos necesarios para transformar la situación, siempre en función de mi coherencia vital, de mi unidad interna. En todo caso, puedo tener en cuenta que esa imagen operará como una señal reordenadora para el azar que rodea mi circunstancia vital.

Mediante la fe puedo lanzar una intención que reafirme mi libertad **al negar la sumisión a las condiciones externas, preservando** *mi unidad interna* **que** *es la condición necesaria para que pueda fortalecerse y desarrollarse la vida que se manifiesta a través mío.*

VIII. El emplazamiento vital

A la inversa del paisaje espacial, a medida que nos adentramos en el paisaje de la vida, vamos ganando en perspectiva.

El tránsito por las distintas situaciones nos va configurando la sensación de un camino que vamos haciendo en el tiempo y, al avanzar en él, vamos avizorando cada vez más su horizonte.

Venimos del pasado y vamos hacia el futuro. Allá detrás, perdido en las brumas del recuerdo, queda nuestro nacimiento.

Allá delante, oculta tras el horizonte, aguarda la muerte.

Aquí, en el presente, participamos de distintas situaciones que se han de prolongar en el futuro: argumentos de situación similares nos han de tener como protagonistas aunque cambie el elenco a nuestro alrededor; los paisajes situacionales, conocidos por su configuración, se han de repetir aunque cambien los elementos que los componen.

Si hoy sentimos la rebelión del cuerpo ante la imposición de un paisaje no querido, podemos elegir el paisaje que nos espera en el futuro.

El futuro es tiempo, y con tiempo se construye.

En esta frase, el doble sentido es reversiblemente válido: se necesita tiempo para construir el futuro, para pensarlo, para configurar la imagen de lo que queremos; tiempo para configurar los términos de la elección.

[26] Silo, Cartas..., Carta IV, 2 y 3.

Y también se necesita tiempo, en el sentido de una acción desplegada en el tiempo sobre la situación que queremos transformar.

Al imponernos el paisaje nos han hecho perder la perspectiva de nuestra vida, pero podemos recuperarla si atendemos simultáneamente a todas las situaciones que vivimos, y las imaginamos en el futuro y, más allá, la muerte.

Si luego volvemos atrás y miramos la situación actual desde el pasado, recordando la vivencia que entonces tuvimos de este futuro que hoy es presente, vamos a encontrar que entonces había imágenes que hoy pertenecen a la situación que vivo, más claras o más desvaídas, pero estaban.

También veremos que lo que proyectamos espontáneamente a futuro de aquel paisaje entonces presente, por lo general no se prolongó, y que fue en definitiva nuestra mirada la que fue buscando liberar al cuerpo de las situaciones que lo aprisionaban: en definitiva, de nuestro modo de ver las cosas, de valorarlas, de priorizarlas.

Pero lo más interesante es atender simplemente al futuro como una dimensión vacía, como una suerte de espacio mental que se abre ante nosotros, un abismo que está siempre un paso adelante nuestro y que, normalmente, no sabemos bien cómo se va llenando.

En esa dimensión del futuro está nuestra esfera de libertad. En ese espacio imaginario podemos construir lo que queramos y como queramos, libres de imposiciones externas, pero atentos a las internas.

Para darle coherencia a esa construcción es útil encuadrar proporcionadamente todas las situaciones previstas a futuro y el desarrollo de las presentes, y atender a que no haya contradicciones entre ellas. Es necesario que la situación global sea coherente.

A poco de entrar en esa dimensión mental, se pierde la sensación de que el futuro se viene encima, se siente que llama, que el paisaje no se impone sino que viene al encuentro.

Así, irá desapareciendo la sensación de esa suerte de vacío o abismo que nos espera allá, detrás del horizonte, y sentiremos que *la vida*, esta fuerza que hoy nos anima, *hiende el futuro más allá de la muerte.*

IX. Pasión, compasión y autocompasión

Hemos visto el emplazamiento en el mundo en términos de individualidad. Hemos considerado cómo uno se emplaza en situación, frente a una estructura de situación. No hemos hablado de lo interpersonal, nuestro medio "natural", que es el punto de recreación de lo humano en el mundo, desde el punto de vista del proceso mayor.

Lo humano no existe sin confrontación, no se realiza sino en el encuentro con otros seres humanos**, esa zona de fricción con el Otro donde se pone a prueba la plasticidad del comportamiento.**

El Otro es, esencialmente, otro como yo, alguien que me espeja al confrontarme; una intención que se opone a, diverge de o converge con la mía; una imagen, desde cierto punto de vista, y un límite, desde otro.

En lo interpersonal se manifiestan las creencias básicas que estructuran la personalidad, no en otro campo. Y ahí es donde se nos ofrece la posibilidad de crecimiento y desarrollo, de despliegue de nuestra potencia vital.

Lo interpersonal es el terreno de la pasión, de esa fuerza que nos toma, nos arroja sobre otro ser humano (u otros) y nos deja irremediablemente distintos, sin saber bien cómo ni porqué sucedió, por lo que frecuentemente se la confunde con la compulsión.

Lo cierto es que la pasión se vive desde la emoción, ella predomina y nos actúa bloqueando la posibilidad de reflexionar. El otro queda reducido a objeto-término de nuestro comportamiento, de nuestros sentimientos. Y uno mismo se siente agente pasivo, actuado por esa fuerza que lo desborda.

Lo cierto es que es un punto de intensidad de las vivencias no tan frecuente como se lo piensa.

Más cotidiana es la compulsión que, a diferencia de la pasión, además de sentirse uno actuado, es vivida contradictoriamente, con el sabor, cuando menos, de que no se quiere hacer lo que se hace, pensar lo que se piensa, sentir lo que se siente. Como si el cuerpo fuera actuado por algo ajeno a uno mismo.

La pasión me desborda reforzando algún aspecto de mí, exaltándome; la compulsión me avasalla descontrolando el comportamiento, uno se desconoce en eso que le pasa.

Lo contrario sucede en la compasión, que ha sido descrita como un ponerse en el lugar del otro, operación compleja que requiere de nuestro esfuerzo porque implica recrear imaginariamente la situación del otro, como vista, vivida por él desde su mirada (desde su adentro) en la medida en que me es posible reconstruirla.

No miro la situación del otro desde afuera, como en un plano privado del volumen de la vivencia, sino que le doy cabida en mi vivencia a las que creo suyas, imaginando su paisaje visto por él, con ese su cuerpo, cuyas tensiones puedo recrear imitando su postura, y puedo agregar alguna visión de su pasado, si lo conozco.

Trato de sentir lo que se siente estando dentro de ese cuerpo, con ese paisaje por delante, esos recuerdos, y obro en consecuencia, lo trato como quiero ser tratado.

¿Hago lo que querría que hicieran conmigo en esa situación? No. Porque lo estaría tratando como yo imagino que ese ser humano que tengo delante, quiere que lo traten.

Ponerme en el lugar del otro me permite comprender su comportamiento, sus gestos, sus expresiones, que para mí pueden ser hirientes o molestas. De ese modo lo tomo integralmente, y comprendiendo de dónde vienen esas respuestas, me corro, no ofrezco blanco, comprendo que no son para mí.

Tratar al otro como quiero que me traten me implica a mí, no a él. Brindarle la consideración que espero para mí, es considerarlo, y me pone en otro esfuerzo, *que es comprender cómo quiero ser tratado yo*, que *no es qué quiero que me hagan*. Es rescatarme como sujeto y no emplazarme como objeto. Es tener en cuenta que yo tengo intenciones y que, como yo, el otro también tiene intenciones. Es cuestión de conocer sus intenciones, de averiguar qué quiere desplegar con su vida, como yo lo quiero con la mía. Así que tendré que poner en claro mis intenciones para no proyectarlas o imponerlas.

Además, lo interpersonal me pone en situación de canalizar mi sentimiento por mí hacia los demás. Por tanto, me pone en situación de revisar ese sentimiento y elevar su calidad.

Cuando me considero al considerar a otro ser humano, cobro volumen, gano en presencia y la extiendo, reconociendo esa presencia en el otro. Gano en adentro y en conexión hacia afuera. Abro la dinámica con2 el mundo encarnado en ese otro o esos otros.

Por cierto, entonces, que no es un buen sentimiento tenerme lástima, lo que comúnmente se conoce como autocompasión. Cuando me tengo lástima, mi consideración por mí es del tipo “el mundo me hizo, pobrecito de mí”.

Auto-compadecerme es ponerme en mi lugar, lo cual es, desde el comienzo, contradictorio, porque ¿cómo puedo hacerlo? Esa mirada sobre mí está estructurada por un punto de vista externo donde veo lo que “me” hicieron en un plano bidimensional, sin mi presencia interna, comparado con lo que quería que me hicieran, y siento pena por esa pobre imagen de mí, tan maltratada. Con lo que refuerzo mi creencia y la proyecto hacia el futuro como actitud básica.

Pero no recupero integralmente qué sentí en esa situación que “me hizo”; no recupero qué sentí, qué pensé, qué hice, qué busqué en la situación, ni qué sentí, pensé de la situación, antes de ella. Todo lo imagino bidimensionalmente, todo puesto ahí, como en una novela de mi vida, donde nada puedo modificar porque el destino es así, cruel y no puedo esperar otra cosa.

De ese modo alimento el encierro y el rechazo por los otros que, por supuesto, me rechazarán, ayudándome a justificar mi creencia de que el mundo es malo.

En la autocompasión nos miramos en un afuera imaginario, frente a un mundo también imaginario, todo congelado en una foto que refleja la mera exterioridad.

Por lo contrario, en el ejercicio de la compasión, nos abrimos a la visión del mundo que tiene el otro, que es abrirnos al adentro de ese mundo que como afuera nos enfrenta, y del que también somos adentro, y que podemos comprender porque tenemos experiencia de él en nuestro adentro.

En esa apertura ganamos en presencia y volumen vivencial, abriendo paso a la verdadera pasión, la del vivir que busca completarse en el goce del encuentro: con el otro, consigo mismo, con la vivencia del Todo que nos abarca y que a cada momento busca actualizarse, realizarse a través nuestro, tejiendo la trama de esta Realidad que se reproduce, desarrolla y perpetúa en cada acto que realizamos cada uno de nosotros, tejedores de la trama del Universo.